



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Acellaneda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibuerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borzo, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo ASENSIO (D. Pedro), Camposamor, Camus, Cansejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo ASENSIO (D. Gonzalo), Calamaque, Dacarrete, Diaz José María, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguizaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabiá, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guíjarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanáz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Marejo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgá, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual D. Agustín, Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Saiz, Salvador de Salvador, Salmieron, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Junio de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—El trabajo y la producción en la América española, por D. Bernardo Portuondo.—Revista americana, por D. A. del Palacio.—Rusia: Diderot y Catalina II, por D. Eusebio Asquerino.—El gallo, considerado bajo su aspecto social, por D. Manuel Uribe.—El socialismo de cátedra, por D. Gabriel Rodríguez.—Escritores americanos, Eduardo Gutiérrez, por D. P. A. Navarrete.—Las ciencias positivas en Calderón de la Barca, por D. José Grinda.—Costumbres lineales, por D. Arcesio Escobar.—Un recuerdo de la Malibran, por D. Ignacio Gomez.—La amistad; trenodia, por D. Tristan Melina.—A Calderón en el segundo Centenario de su muerte, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—La redención, por D. Plácido Langle.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Nos preparáramos á recibir á los judíos con mayor solemnidad y magnificencia que ellos recibieron á Jesús el Domingo de Ramos. A los judíos pobres, perseguidos, errantes; los banqueros, los grandes artistas, los concesionarios de ferro-carriles ya eran amigos nuestros. No negociaban con Judas, pero negociaban con los Gobiernos. La inmigración, lejos de producir alarma, era esperada con ansia y regocijo. Se elogió al Gobierno que los aceptaba, al embajador que los anunció, y hasta á Rusia, cuyas perturbaciones los traían, hubiéramos sido capaces de elogiar. La venida de 60.000 judíos era un espectáculo que iba á dejar atrás el Centenario. Sesenta mil judíos tienen mucho que ver, muchos prestamistas y, sobre todo, muchas judías. Más que como una protesta contra la intransigencia religiosa, se aplaudía el suceso como una ocasión de distraer nuestra pereza tradicional. Pero de tantos judíos, ¿qué se ha hecho? Un periódico lo ha dicho. Hasta ahora á Madrid solo han llegado dos hebreos solicitando del gobernador civil que les conceda licencia para pedir limosna. Esperábamos á Rostchild, y viene Job.

Con solo limitarnos á dar breve noticia de los sucesos que más poderosamente preocupan en estos momentos á la vecina república, esta parte limitadísima de nuestra revista general, que consagramos el exámen de las cuestiones que afectan á la política europea, revestiría extraordinario interés y grande importancia. La insurrección argelina, volcan dormido que no apagado, abrasando con el fuego del odio y de las venganzas á los desgraciados habitantes de Saida; las tumultuosas escenas de que ha sido teatro el Puerto de Marsella, y á las que dió origen la imprudencia de la co-

lonia italiana allí residente; el programa político de Gambetta, expuesto en la República Francesa con motivo del discurso pronunciado por M. Ferry en Epinal, asunto era para largas disquisiciones, si no fuesen estos hechos sobradamente conocidos de todos y si el espacio de que disponemos lo consintiera.

Cuantos telégramas y correspondencias han publicado los periódicos franceses, han estado de acuerdo en pintar á la insurrección argelina agonizando. Estas seguridades se ha encargado desgraciadamente de disiparlas un desastre inmenso ocurrido en Saida. Imposible describir los horrores de que los emigrados españoles, principalmente, han sido víctimas. En un solo establecimiento murieron más de 500 trabajadores despues de ser víctimas de bárbaros y crueles atropellos. Tristísimo es que haya sido necesario el estermínio de muchos cientos de hombres para que se de importancia á lo que la tuvo siempre, y siempre se ocultó, como si de ocultar la verdad resultara alguna vez provecho. Al deplorar con profunda amargura el siniestro de Saida, nuestro dolor es más vivo y profundo que el que siempre sentimos ante horrores semejantes, porque se trata de compatriotas aventurados en lejanas tierras en busca del trabajo y del sustento que les negó su desdichada patria. Bendigamos su memoria. Han muerto, no en civiles contiendas ni en medio de las convulsiones políticas; han muerto en una lucha mejor y más noble; han muerto en el trabajo.

El telégrafo primero y los periódicos despues, nos han referido que al desfilar por la calle de la República las tropas que procedentes de Túnez desembarcaron en el puerto de Marsella, hubo para ellas algunos silbidos en el Casino nacional italiano. Este hecho produjo general indignación en el público. Durante el desfile fué posible conservar el orden, pero al concluir, una muchedumbre inmensa se agolpó delante del expresado Casino de recreo, y en medio de gritos amenazadores arrancó el escudo que se ostentaba sobre la puerta de la casa.

Nosotros censuramos esta manifestación tumultuosa que pudo producir gravísimos desórdenes, y pudiera dar ocasión á serias contestaciones diplomáticas, como censuramos el reto imprudente que dió ocasión á ella.

Pero el censurarla duramente no impide que la veamos como una prueba más que unir á tantas como demuestran que en Francia el amor de la patria triunfa siempre de todos los antagonismos y de todas las divisiones que crea la política. Marsella, el pueblo donde más ruda oposición encuen-

tran todos los hombres á los que hoy debe su dirección la democracia en el país vecino, no ha necesitado más que creer que se ofendía el patriotismo francés ofendiendo á los soldados de la república, para protestar contra la poco meditada conducta de los socios del Casino nacional italiano. En lo que la protesta tuvo de tumultuaria, censuras y censuras durísimas merece; por lo que significa, encontrará seguramente, si no justificación, disculpa al ménos.

Interpelado el Gobierno italiano en la Cámara de diputados acerca de esta cuestión, contestó por medio del ministro de Negocios extranjeros señor Mancini, que los Gobiernos de Francia é Italia, y los Parlamentos de ambos países, tienen el deber de contribuir de una manera eficaz á la reconciliación de los espíritus, para lo cual debia empezarse por no provocar debates peligrosos.

Hemos dicho que otro asunto importante de política exterior era el programa de Gambetta, y así es, en efecto. Este programa, publicado en su periódico como contestación á las declaraciones hechas por Mr. Ferry en su discurso de Epinal, anuncia para un plazo breve cambios de trascendencia en la organización del Gobierno francés.

Mr. Ferry se contenta con presidir imparcialmente las futuras elecciones y con que siga la actual política. Mr. Gambetta quiere más. En cuanto al Senado, la unión republicana desea que se organice de suerte que no sea como hasta aquí, juguete de las maniobras y de las combinaciones de los partidos. En cuanto á la Cámara de diputados, aspira á que elegida por escrutinio de lista y no por el voto de los distritos cambie sus condiciones y pueda formarse en ella una mayoría mas homogénea que la actual. Logrado esto, será posible constituir un Ministerio homogéneo tambien que marche de una manera más decidida y resuelta á plantear todos aquellos progresos y todas aquellas innovaciones que han de consolidar la república y cumplir el programa de la unión.

El presidente del Consejo se dá por satisfecho con gobernar como hasta aquí. El presidente de la Cámara de Diputados quiere que la reforma de la ley electoral aleje la posibilidad de que coaligándose los grupos monárquicos á una disidencia de la mayoría, hagan en momentos dados imposible la marcha del Gobierno.

¿Quién verá satisfechas sus aspiraciones, y quién olvidados sus deseos?

Las elecciones próximas han de decirlo. El proyecto de reforma electoral va muy despacio en la Cámara italiana. Cada uno de los puntos importantes que abraza, encuentra un contra-

proyecto y todos estos son defendidos con tal ahinco y constancia, que llegar á ver aprobada la ley va á ser muy difícil, y llegar á verla aprobada sin reformas nos parece que será imposible. Ahora se discuten las condiciones para obtener el derecho de sufragio. El Gobierno y la comision están de acuerdo en reclamar, haciendo esta cuestion de Gabinete, una proposicion por la que se establece el sufragio universal, excepto para los que no sepan leer y escribir.

Las perturbaciones de Rusia continúan. Ya no se trata sólo de las provincias en que hay ó habia judíos. En las riberas del Volga los perturbadores, no pudiendo robar á los judíos porque no los hay, han robado y maltratado á los comerciantes cristianos. Estas agitaciones que se explican por causas sociales, no cesarán como tantas otras mientras en Rusia el problema social y político no sea resuelto.

El Padre Curci ha vuelto á publicar un nuevo libro que es, más que un arrepentimiento, una confirmacion en la impenitencia. Un consejo de ese libro.

«No conviene ver á los ministros de Cristo haciendo la corte á las mujeres ricas por su dinero, y merecer el reproche que Cristo dirigió á los fariseos: «devoran el caudal de las viudas.»

**

Los acuerdos de las conferencias de Biarritz son demasiado públicos para que nosotros los reproduzcamos testualmente. Todos los periódicos los han publicado, comentándolos con arreglo al distinto criterio en que se inspiran; la junta directiva del partido democrático-progresista los aprobó con satisfaccion, por más que á este acuerdo no se llegase sin pasar por dolorosas disidencias, y el Sr. Márton, dando cuenta de ellos en el Casino de la calle de Esparteros, tuvo ocasion de explicarlos elocuentemente y de defender su importancia y sus alcances con entusiasmo.

Resueltas las dificultades doctrinales suscitadas sobre la interpretacion del Manifiesto de 1.º de Abril; aceptada la política de benevolencia, sin que esto signifique que se prescinda de los antecedentes históricos del partido, mientras el Gobierno, caminando hacia la libertad, no se olvide de los compromisos solemnemente contraídos ante la opinion pública; convencido de la necesidad de concluir con los tribunales de apelacion inacabables, con los que se hacen imposible toda energía en la dirección y toda obediencia en las masas; firme en la idea de la union democrática por todos los medios propagada, el partido democrático-progresista podrá ganar fama de fuerte y prestigioso en las próximas elecciones, y hacerse digno de las futuras grandezas que el porvenir le tiene reservado realizar.

**

Con motivo de las declaraciones hechas por el Sr. Márton en el notable y elocuentísimo discurso que pronunció en el Casino democrático-progresista para dar cuenta del resultado de las conferencias de Biarritz, *La Epoca*, que ve mal la actitud del Gobierno, y peor la benevolencia de los demócratas, prueba indudable de que saben hacerse dignos de la libertad, vuelve á desenterrar la cuestion repetidísima de los partidos legales é ilegales, y pregunta si puede hacerse la propaganda de los principios democráticos.

A su consulta vamos á contestar brevemente con el auxilio de un orador sabio y brillante.

Se dice que hay bases fundamentales, bases esenciales de la sociedad y del Gobierno, que están bajo la salvaguardia del Código penal, y que los partidos que las proclaman como dogma de su escuela, serán partidos ilegales. Pues bien. El artículo 181 de este Código dice, «que es delito ejecutar por medio de la fuerza ó fuera de la vías legales, actos que tiendan á reemplazar el sistema monárquico constitucional por el Gobierno absoluto ó la república.» luego si para que un individuo sea reo de este delito es preciso que ejecute los actos á que se hace referencia por medio de la fuerza ó fuera de las vías legales, demostrado queda que hay vías legales por medio de las cuales un individuo puede trabajar por el triunfo de un Gobierno distinto del que rige el país de que se trata.

Si esto se dice de los individuos, ¿qué no se podrá decir de los partidos, inaccesibles en definitiva á las prevenciones de los Gobiernos, porque las persecuciones de los partidos solo sirven á la postre para mortificar á sus individuos y para deshonrar á los perseguidores? Esto que declara el Código penal en el art. 181, esto mismo declara en el art. 182, en que habla de la proclamacion de máximas en reuniones públicas, repartimiento de impresos y algunos otros actos que pueden conducir á la ejecucion de ese propósito. Luego ningún partido político es ilegal, luego cualquiera que sea el mote que tenga ese partido político, como sea un nombre propio y adecuado, como esté en relacion con los principios y con la conducta que ese partido observa, es un nombre que á la luz del día puede proclamarse.

Lo que decimos del nombre decimos de la propaganda. Consulta contestada.

**

Las puertas de las casas de juego deben ser de hierro macizo á juzgar por el estrépito que al cerrarse producen. No parece el ruido de una puerta

que se cierra; parece el ruido de un cañonazo. Madrid ha estado en una constante alarma mientras los petardistas no han estado en el Saladero. El último petardo fué un horroroso crimen. Las víctimas, niños. Antes de que la maldad los hiciera desgraciados en sus preciosas cabecitas de ángeles rafaescos, se retrataba la dicha. Salieron de sus casas para jugar como un canario que abandona la jaula que no piensa más que en volar y volando y cantando vive. Despues, los que eran alegría y esperanza de sus padres, estaban convertidos en una masa inerte, muda, sorda, ciega, en llaga inmensa.

Un periódico de Madrid, llevado de noble propósito, llamó á los sentimientos del pueblo de Madrid, para que acudiese á remediar en lo posible la negra desventura, y su voz siempre elocuente, resonó en todos los corazones generosos. A las palpitations del horror ha seguido la ternura de la piedad; el crimen que busca las sombras, la caridad pública, entusiasta, generosa de nuestro pueblo. Si los niños heridos llegasen á ser hombres, no pensarían que la humanidad sólo se compone de malvados. La gratitud les haría amable la vida aún ciegos ó inútiles.

Contra los actores de estos bárbaros atentados, ¿qué decir? El Fiscal del Tribunal Supremo lo ha dicho:

Sólo impropriadamente pueden llamarse petardos, los que son verdaderamente máquinas infernales, capaces de llevar la muerte, la ruina y el espanto alrededor de sí. Tanto como perseguir la mano criminal que ejecuta, es menester buscar la cabeza que piensa, y el centro que inspira, compra ó seduce á los agentes. Súbase de los efectos á las causas; aprovechése todos los indicios que sirven de pauta para esclarecer hechos por su naturaleza complejos; búsqese el origen del mal con todo interés, y es imposible que dejen de tocarse pronto resultados favorables á la administracion de justicia, y al triunfo de la civilizacion sobre la barbárie.

**

El pensamiento de organizar una democracia dinástica, se ha dicho, es una nota que vaga en los aires, porque el interés de este Gobierno y el interés electoral de algunas personalidades la mantiene entre nubes y sombras como una esperanza de algo que podría tomar cuerpo en nuestra política. Pero de aquí á que aparezca con solemnidad y en condiciones de ser discutida como una nueva solucion, ha de trascurrirse mucho tiempo.

Nosotros creemos lo mismo. Mas esto no quita para que los iniciadores del pensamiento almuercen todas las semanas juntos y juntos hagan votos por que se realice, si es que no quieren que se realice para hacer votos.

El primer almuerzo fué en martes y asistieron trece. Malas, malísimas señales.

Como los girondinos en la última cena, de la inmortalidad del alma, los demócratas dinásticos en el primer almuerzo hablaron de la vida.

A los unos les importaba la gloria.

A los otros, por lo visto, sólo les interesa vivir.

**

Una verbena, es como una comedia de costumbres en varios cuadros y en prosa, que para que rabien los defensores del pseudo-clasicismo francés no tiene enredo aunque sí enredos, ni más unidad que la de tiempo y esa por que las verbenas duran sólo una noche.

El escenario representa la calle de Alcalá para la verbena del Carmen; el salon del Prado con sus faroles que no alumbran y su procesion de fantasmas con peluca blanca, obra del polvo, para las de San Juan y San Pedro; la desnivelada calle de Lavapiés para la de San Lorenzo, y la popular de Calatrava, cuna en otro tiempo de la manolería, para la de la Virgen de la Paloma, que es la verbena más concurrida y rumbosa de cuantas en Madrid se celebran.

A derecha é izquierda, puestos de rosquillas de la tia Javiera, y de la sobrina de la tia Javiera, y de la prima de la tia Javiera, y de la amiga de la hermana de la criada de la tia Javiera.

Tambien, y alternando con las rosquillas que han inmortalizado á Villarejo, se ven tiendas portátiles, en las que se venden juguetes, melocotones, silbatos con la cogida de Frascuelo, abanicos, objetos de á real y medio la pieza, caricaturas, soldados de plomo y niñeras de barro.

Las verbenas han dado mucho que hacer en otro tiempo á la poesía.

Ahora sólo dan que hacer á los agentes de Orden público.

**

La poesía ha cantado de las verbenas el amor y las flores. Los agentes de Orden público temen de ellas las borracheras.

Nadie como la borrachera se burla de nuestra crítica. Intentamos condenarla y se nos presenta alegre, decidora como la felicidad, elocuente como la inspiracion; pensamos absolverla y la vemos triste, andrajosa, llena de miseria, y la oímos pronunciar palabras soeces y groseros insultos.

Es la locura que quiere burlarse del mundo é imponer sus preceptos, es el veneno del licor que nos desvanece y el placer que deleita un instante y nos envilece más tarde, haciéndonos juguete de un niño; el descaro que se disfraza con la impunidad y la charlatanería insultante de que debe-

mos huir; un vaso de vino más de lo conveniente y la chispa que produce un escándalo; el sétimo día del obrero y la corona de una orgía.

Se arrastra haciendo esas como la serpiente y como la serpiente está maldita.

**

En la playa.

Una clase de aprensivos.

—Mira: si te es igual nos bañaremos luego.

—Qué, ¿hay moros en la costa?

—Hombre, moros no sé si habrá; pero de lo que sí te respondo es de que hay ingleses.

**

En un banco del Prado, despues de la una de la noche.

—¿Y ahora no publica Vd. nada?

—Casi nada. ¡Si está la literatura perdida! ¡Si ya no hay quien lea lo bueno ni quien lo conozca! ¡Si se publican unos libros que ni para envolver especias en las tiendas de ultramarinos sirven!... Tengo escritas diez ó doce novelas en dos tomos cada una de ellas, pero no encuentro un editor por un ojo de la cara... ¡Y eso que, aunque me esté mal el decirlo, mis novelas son de lo poquito que se ha visto en España! Figúrese Vd. que en la primera entrega de una de ellas, de la titulada *La cueva infernal, ó los verdugos místicos*, hay un infanticidio, tres robos, un envenenamiento, dos incendios, un duelo, y que descarrila un tren de mercancías. ¡Con que llamará la atención! Pues nada, no consigo que me la editen. Y Vd. ¿es más feliz con sus obras?

—No señor. Por desgracia, me sucede poco más ó ménos lo mismo que á Vd. Mi drama, que han leído con gusto casi todos los académicos de la Española, anda rodando de teatro en teatro, sin encontrar un primer actor caritativo que le limpie el polvo y quiera representarle. ¡No saben cuánta honra se pierden y me quitan!... Porque la hora sería para el actor... Mi drama tiene siete actos y dos personajes. ¡Ya ve Vd. si está llamado á producir una revolucion en el arte dramático!... Pero en fin, paciencia... Atortunadamente he logrado que me representen dos juguetes.

—¿En el teatro de la Comedia?

—No, señor; en el teatro Guignol.

**

Un escritor ingeniosísimo, Fernandez Bremon, ha propuesto que todos los españoles nos hablemos de tú.

La idea nos parece excelente, pero irrealizable.

Porque la política nos va poniendo á los españoles en camino de no hablarnos de ninguna manera.

MIGUEL MOYA.

EL TRABAJO Y LA PRODUCCION

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

Conferencia dada por Bernardo Portuondo y Barceló en el Círculo de la Union Mercantil en la noche del 7 de Mayo de 1881.

SEÑORES:

Al tener la honra de dirigir á esta respetable, ilustrada y simpática sociedad por primera vez la palabra, no puedo ocultar el temor que embarga mi ánimo; temor justificado, así por la flaqueza de mis fuerzas, como por la merecida fama, el alto nombre y el gran saber de los ilustres oradores, cuyas elocuentes voces estáis acostumbrados á escuchar en este mismo recinto. Pero ese temor se atenúa al considerar, de una parte, la confianza que siempre inspiran vuestra bondad nunca desmentida, vuestra generosa indulgencia, y de otra, la naturaleza del tema que libremente he escogido para ser objeto de esta conferencia. Tema de singular importancia, que se relaciona con graves asuntos de actualidad, y que sin duda ha de despertar, y con efecto despierta, grandes y generales simpatías en nuestra pátria: *El trabajo y la produccion en la América española*.

¡Qué asunto tan vasto, señores! Pocos hay en verdad que abran á nuestra vista tan grandes horizontes, ni que ofrezcan espacio tan ancho á las investigaciones, á la meditacion y al estudio del historiador y del filósofo.

Difícil es sorprender allá en los orígenes nebulosos de la sociedad Hispano-Americana las primeras manifestaciones del trabajo, ni descubrir sus primeros frutos, precisamente cuando el ánimo se siente deslumbrado y como suspenso bajo el imperio de un suceso casi sobrenatural, en el cual parece como que se juntan, por caso extraño, las maravillas, los encantos y los misterios de la leyenda con las gloriosas realidades de un mundo, más que descubierto, creado por el génio.

Parece imposible penetrar en el interior de aquellos oscuros bosques ni recorrer aquellas ricas tierras del continente hispano-americano para averiguar, en exámen tranquilo y reposado, cuáles fueron las condiciones del trabajador indígena, y de qué suerte se obtuvieron los primeros productos de sus afanes, precisamente cuando el ruido de titánicos combates de la conquista, y los prestigios de colosales empresas distraen la atencion y la llaman con irresistible fuerza hácia otros puntos, si no más interesantes, al ménos más fas-

cinadores; ó cuando, ante la grandeza épica de heroísmos casi inconcebibles, todo parece como que se hace secundario, y se oscurece y se borra; ó cuando el ánimo, dado á la contemplación de tales portentos, no puede descubrir otros hechos capaces de igualarlos, ni de compartir con ellos nuestra atenta observación y nuestro estudio.

Ardua empresa es abrirse paso á través de aquellas proezas verdaderamente sublimes, y al mismo tiempo de aquellas crueldades verdaderamente horribles; de aquellas grandezas, de aquellas abnegaciones, de aquellas generosidades asombrosas, por una parte, y por otra y á la vez de aquellas ambiciones, de aquellas codicias insaciables.

No es fácil por cierto ser bastante imparcial para colocarse en el punto preciso, desde donde se contemplan del mismo modo las dos corrientes que en aquellos días cruzaban el Atlántico: la corriente que iba de Europa á América, llevando nuestra civilización, nuestra vida, nuestra sangre, nuestra fé, pero también (no lo desconozcamos) el hierro y el fuego, los tormentos de la Inquisición, la sed inextinguible de riquezas; y la corriente que venía de América á Europa, trayendo oro y pederías, riquísimos frutos del trabajo indiano, y con ellos (no lo desconozcamos tampoco), la vida la sangre de aquella raza que se extinguía á medida que el europeo aprovechaba las riquezas de su suelo.

Es difícil, es árduo, parece imposible penetrar en medio de semejante mezcla confusa de hechos y de circunstancias, para llegar al origen que nos ha de servir como punto de partida en la explicación que vuestra bondad vá á permitirme hacer en esta noche. Pero no hay duda, allí es en donde encontraremos, en la cuna de la civilización hispano-americana, los orígenes ciertos del trabajo y de la producción en la América española, que desde entonces van desenvolviéndose en condiciones duras y terribles, cuyo recuerdo realmente horroriza, y que han preparado y traído tristes y dolorosas consecuencias, hoy presentes á nuestra vista en forma de problemas, insolubles para algunos, pero de fácil solución, mediante el triunfo de ideas y procedimientos liberales que voy á exponer, y que están sin duda en la mente de la mayoría de los que me escuchan.

El problema de que tratamos presenta hoy, ha presentado antes y creo que presentará siempre, tres fases principales. Es la primera, la condición civil del trabajador; la segunda, el régimen económico bajo el cual se desenvuelve el trabajo; la tercera, la Constitución política del pueblo. Pues bien; yo aseguro, y conmigo lo asegura la razón y lo comprueba la historia, que sólo la libertad, en sus tres manifestaciones, ó sea la libertad verdadera y completa, es capaz de dar cumplida solución al problema: libertad civil, libertad comercial, libertad política: es decir, señores, *la libertad*.

En el corto tiempo de que he de disponer esta noche no podría, aunque quisiera, condensar el desarrollo completo de la aplicación de estos principios á la solución del problema; por esta razón, si la índole del asunto, no la pobre palabra del orador, os interesa, dejaré para otras conferencias los dos últimos aspectos, y sólo me ocuparé en el primero: en la libertad del trabajo.

Esa libertad ¿ha existido en los países hispano-americanos? Si esa libertad no ha existido allí, ¿su falta, ha originado, ó no, tristes y fatales consecuencias? ¿Existe hoy, por ventura, esa libertad? Si no existe, ¿debe existir, puede existir, conviene que exista? Hé ahí, señores, los términos de la cuestión.

No es posible estudiarla, remontándonos al origen de aquella sociedad, sin considerar tres circunstancias importantísimas: la época en que nació, es decir, la del descubrimiento de América; la escena en que se desenvolvió el trabajo, es decir, el continente hispano-americano; y en fin, la naturaleza, la índole, la disposición y el carácter de los hombres que aparecen en esa grande escena.

La época, señores, es de todos vosotros conocida. Terminábase por entonces la Edad Media; alboraba la época moderna; á la triste noche de los siglos medios sucedían los primeros resplandores de los tiempos modernos. Caía el feudalismo; abataba la omnipotencia del clero; nuevos y grandes intereses aparecían en la vida de los pueblos; nacía el crédito y se organizaba la industria; extendíanse por todo el mundo las relaciones comerciales; se desarrollaban los cambios; germinaba el sentido positivista; y la reflexión y el cálculo comenzaban á imperar, sustituyendo á los entusiasmos guerreros. Era la época de los descubrimientos; el pensamiento rompía los viejos moldes que le aprisionaban, y lanzábase audaz y dilatábase por más anchas esferas. A los misticismos, á los idealismos de todas clases de la Edad Media agonizante, comenzaba á reemplazar el criterio racional y positivo de los nacientes tiempos modernos. Las clases trabajadoras y productoras, bajo el amparo de las carta-pueblas, podían ya mirar de frente á los castillos feudales, y aspiraban á alcanzar ventajas que en vano les negaban, ó trataban de disputarles, los miembros casi impotentes de una nobleza enflaquecida por sus propios excesos, y avasallada y dominada por el vigor de las monarquías Constitucionales las nacionalidades; y en todas las múltiples manifestaciones de la vida se mostraba, como carácter distintivo y como tono dominante, un marcado espíritu mercantil, evidente, general é irresistible.... He dicho: «la época

de los descubrimientos.» La imprenta entonces ponía al pensamiento humano en posesión plena de su doble imperio: el del espacio, el del tiempo. La afición, que por todas partes había dominado por empresas guerreras y torneos, y amores y leyendas misteriosas, convertíase en ansia de navegaciones, en ansia de comunicaciones entre unos y otros pueblos... Salva Vasco de Gama el cabo de Buena Esperanza, guiado por la brújula que le permite arrostrar sereno las tempestades de mares desconocidos, y lleva la cruz del Redentor á donde se adora á Brahma, á la cuna de la humanidad.... En esos momentos es cuando tres naves parten de las costas de España y van como perdidas por el inmenso Océano.... ¿á qué? ¿á dónde? ¿á sepultarse en las nieblas que cubren los confines del planeta? No; van á imprimir, á grabar, la sangre, la vida y la fé de la nación española á un hemisferio nuevo, que para ella descubre el géneo inmortal de Cristóbal Colon... Vedlo bien, señores: la nota característica de la época, de esa gran renovación que todos conocéis, es el interés mercantil, es el espíritu de la ganancia; el deseo ardiente de las riquezas, el afán de poseer las magníficas producciones de Oriente, el ansia de adquirir, el cálculo de las ventajas, y la explotación comercial, que vienen como á excluir y disipar delirios caducos, con los últimos y apagados suspiros de un vago y estéril espiritualismo. Así, bajo esas influencias, llegaron los españoles á las playas americanas. La escena que entonces á su vista se desplegó, fué admirable, sublime, grandiosa, espléndida.

Ningún cuadro de los pintados por la fábula, ninguno, con ser obra pura de la fantasía, es capaz de igualar á la realidad magnífica de aquel mundo de portentos... Bosques que imponen y asombran por su densísima espesura; corpulentos árboles de contornos incomparables, y de formas preciosas y gallardas; flores de plantas trepadoras, que parecen caer como en cascadas de las altas copas, y que, extendiéndose por el suelo, la cubren con inmenso tapiz de inimitables colores; pájaros que un poeta ilustre ha comparado á flores con alas; todo, todo es allí hermoso, y á la vez grande, colosal é imponente. Contemplad sus cordilleras, y veréis *los Andes*. Contemplad sus montañas, y á vuestros ojos se alzará *el Chimborazo*. Contemplad sus ríos, y os asombrarán el *Amazonas*, el *Plata*, el *Orinoco*. Contemplad sus llanuras, y os perderéis en la inmensidad de las *Pampas*...

¿Es Méjico? Su gran meseta central, eternamente cubierta de nieve, y sus faldas cayendo hacia los dos mares, presentan, en variación gradual continúa, todas las temperaturas, todos los climas, desde los ardientes de las zonas tropicales, hasta los intensos fríos de las regiones glaciales; y ofrecen inmensa variedad de frutos de todos los países con los maravillosos contrastes de una vegetación cambiante, desde la rica y lujosa de las primeras hasta la pobre y modesta y triste de las segundas... ¡Qué variedad tan bella!

¿Es Colombia? Ya son los páramos desolados por las tempestades y los volcanes; ya la fértil cuenca del gigante de los ríos, ó las márgenes ricas y hermosas del Orinoco, sobre las cuales la fantasía india soñó un mar de oro, cuyas olas arrastraban guijarros de diamantes, y erigió palacios fabricados con esmeraldas y toda clase de pederías.

¿Es el Perú? Si del lado que mira al Pacífico muestra áridas y tristes vertientes, del lado opuesto se ostenta el país frondoso, ameno y encantador. La humedad continúa de su suelo lo mantiene cubierto de eterna verdura, como en eterna primavera. Y por donde mira al cielo, es decir, en la garganta que forman sus dos cordilleras, se esconden minas opulentas de metales preciosos. Si de la alta cumbre se tiende la vista por la inmensa planicie boliviana, ligeramente alterada por leves rizos, semejantes á olas levantadas por la brisa que de pronto se detuvieran, distínguese el lago misterioso, cuna de los Incas, hijos del sol, cuyas aguas de tal suerte hacen aquella tierra fecunda é incansable, que no hay períodos de cosecha: todos los tiempos son iguales y buenos para la producción. Allí, entre yacimientos de esmeraldas, todavía existen los ricos criaderos de oro, plata, mercurio, cobre y plomo, de los cuales se ha dicho con verdad que, á ser de fácil acceso ó de no peligrosa explotación, podría el hombre arrancar de sus entrañas tanta plata que inundaría todos los mercados, y produciría general conmoción en el comercio del mundo.

¿Es el Eden del Paraguay? Jardín de flores, aromas y perfumes; país de encantos, prestigios é ilusiones. ¿O es la gran región bendita por el Plata? Sus llanuras inmensas son esas famosas Pampas, cuyo imperio se disputan el indio vagabundo, rebelde á la civilización, y las muchedumbres de toros y caballos salvajes, perseguidos y amenazados sin cesar por el certero lazo del atrevido *gaucho*, esa especie de centauro americano.

¿Es Chile? Tierra de obstáculos y de combates, de volcanes y temblores de tierra, de un lado contenida por el Pacífico, cuyas islas producen excelentes maderas de construcción, como las de sus lagos, esencias y bálsamos, del otro lado por el formidable macizo de los Andes, cuyas bases se esconden entre la espesura de las selvas, cuyas laderas brillan al sol con el centelleo producido por minerales y rocas cristalinas, cuarzos, micas y basaltos, y cuyas cumbres ostentan su blancura

deslumbrante, á través de la cual brotan como surtidores de fuego y espesas columnas de humo que las cubren y coronan.

¿Son las islas del mar Caribe?... ¿Es Santo Domingo?... La tierra *más hermosa*, según la frase de Colon, *que vieron ojos humanos*. Exornóla la Providencia con todos los encantos y primores imaginables... Tras de violencias é injusticias, pasando por miserias y penurias, vino á ser luego mansión opulenta y centro de todos los placeres, de todos los goces sensuales y de todas la extravagancias de la fortuna, para convertirse más tarde en sangriento teatro de horrores, cuyo recuerdo extremece á la humanidad, y aparezca al fin ahora, entre discordias, triste, abandonada y como perdida, casi olvidada entre las espumas de ese mar célebre que la baña hoy murmurando quejidos, y que antes fué testigo de tantas grandezas.

¿Es Cuba? ¡Ah! ¡La perla de las Antillas! De las altas mesetas que coronan el caprichoso juego de sus montañas y su poética, variada y bella formación, manan más de ciento cincuenta corrientes, que bañan sus tierras venturosas y las fertilizan y fecundan. Su vegetación es incomparable; sus frutos deliciosos; inmensa su riqueza natural; sus puertos magníficos, soberbios; y en fin, el subsuelo encierra minerales de grandísimo valor y estimación. Se cuenta, que al ver Colon esta isla, permaneció inmóvil y como fascinado, en verdadero éxtasis, que sólo comprenden los que la conocen y han podido contemplar sus maravillas.

Ved, señores, esa grande y variada escena, y notad en ella dos caracteres especiales: gran riqueza mineral, inmensa fertilidad y producción casi espontánea.

Consideremos ahora á los hombres que pisaron, en la época citada, aquella tierra, y á los que de antes la habitaban. Eran los primeros nuestros antiguos navegantes, los descubridores y conquistadores, valientes, audaces, hombres de empresa y de aventuras, llenos de fé y de ambición sin límites. Eran los otros los indios; ya los de Haití, bondadosos, de generosa alma que ponderaba el gran Colon; ya los sanguinarios Aztecas de Méjico; ya el caribe feroz de Colombia ó las Antillas; ya el dócil indio peruano, ó, en fin, el valeroso é indómito araucano. Unos dóciles, sumisos, obedientes; otros feroces, sanguinarios: todos idólatras.

Y ahora, que ya hemos recordado la época, examinado el lugar y dado á conocer á los hombres, aproximemos esos tres elementos, y veréis bien explicado cómo nace el trabajo, y de qué suerte, y cuán pronto se imprime en América el sello de la servidumbre. Acerquémonos y observemos á aquellos hombres que, en medio de extraordinarias cualidades, de su heroísmo, de su arrojo y de su abnegación, no podían resistir á los impulsos de la época á que pertenecían. Ellos iban ¿por qué negarlo? tras de empresas lucrativas, á buscar oro, influidos por la tendencia característica de aquellos tiempos, inspirados por evidente interés comercial, y también por otro grande empeño, el de propagar la fé cristiana con todo el ardor y el entusiasmo del proselitismo. El país regalaba el oro, la plata, los metales, y las fáciles producciones de frutos riquísimos. Los indios eran idólatras, y también en su mayor parte sumisos y obedientes.

¿Cuál pudo ser y fué la consecuencia de esto? Muy natural, si bien triste, injusta y dolorosa. Los brazos que en los combates empuñaban las armas para la conquista, y las manos que habían llevado y que ostentaban la cruz, no eran ciertamente los que habían de arrancar del seno de las montañas los metales preciosos, ni los que habían de abrir surcos en la tierra para extraer de ella y recoger los frutos que brindaba; esos brazos, esa fuerza, tenían que ser y fueron los de los indios infelices. Ya veis así aparecer las tres instituciones que señalan el origen de la esclavitud americana, *las mitas*, *las encomiendas*, *los repartimientos*.

Las mitas, especie de conscripción civil sostenida antes por los mismos Incas, tomada de las costumbres indianas, que los españoles en esto imitaron, y en virtud de la cual todos los indios de 18 á 50 años de edad eran forzados á trabajar en la explotación de las minas, durante seis meses de cada tres años. En aquella tan ruda y peligrosa faena forzada, perecían á millares los pobres indios; eran sin piedad sacrificados á la sed de oro, á la codicia... ¡Primer ataque á la libertad del trabajo!

Las encomiendas y los repartimientos. Grandísimo era el interés de propagar la fé cristiana y difícil realizarlo, estando los indios en gran dispersión. Se estimó, pues, como de gran conveniencia, y hasta de necesidad, asignar cierto número de indios á cada europeo, á quien se cometió el encargo especial, la obligación expresa de educarlos en la fé de Cristo, y de inspirarles sentimientos religiosos exaltados; y á cambio de ello, les fué otorgada la facultad de utilizar y aprovecharse de su trabajo. De esta suerte, repartidos así los indios, y confiados por grupos á cada europeo, veis ya, señores, establecido, instaurado en América el trabajo servil. Segunda forma de la esclavitud; sacrificio cruel del pobre indio, de su familia y de la libre aplicación de sus fuerzas á una enseñanza religiosa que no fué más que el pretexto para explotarlos.

De esas instituciones se originaron grandes abusos, infinitas violencias, castigos horribles,

cuyo relato nos ha transmitido la severa pluma de un varón ilustre, de un hombre venerable, del inmortal Las Casas. Vanos fueron los nobles y levantados propósitos de los reyes de España. La Reina Católica moría recomendando en su testamento. *para tranquilidad de su conciencia*, que no se martirizase á los pobres indios. El emperador Carlos V enérgicamente mandaba abolir la servidumbre indiana. Tronaban junto con el Padre Las Casas, muchos rectos y virtuosos dominicos, contra tanta iniquidad, contra tanto desmán, contra explotación tan inhumana, contra ofensas tan graves al mismo Dios... Todo fué inútil; siguió esa esclavitud hasta alentada por el mismo clero, que, aprovechándose de ella, llegó á admitir sin escrúpulo que *las encomiendas y la servidumbre eran cosas muy diferentes*. Los males que produjo fueron inmensos; vinieron tras de ella horrores apenas concebibles; extirpación, extinción completa de la raza indiana en algunas partes; en otras disminución considerable del número de trabajadores, entre quienes la muerte abría anchas brechas; en todas descenso profundo, y á las veces anulación de productos, con abandono de las tierras, por no haber ya indios esclavos bastantes con que explotarlos. Y así se preparó el trágico fin de la servidumbre indiana, no porque se la reemplazara por sabias y humanas instituciones, que dieran libertad al trabajo, no; sino porque se acabó la vida de los esclavos.

Cuando ya éstos no existían, ó apenas existían, para colmo de desgracias y para afrenta de nuestro nombre, trasplantóse á América la esclavitud de los negros, que ya tenía antiguas raíces en España y en Portugal. En esos instantes, cuando aparecen los negros esclavos en el continente sudamericano, es cuando en realidad se puede decir que comienza á vivir la agricultura hispanoamericana.

Permitidme, señores, señalar a vuestra consideración aquí también la notable circunstancia de que todo se presenta con cierta lógica y armonía. Campos dilatados, inmensos, sin límites conocidos, los que antes os he descrito. Para explotarlos era necesario número de brazos también sin límites asignados. América daba los primeros; África los segundos. Así jamás faltarian las tierras; así nunca se acabarían los esclavos. Ahí tenéis explicada esa corriente caudalosa de más de tres siglos que se ha llamado *la trata africana*. Y ahí tenéis también explicado de qué suerte se labró esa que se ha llamado *prosperidad*, y cómo se formaron esas grandes riquezas que vinieron á constituir la, cuyo origen y fundamento me llevan á maldecirla una y mil veces, porque á su sombra funesta, y tras de ella, se ampararon todos los errores sociales y económicos, todas las formas de la opresión y todas las iniquidades, para venir después á tornarse en manifiesta decadencia, profunda y alarmante. ¿Cuándo? Cuando la catástrofe, que con ella ciegamente se había preparado, apenas dejó espacio para corregir ó reparar las injusticias, ni aún tiempo para llorar tantos desastrosos... Perdióse entonces para España todo su antiguo imperio colonial, y la nación, tan grande como imprevisora, que había extendido su poder sobre todo el Continente sudamericano, vió reducidos sus dominios á las islas de Cuba y Puerto-Rico.

Ya no era, pues, tan inmenso el campo, ni tan infinita la extensión de las tierras. Por entonces también la corriente de los esclavos africanos quedaba, al menos en el orden legal, limitada. Entonces, en ese supremo instante, la libertad del trabajo, con las franquicias comerciales, debieron aparecer como los medios llamados á dar solución al problema. Pero una ceguera fatal, que aun nos persigue por desgracia, se opuso á ello con tenaz é irracional empeño. Nada se resolvió. El problema quedó en pié. Ahí le tenemos, pavoroso, imponente. La decadencia vino. La ruina se siente.

No, no existe en las provincias españolas de América la libertad del trabajo. ¿Cómo, me direis, no existe? ¿Pues qué, no se ha dictado una ley de abolición de la esclavitud? No, señores; no es libertad lo que esa ley consigna y establece, es *patronato*; es negación de libertad... ¿Patronato?... Después de decir al pobre negro: «eres hombre, tienes personalidad», se le arranca esa libertad, se le despoja de esa personalidad, se anula su voluntad... Lo cual, en suma, es decirle: «No; no eres libre».

Y como si esto no fuera todavía bastante inhumano é injusto, se ha consignado en la misma ley un principio que toda conciencia honrada y noble está en el deber de rechazar, como inspirado por un refinamiento de crueldad apenas comprensible en una sociedad cristiana. Sigue trabajando el hombre por la fuerza. Sigue trabajando como esclavo casi sin salario, ó con una forma de salario irrisoria, para que con su sudor, con sus sufrimientos, con su agonía, con su propia sangre, pague él mismo en cierto tiempo la *indemnización al amo*. Señores: ¿es esto libertad? ¿Cómo? ¿Pagar el esclavo la indemnización?... Cuando nosotros, cuando todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, pasados y presentes, los hombres, los Gobiernos, la sociedad entera, hemos debido ir á descargar nuestras conciencias del peso formidable que sobre ellas gravitaba; cuando hemos declarado arrogantes á la faz de todo el mundo que íbamos á romper para siempre las cadenas que en días tristes nuestros padres forjaron para su vergüenza; entonces, en

esos solemnes instantes, hemos podido admitir que pague indemnización el *único sér inculpable* en este crimen secular de la esclavitud, la *única víctima verdadera*? ¿Hemos debido consentir que esa clase infortunada, gran basamento de una inmensa pirámide de oro, en cuya cúspide todavía se ostentan con cínicos alardes el lujo y la opulencia de los opresores, sea la que pague indemnización á esos mismos crueles opresores? Eso no es libertad. ¡No!

Yo me figuro lo que habrá pasado por el alma del pobre negro, al amanecer del día siguiente á aquel en que se le debió anunciar con grande aparato que la ley le declaraba libre; yo me lo figuro dentro de su informe choza de ramaje, de su bohío, bajo aquella impresión grande, bella, inexplicable, dilatando su espíritu hácia nuevos horizontes, y repitiendo con inmenso júbilo: *soy libre...* Le habrán dicho tal vez que hay otros preceptos en aquella misma ley que le niegan la libertad; pero seguramente él no lo habrá oído, ó no lo habrá entendido, ó no lo habrá creído... Sería quizá alguna pesadilla, algún sueño terrible... Al distinguir los albores del nuevo día, en aquella hora que en los campos de Cuba tiene mayores encantos que en cualquiera otra parte del mundo; cuando ya lo que la oscuridad de la noche le hacía aparecer como fantasmas temerosos, poco á poco se disipara y convirtiera en formas reales y vivientes; cuando el infeliz viera á través de la puerta de su miserable vivienda los primeros pálidos resplandores de la aurora; cuando observara cómo la palmera americana, bajo la influencia de la luz, empezaba á ostentar sus airozas, esbeltas y soberbias formas; cuando á sus ojos desplegaran las ramas trémulas y oscilantes del bambú sus graciosas curvas y sus contornos voluptuosos; cuando su vista, al cruzar el bosque, alcanzara á sorprender los primeros rayos del sol por el horizonte; cuando admirara embobado la fiesta de la naturaleza, esa fiesta divina de todas las mañanas, celebrada y cantada por infinitos pájaros, que saltan de los árboles, que pueblan el espacio iluminado, esmaltan el aire con sus brillantes colores, lo alegran con sus trinos armoniosos, y parecen como ramilletes de flores arrojados al cielo en señal de gratitud por la tierra venturosa y libre; en esos momentos el pobre negro diría: «no es verdad, no, esa pretendida negación de libertad; soy tan libre y tan dichoso como esa palma, soy tan libre y tan dichoso como esos pájaros, soy tan libre y tan dichoso como ese campo que se extiende ante mi vista; soy más: soy ya hombre, soy ya mio...» Pero entonces ¡ay! el silbato de la máquina, que le llama al trabajo, y la campana del ingenio, que le llama á la fila, resuenan por todo el monte; su penetrante y triste sonido se extiende y se repite, va á herir su corazón burlado é inocente, y le arranca del pecho un grito horrible de dolor: «¡Todo es mentira! ¡No soy libre! ¡Soy esclavo!»

Pero hay más, señores, hay mucho más, con ser lo que acabo de decir más tal vez de lo que se puede imaginar. En 1867 un distinguido hombre público contribuyó á que se dictase la ley llamada *de supresión de la trata*. Fué decreto, pero se convirtió después en ley por los Cuerpos Colegisladores. En su virtud quedaban libres, sin lugar á reclamaciones, todos los esclavos no comprendidos en el padron de dicho año. Esos infelices son más de *sesenta mil*, y ¡estremecéos! ¡son esclavos todavía! Yo os lo aseguro; son esclavos. De suerte que no es ya solamente porque una ley haya mixtificado la libertad de los negros, sino que á pesar y en contra de leyes preexistentes que se la otorgan, y por ser éstas total y absolutamente desobedecidas continúan bajo la servidumbre multitud de desgraciados, para quienes no hay justicia, no hay ley, no hay gobierno, y casi parece que no hay Dios. En este delito son cómplices los que lo consentían y los que conociéndolo no lo denuncian ante el mundo civilizado y ante los poderes públicos, como reto insolente lanzado por la codicia del negrero á toda la humanidad.

Otra ley muy conocida manda que sean libres todos los negros que pasen de 60 años de edad. Un tratado del año 1817 establece que no puedan llegar á las playas de Cuba más esclavos africanos. Hace, pues, más de 60 años que esta estipulación del tratado existe; luego no ha podido ni puede haber en la isla de Cuba, desde 1817, un solo esclavo natural de África. Pues, señores, nadie ignora, y un ministro de España lo ha declarado con asombro de todo el mundo, que son los más en Cuba los esclavos africanos. Que consulte quien lo dude el padron de esclavos de Cuba, y verá comprobada la verdad de la afirmación del ministro. Por consiguiente, hay otro delito aquí, otro delito horroroso: se esclaviza también á hombres libres, y para ello se burlan solemnes tratados, se quebrantan leyes, y, lo que es peor, ese delito se conoce, se denuncia, es sabido de todos los Gobiernos, y queda siempre impune y consentido. (1)

(1) El orador no recargó este cuadro, citando aquí el reglamento hoy en vigor en Cuba, ni refiriéndose al *cepo*, al *grillete*, al *excesivo número de horas de trabajo* y á la *imposibilidad de la queja*; porque tenía entendido que el actual Gobierno había dispuesto la inobservancia, la verdadera derogación de esos castigos y de esas crueldades. Ahora sabemos que aquellas disposiciones del Gobierno, ó no fueron muy formales, ó han sido desobedecidas en Cuba, en donde sigue imperando como ley, más que ley, la omnipotente voluntad de un general que lo gobierna.

Yo entiendo que con el trabajo esclavo, sin el estímulo del interés, es imposible que la agricultura exista. Seguirá decayendo y la ruina será evidente. Se destruye al hombre moral, se abate su espíritu, se nubla su alma, se atrofia su sensibilidad, se endurece su corazón y viene de esa suerte la estúpida indiferencia; no hay interés alguno en la vida, y en medio de esa humillación continua, de esa opresión interminable, de esa eterna noche en que su triste existencia se agita, no se descubre para ese desventurado instrumento humano del trabajo otro fin, que la muerte moral en el embrutecimiento, ó la muerte física causada por la crueldad, si antes no buscada por el mismo esclavo en el suicidio. ¡El suicidio, señores, que diezma las dotaciones en espantosa proporción! ¡El suicidio, única manifestación de la voluntad del desgraciado, á quien sólo es posible ejercitarla para morir!... ¿Y habrá quienes todavía pretendan que bajo tales condiciones se desenvuelva la producción, se realice el trabajo y la agricultura se sostenga? ¿Y habrá quienes no teman en medio de esa violación de las leyes divinas y humanas, que la desesperación engendre ódios, que éstos produzcan conspiraciones, y que tras de ellas vengan catástrofes espantosas y sangrientas escenas, alumbradas por los siniestros resplandores de la tea?... ¡Ah! ¡Cuánta ceguera, Dios mío! ¡Y hay quienes así olvidan la hecatombe de Santo Domingo!... No; no hay duda; ante las lecciones de la historia, ante las enseñanzas de la razón y de la ciencia económica, el trabajo, la tranquilidad, el orden, la producción, se encuentran constantemente amenazados en medio de semejante régimen; y la ruina, la muerte, la guerra misma, son las inevitables consecuencias de la esclavitud de los trabajadores.

Pero si en esa hermosa isla de Cuba, que aún nos queda como resto de pasadas grandezas y de nuestro antiguo inmenso poderío, la ley estableciese el franco reconocimiento de la libertad en el trabajador, con derecho de libre contratación, entonces el esclavo, ó patrocinado de hoy, vería al lado de la justicia un bien real y positivo conseguido; sentiría gratitud y placer inmensos por un beneficio, que no vacilaría en atribuir á sus propios actuales amos, si imprudentes no mostrasen estos insensata oposición; contemplaría sus derechos de hombre respetados, protegidos por las leyes que antes lo humillaban, y su dignidad amparada en la misma condición de obrero libre. Sería el pobre negro señor de sí mismo; á su lado estaría segura su familia, y viviría más por ella y para ella. En medio de esas nuevas condiciones se sentiría como llevado suavemente á desear un orden tranquilo. Ya no serían para otro todos los frutos de sus afanes y de sus sudores, sino que á él, á sus hijos tocaría la ancha parte que justamente le pertenece. Nacería entonces en su pecho la esperanza, que antes le negaba su condición de esclavo; y al tender la vista por el inmenso campo de su libertad, descubriría en el horizonte un porvenir, quizá una fortuna, el bienestar para la vejez, la suerte asegurada para los suyos... ¿No es verdad, señores, que ese hombre estaría entonces en la senda de la moral y de la virtud, y que de él se podría esperar todo lo bueno y lo noble y lo grande? ¿No es verdad que ese obrero sería el más útil, el más productivo, el que daría mejores frutos, más abundantes y de mejor calidad?... Cuando la razón así no lo demostrara, ¿no lo está pregando á gritos la experiencia de todos los tiempos y de todos los lugares?

Ved, sin embargo, lo que hoy sucede. Por los esfuerzos nobles y generosos del verdadero pueblo español, por los esfuerzos no menos nobles y generosos del país cubano, la esclavitud de los negros ha de desaparecer pronto á despecho de los interesados en sostenerla; y al sentir cercano su fin se ha discurrido un medio de prolongar el trabajo forzado bajo otras formas. ¿Cuál es ese medio? La contrata de los chinos, especie de trata asiática que viene á reemplazar á la antigua trata africana. No creáis, señores, no, que se a cierto lo que se suele decir para cohonestar esa nueva forma bajo la cual aparece la servidumbre en Cuba; no creáis que en aquel clima sólo el africano y el chino sean capaces de resistir el trabajo y la acción abrasadora del sol. ¿Sabéis cuál es la verdad en el fondo? Que no se sabe, que no se cuenta, que no se vé, cuántos son los infelices negros y asiáticos que perecen en esa horrorosa lucha.

¿Y sabéis cuál es el interés que hay en que los trabajadores sean de esas razas que llaman inferiores? El interés del silencio, el de la impunidad, el de continuar la explotación cruel é inhumana del hombre por el hombre. Porque esas razas, humildes, ignorantes, embrutecidas, desconocen sus derechos; sufren, padecen, callan, mueren y no protestan. Por eso, y sólo por eso, las quieren los esclavistas de siempre. Promoved la inmigración de otros países, llevad á la isla de Cuba para trabajar en sus fértiles campos trabajadores libres; esos inmigrantes conocen sus derechos, saben cuáles y cuántos son, y tienen energía y medios para reclamarlos; pero eso es lo que no quieren los explotadores, y eso precisamente es lo que ha de salvar á aquel país de su total ruina, de la muerte de su agricultura, que es el nervio de la producción antillana.

Ya lo veis, pues, señores; la América española ha sido en todos tiempos, desde los días de su descubrimiento hasta hoy, campo dispuesto y preparado por la codicia y la ignorancia para el trabajo servil, que allí ha ido mostrándose sucesiva-

mente bajo las diversas formas cuya rápida exposición dejó hecha en esta conferencia. Primero la servidumbre de los indios, tan cruel y tan bárbara en ciertas regiones, que *hasta extinguió la raza*. Después la esclavitud de los negros que, con haber sido ménos inhumana en las leyes españolas que en las de otras naciones, fué siempre, sin embargo, causa principal, origen verdadero de horrores, crímenes y excesos, que manchan la historia de nuestros padres, que nublan y empañan el brillo de sus más grandes hechos, y que han traído nuestro antiguo imperio colonial á las tristes y pobres proporciones que hoy tiene. Y, en fin, las contratas de asiáticos, la esclavitud china.

Los que amamos el progreso, la libertad y la justicia, reclamamos medidas que lleven inmigrantes libres, y con esas medidas, que son indispensables, respondemos á la pregunta que suena sin cesar en nuestros oídos, y que formulan los hombres apegados al régimen esclavista. «Dado el estado actual de Cuba, su régimen económico y político, disminuido notablemente el número de brazos, si desaparece la esclavitud, si se suprimen las contratas de asiáticos, si no han de afluir de otras partes elementos de trabajo, y la producción decae y la isla se arruina... ¿qué hemos de hacer para impedir su muerte definitiva? ¿Nos cruzaremos de brazos para aguardarla con estóica resignación y espiar las faltas de nuestros mayores?...» ¡Ah! no, no, mil veces no. La solución es bien sencilla. Está en los otros dos puntos que antes os he indicado: *libertad comercial, libertad política*. Hé ahí las dos palancas, ó por mejor decir, la palanca y el punto de apoyo, mediante los cuales podríamos levantar seguramente aquel país de su prostración, y le haríamos volver á su antigua prosperidad... ¡qué digo á su antigua prosperidad!... No; no á lo que tenía de horrible, como basada en el crimen de la esclavitud y en la ignorancia, sino á lo que siempre tiene de hermoso y grande esa otra prosperidad, que es hija del progreso, de la justicia, del trabajo libre, del libre comercio, de la igualdad, en fin, y de la fraternidad entre todos los españoles de ambos hemisferios.

Para demostrar estas afirmaciones, ya que no alcanza el tiempo de que esta noche dispongo, contraigo gustoso el empeño de desarrollar en otra ocasión el tema bajo esos dos aspectos: el económico, el político. Y ahora, señores, al terminar, permitidme suplicaros que me dispenseis si os he molestado, y aceptad las gracias que os doy por la bondad con que me habeis concedido vuestra benévola atención.

He dicho.

BERNARDO PORTUONDO.

REVISTA AMERICANA.

República Argentina.—Recepción del nuevo gobernador de Buenos-Aires, doctor Dardo Rocha.—Su gran discurso.—Garantías de paz para el futuro.—Los ministros del Doctor Rocha.—Otras noticias.

Dice un ilustrado diario de Sevilla, en un brillante artículo consagrado al exámen de un importante libro, que el publicista de aquél continente, Sr. Varela, tan conocido como apreciado entre nosotros, *ha puesto en moda las cuestiones de América*.

Debe ser así, cuando de ellas se están ocupando diarios que antes jamás lo hicieron, y de ello debemos, en verdad, felicitarnos, puesto que se trata de pueblos que llevan nuestra sangre, hijos de nuestra tradición y á los que dimos, en la cuna, el idioma magestuoso de nuestros padres.

No por rendir culto á esa *moda*, sino por seguir llevando siempre el programa de LA AMÉRICA, vamos á consagrar hoy este artículo á las noticias que nos llegan de la República Argentina, noticias que, por su índole é importancia, merecen una mención especial para nosotros.

Y la razón es clara.

En aquella parte de América, á la que tanta población extranjera afluye, tenemos como doscientos mil compatriotas, doscientos mil españoles, que habiendo encontrado en la Argentina hogar, trabajo, y no pocos pingües fortunas, ven en ella una segunda patria, en cuya suerte se interesan como en la de su propio país.

Aquella parte de nuestro pueblo tiene aquí deudos, familia, amigos, compatriotas, que, á su vez, se interesan en conocer las condiciones en que *allí viven*, puesto que tanto mal se ha dicho, y se dice siempre, sobre América, presentando á todas sus repúblicas agitadas de continuo en el campo sangriento de las guerras civiles.

Esta circunstancia nos mueve á dar gran importancia á las noticias que de Buenos-Aires nos llegan, reseñando hechos y acontecimientos que no pueden ménos que causarnos honda y placida satisfacción.

Hace dos meses que LA AMÉRICA dió á conocer á sus infinitos lectores de España y el extranjero, al nuevo gobernador, electo por la provincia de Buenos-Aires, doctor D. DARDO ROCHA, uno de los hombres más eminentes de aquel continente, bajo todos conceptos, y el cual, por su talento natural, vasta y variada instrucción, experiencia en los secretos del Gobierno, y fama como publicista y orador brillante, es, en una palabra, *verdadero hombre de Estado*.

Libre y espontáneamente electo por sus compatriotas, el doctor Rocha,—según lo prescrito por la Constitución del país,—tomó pacíficamente posesión del mando, prestando el juramento de

ley ante el Congreso, en medio de las manifestaciones entusiastas de 15.000 almas (1), que le aclamaban sin cesar.

En este momento solemne, el nuevo gobernador pronunció un discurso que, por la belleza de su forma, lo elevado del lenguaje, lo importante de las revelaciones y la grandeza del programa de gobierno en él trazado, sentimos no *poder reproducir íntegro*.

Dos objetos habríamos tenido en ello:

1.º Revelar la importancia del hombre.
2.º Dar á conocer á nuestros compatriotas de aquí, todo lo que *los de allí* pueden y deben esperar de un gobernante que acepta el mando en nombre de ideas tan francas, elevadas y fraternales.

Pero no por esto privaremos á nuestros lectores de una parte notable de ese discurso, es decir, de sus primeros párrafos.

Dicen de esta manera:

«En esta hora solemne de mi vida, al invocar á Dios y á la patria, tengo el sentimiento íntimo de la responsabilidad que me impone la singular confianza que he merecido á mis conciudadanos, al designarme para ocupar la primera magistratura de la Provincia de Buenos Aires; y creo oportuno fijar las reglas de mi criterio sobre tan importantes y delicadas funciones.

Entiendo que el ejercicio del poder público no es una satisfacción sensible, sino el más elevado y el más difícil de los deberes que puede desempeñar un hombre, y que su severo cumplimiento debe acallar toda pasión personal y todo propósito extraño á su noble objeto.

Las sociedades modernas no entregan las armas poderosas del gobierno para fines pueriles, ó cediendo á fanatismos personales—las confían solamente para aumentar la suma de bienes de que gozan y favorecer y acelerar su desenvolvimiento progresivo, aproximándose lo más posible á aquellos patrióticos objetivos, ensueño de una generación anterior, pero que puede ser la realidad de la presente.

Las leyes eternas del orden moral tienen que presidir, pues, el ejercicio del poder público, y la autoridad debe usar siempre procederes regulares y normales, tan distintos de la violencia como de la debilidad.

Consecuente con estos principios, aunque sé bien que he sido el candidato de un partido sin faltar á los deberes que un hombre honrado reconoce en las democracias templadas, como la nuestra, no olvidaré, sin embargo, que de hoy en adelante voy á ser el gobernador de la provincia, y que en mi carácter tengo que amparar todos los derechos y cumplir y hacer cumplir las leyes por todos y para todos, y no sacrificar jamás los altos intereses de la provincia á combinación política alguna.

Son pueblos sin historia y amenazados diariamente por la catástrofe, aquellos en que los partidos van al poder cegados por la venganza, y solo para gozar de sus esplendores y de sus beneficios, sin un móvil patriótico ni un sentimiento levantado.»

Refiriéndose al sentimiento de amor á la patria, dando indirectamente una severa lección á los localistas, continúa así:

«Hablo de la consolidación, de la nacionalidad y del mantenimiento del orden.

Amo la provincia de mi nacimiento, como se ama el lugar de reposo de los antepasados y de la cuna de los hijos, pero amo sobre todo el nombre de argentino, y pienso con dolor que este nombre estará destinado á desaparecer si los vínculos de la nacionalidad se aflojan, ó el orden continúa perturbándose con menoscabo de la prosperidad, del bienestar y de la honra nacional.

Buenos-Aires acaba de complementar la obra de la nacionalidad argentina, cediendo con el más hermoso desprendimiento su gran ciudad para capital definitiva de la República.

Sobre este hecho puede haber discusiones contemporáneas, porque los grandes acontecimientos no se realizan instantáneamente y con el consentimiento de todos; por el contrario, por el resultado de iniciativas remotas, de discusiones teóricas, de hechos opuestos y extraños, al parecer, aunque concurrentes al fin, de lejos vienen despertando y embraveciendo pasiones que producen el estallido al acercarse la hora de la realización.

Esta es la ley de todas las grandes crisis, de las que depende la suerte de las naciones, y desgraciadas de aquellas á las cuales les falta el alto sentido político para realizar el hecho necesario á su existencia, ó la virtud para conservarlo y desenvolverlo en todos sus resultados.

Por otra parte, las pasiones embravecidas no se apaciguan en un día, y estos grandes hechos humanos tienen una proyección que no es dado á todos los espíritus abarcar y así suelen ser resistidas por largo tiempo las soluciones salvadoras.»

Hé ahí el lenguaje, elevado y patriótico, en que habla á sus conciudadanos el doctor Dardo Rocha, nuevo gobernador de la riquísima provincia de Buenos-Aires.

Ese lenguaje, digno de cualquiera de los hombres de Estado de Europa, revela lo que tantas veces ha sostenido LA AMÉRICA: que en el vário y fértil continente descubierto por el genovés inmortal, abundan las inteligencias y los hombres maduramente preparados para las difíciles tareas de Gobierno.

El doctor Dardo Rocha es uno de esos hombres. Después de las palabras citadas, que pueden llamarse el *avant-propos* de su notable discurso, el gobernador revela al país cuáles son sus ideas sobre todas las grandes cuestiones á que se liga su bienestar y progreso, trazando un vasto programa tan liberal como halagador, estableciendo

(1) El Nacional, diario importante de Buenos-Aires, calcula en ese número la concurrencia que asistió al acto.

como base de su gobierno la fraternidad entre todos los hijos de Buenos-Aires, y la alianza íntima, cordial y franca, con la inmensa población extranjera que en Buenos-Aires reside.

Bajo este punto de vista, no podemos sino felicitarnos de que un hombre de tan reconocida importancia haya merecido el honor de ser llamado á ocupar la primera magistratura de su país.

Para acompañarlo en el Gobierno ha nombrado dos ministros, que serán dignos auxiliares de la política que inicia; el doctor D. Carlos D'Amico, y el Sr. Uruburun, ambos ilustrados y de talento.

El doctor D'Amico, que era ya ministro de la Gobernación del anterior gobernador, doctor Romero, es un hábil juriscónsulto, y su colega, que tiene la cartera de Hacienda, uno de los hacendistas más distinguidos de la República.

Un Gobierno, compuesto de tales elementos, no ha podido ménos que inspirar plena confianza al país, que le ha recibido con grandes manifestaciones de simpatía y entusiasmo.

Al concluir su discurso, el doctor Rocha ha dicho:

«Tal es, señores senadores y diputados, el cuadro de mis ideas de gobierno. No puedo prometerme satisfacer todas las aspiraciones que entraña, porque un hombre solo puede tomar sobre sí las promesas que están en la medida de sus fuerzas, y aun cuando cuento que la opinión sensata de la provincia no me faltará en ese camino, y con ella el concurso de la inteligencia y de la prudencia de vuestros consejos, hay muchas veces circunstancias superiores á la voluntad de los hombres que influyen sobre los acontecimientos y son superiores á todo esfuerzo y á todo cálculo humano.

En cambio, sí, os puedo prometer que esos serán los rumbos constantes de mi gobierno, que emplearé toda la fuerza de mi alma y la mejor parte de mi tiempo para mantenerme en ella y responder á la alta confianza que he merecido á mis conciudadanos; así no haré sino seguir la huella que me ha marcado mi distinguido antecesor el señor gobernador Romero, que en tan breves y difíciles tiempos ha dado pruebas claras de su laboriosidad, de su inteligencia y de su patriotismo.

Os prometo también, siguiendo esa misma huella, hacer las economías compatibles con las necesidades de nuestro progreso; una administración honrada y laboriosa, profundamente respetuosa de la Constitución y de las leyes y que propenda, en la medida de lo posible, á la unión de todos los ciudadanos dentro de la ley y de las condiciones de la vida democrática, á fin de que si bien existían la diferencia [de opiniones que nace de la libertad y la demuestra, no existían esos abismos de odio que separan unos ciudadanos de otros por vallas insalvables.

Con estas solemnes promesas y la de respetar y hacer respetar la libertad de todos, solo me resta invocar la protección del Todopoderoso que levanta y abate los pueblos y pedirle que mantenga en nuestros ciudadanos el amor á la libertad, que avive el respeto á la ley y la consagración al trabajo para que tantas lágrimas y tanta sangre como se han derramado en setenta años, no hayan sido estériles; para que nuestra nacionalidad realice sus grandes destinos; nuestra provincia continúe rica, libre y feliz, desenvolviendo todas sus fuerzas; y para que de este modo aquellos que hicieron tantos sacrificios por nosotros, nos miren complacidos desde la región eterna como sus dignos sucesores que con piadosa veneración hemos cumplido sus últimos votos.»

Así concluye el doctor Rocha su discurso por el cual le felicitamos muy cordialmente, en nombre de los grandes principios de la democracia, en que se ha inspirado al pronunciarlo este notable hombre de Estado americano.

A. DEL PALACIO.

RUSIA.

DIDEROT Y CATALINA II.

Hemos visto á Catalina II elevarse al imperio, después del asesinato de su esposo Pedro III. Sus debilidades como mujer fueron tan escasas, que no es posible enumerar sus amantes y favoritos, pero como emperatriz es innegable que engrandeció á la Rusia, extendiendo sus Estados. No retrocedió ante ningún crimen que pudiera ser útil á su ambición; así sus sicarios dieron muerte al desgraciado príncipe Iwan, que había permanecido muchos años sepultado en un encierro. Esta astuta princesa cometió el enorme atentado de desmembrar la heroica Polonia, aunque dió el trono de esta nación á Poniatowski, uno de los primeros en obtener los favores de Catalina. Poniatowski vendió la confianza que depositó en él más tarde aquel pueblo inmolado por la codicia de Rusia, de Austria y de Prusia que se repartieron sus despojos.

Catalina II manejaba tan hábilmente la pluma como el cetro. Se citan muchos escritos históricos políticos, y aun una tragedia de tan célebre autora, y algunos críticos ensalzan el estilo ruso, francés y alemán de sus obras. Por imitar su ejemplo, hombres de Estado y mujeres rusas aspiraron á merecer los laureles académicos. Una de las amigas de su juventud, más tarde su dama de honor, la princesa Dachkova, después de haber recibido la educación digna de un doctor, fué nombrada presidenta de la Academia de ciencias, y al mismo tiempo directora de la Academia de Artes y de Bellas Letras en Petersburgo. También dotó la literatura rusa de un diccionario etimológico. La princesa soñó en constituir un Estado republicano, y luego una monarquía constitucional para la Rusia, y lo extraño fué que la emperatriz, tan amante del Gobierno más absoluto, mostró por

algun tiempo simpatías por realizar el pensamiento de su amiga, y parecía alimentar estas veleidades de civilización.

Uno de sus embajadores en las cortes de Francia y de Inglaterra, el príncipe Cantemir, es distinguido en el número de los autores nacionales. Guasco, canónigo piomontés, amigo de Montesquieu, tradujo en francés las sátiras y la historia de Turquía, que compuso Cantemir.

La emperatriz quiso tener un teatro nacional, y los poetas Khéraskov, Kniajuine, Sumarokw y otros, escribieron dramas imitados ó traducidos de los repertorios extranjeros.

Un hombre de bien, Rudichtcher, se atrevió á escribir en favor de los siervos rusos, sin ser desvanecido por los esplendores del lujo de una corte de costumbres disolutas, y á ciencia cierta corruptoras; Catalina, espantada, hizo deportar á Rudichtcher á Siberia. Continuaron las persecuciones contra las personas consagradas al cultivo de las letras. La princesa Dachkova fué alejada de Petersburgo. Parece que no ocultaba su desprecio por Orlox y otros favoritos de la emperatriz, que habían tomado parte en el asesinato de Pedro III. Se reprochó á la favorita el haber autorizado la impresión de una tragedia rusa, en la que se leía entre otros versos, uno que expresaba esta idea: *Un rey une las debilidades de un hombre al poder de un Dios.*

Este pensamiento bastó para hacer quemar la tragedia por la mano del verdugo, y para que la presidenta de la Academia fuese desterrada.

Así se desvanecieron las esperanzas de los que como Voltaire, Alembert y otros atribuían á Catalina ideas liberales y civilizadoras.

Diderot, que fué el autor de la *Enciclopedia*, hizo la fortuna de muchos libreros, pero no la suya. Había recibido 20.000 reales por cada uno de los diez y siete volúmenes de que se compone su obra famosa, y además una suma de 40.000 reales. ¿Pero qué significaba esta cantidad relativamente á los treinta años de trabajo que le costó levantar tan grandioso monumento? Aunque había heredado algunos bienes de su padre, era muy generoso, y muy disipador. El amaba el juego dice su hija, y perdía siempre. Compraba libros, estampas, piedras, grabados, miniaturas, y las regalaba al día siguiente de haberlas comprado. Con estos gustos que le ocasionaban tantos gastos, no es de extrañar, que Diderot no conservase ningún ahorro. Así, cuando quiso casar á su hija, la única que le quedaba, por haber perdido tres hijos, no vió más partido que tomar que el vender su biblioteca.

La emperatriz Catalina, informada de este proyecto, compró la biblioteca por el precio de 15.000 libras, con la condición de que Diderot debía conservarla durante toda su vida, y le dió una pensión de cuatro mil reales, para ser el bibliotecario.

Pero esta pensión, añade su hija la señora de Vandel, no fué pagada con designio premeditado por espacio de dos años. El príncipe de Galitzia embajador de Rusia, que había arreglado este negocio, preguntó á Diderot si recibía exactamente la pensión, y le respondió que no pensaba en ello, que se consideraba muy feliz con que su majestad imperial hubiese querido comprar su biblioteca y dejarle los libros. El príncipe le manifestó que no era esta la intención de la princesa, y que él se encargaba de impedir un olvido más largo. Y en efecto, Diderot recibió algún tiempo después 200.000 reales, á fin que este fuese pagado por cincuenta años.

Diderot, quiso ir á Rusia, para dar las gracias personalmente á la emperatriz. El célebre estatuario Falconet, autor de la estatua ecuestre de Pedro el Grande, había sido favorecido por Diderot, que negoció las condiciones del viaje del artista, y éste se mostraba tan agradecido á estos servicios, que solicitaba sin cesar al filósofo para que fuera á Rusia.

Diderot había resuelto hospedarse en la casa de Falconet, y rehusó en su consecuencia el alojamiento que le ofrecía el príncipe que le condujo á Rusia, M. Naniko; pero fué tan fría la acogida que le hizo aquel, que le protestaba de su reconocimiento y amistad por tan señalados favores, que apesadumbrado por la recepción del que se llamaba su amigo, se vió obligado á recurrir á la hospitalidad que antes no quiso aceptar.

Pero el pesar que le causó la ingratitude de Falconet, fué dulcificado y compensado ampliamente por la alegría que le infundió, el haber encontrado en San Petersburgo, á *Grinin*, el amigo de su alma, y sobre todo por la acogida que recibió de la emperatriz Catalina. Por más que no le consultase verdaderamente sobre los objetos más importantes, para adoptar sus ideas, como supone uno de los editores de Diderot, porque ciertas cartas publicadas recientemente de Catalina demuestran que no tomaba los planes y los pensamientos del filósofo tan en serio, como él mismo pensaba, lo que parece cierto y seguro es que guardó siempre en su presencia la franca espontaneidad de su carácter, y que en sus conversaciones, el lenguaje de su imperial interlocutora estuvo con frecuencia á la altura del espíritu que le animaba á él mismo.

Diderot no temía lanzar cargos terribles contra los Gobiernos despóticos. Un día que los había acusado con mucha vehemencia, de hacer estrechos los espíritus y de ahogar las grandes ideas, Catalina, que le había escuchado con gran atención, le dijo: «Yo nunca he oído de vos nada que me haya causado tanto placer. ¿Pero os atre-

veriais á decir todo esto en París?—No señora, respondió el filósofo, yo me he encontrado el alma de un hombre libre en la comarca que se llama de los esclavos, y el alma de un esclavo en la comarca que se llama de los hombres libres.» Los dos disputaban con mucha frecuencia, refiere la señorita de Lepinasse en una de sus cartas. Un día que la disputa se animaba en extremo, la zarina se detuvo, diciendo: «Nos hemos escitado demasiado para tener razón; vos teneis la cabeza muy viva, yo la tengo caliente, y no sabríamos más lo que diríamos.—Con esta diferencia, replicó Diderot, que Vuestra Magestad podría decir todo lo que le agrade sin inconveniente, y que yo podría faltar.—Eh! no; volvió á decir la zarina; jácaso hay alguna diferencia entre los hombres? No es preciso confundir esta respuesta con la palabra por la que Catalina se complacía en alentar en Diderot otro género de libertad de lenguaje mucho ménos filosófico, que hubiera escandalizado á otra mujer que no fuese esta emperatriz: «Hablad siempre, como gústeis; entre hombres todo es permitido.»

Catalina juzgaba bien á Diderot. Ella le decía un día: «Yo os veo algunas veces de edad de cien años, y en muchas más os veo un niño de doce años. Y le juzgaba mejor que Federico que no le amaba. Catalina le apreciaba mucho y quiso retenerlo á su lado con ofertas brillantes, pero Diderot las rehusó. El mismo ha contado las circunstancias de su partida: «El término de mi permanencia en la corte llegó; yo la pedí licencia, que me la acordó con pena. La pedí por toda gracia que me dejase satisfacer el coste de mis gastos durante mi estancia y mi ida y vuelta; la dije mis razones y las aprobó, porque le parecieron honradas y que salían de una alma verdadera y desinteresada. La pedí una bagatela; que consistía en haber servido para su uso, y me la prometió. La víspera de mi partida tuvo la complacencia de colocar en mi dedo una piedra grabada; era su retrato. La rogué que me diese uno de sus oficiales para que me pusiera sano y salvo donde yo deseaba ir. «El estaba tan convencido, dice su hija, de su inepticia, cuando se trataba de camino y de cuidados, y ordenó ella misma todo lo que pudo hacer la comodidad y la seguridad de mi regreso á Francia.» Y dice madama de Vardel, que era una ruda empresa la de conducir á un hombre que no quería detenerse, ni para dormir, ni para comer, y que había tomado un coche por una casa que debía habitar desde San Petersburgo hasta el Haya.

El clima de Rusia, y tan largo viaje sin salir del coche, habían alterado su salud. Diderot emprendió su viaje á Rusia en 1773-1774. En París vivió en una habitación en la calle de Richelieu, que Grima había solicitado para él de la emperatriz Catalina, donde se encontraba como en un palacio. Algun día nos ocuparemos en LA AMÉRICA, de la vida y de las obras del profundo filósofo.

Catalina conoció que si la Polonia se unía con Suecia ó con Turquía, sería para ella un enemigo muy temible. Quiso elegir rey á su antiguo amante Estanislaw Augusto Poniatowski, que reinó por su voluntad astutamente expresada; mas recibió pronto un desengaño. Poniatowski quiso reinar y emanciparse de la tutela y dominación de su protectora. Para conseguirlo, fundó dos escuelas militares en Varsovia, otra en Vilna, y la cámara de sus pajes fué también una escuela militar. Estableció, además, en la capital, una escuela de artillería y una fundición de cañones. Protegió las artes y las letras y dejó ver claramente que deseaba sacar á su patria de la nulidad.

No era esta la intención de Catalina, que no le había dado su trono sino para dominarle ella misma.

Aunque la Iglesia romana fuese la dominante en Polonia, las nobles familias de la Ucrania y de Lituania, antes de someterse á la dominación de la Polonia, profesaban el rito que ellos llamaban *ortodoxo*, griego oriental, cuyos padres habían adoptado las reformas de Lutero y Calvino, llamados *disidentes*, porque no reinaba acuerdo entre ellos. Despojados de todos sus derechos, de todas las prerogativas del orden ecuestre por el ascendiente del clero romano, privados de todos los cargos civiles y judiciales, perdieron el libre ejercicio de su culto y mientras veían á los judíos celebrar el suyo en las sinagogas, no les quedó más que el goce de sus tierras y el derecho de derramar su sangre por su patria.

Catalina, inspirada por un interés político y deseosa de ser enaltecida por los filósofos, acordó su protección á los disidentes, encendió el fuego de la discordia en Polonia, donde se constituyeron diversas confederaciones. una de labriegos pedía la abolición de la servidumbre; todos los partidos fueron entregados á los horrores de la guerra civil y religiosa. El obispo de Cracovia desplegó todo el furor de la intolerancia contra los *disidentes*.

El tratado definitivo que autorizó el despojo y el reparto de la Polonia entre las tres potencias, fué concluido en 5 de Agosto de 1772. La Rusia adquirió todo el territorio del que formó los Gobiernos de Polork y de Mohilef, y Catalina conservó la influencia exclusiva de Polonia con la garantía de la Constitución.

En 1780, uno de sus generales, Roumiantef, ganó algunas batallas contra los turcos, derrotó á ciento cincuenta mil y tomó á *Yassi Braslot*, la plaza de *Kierman* ó *Ciudad-Blanca*, capital de la Besaravia á la embocadura del Dniestre. Antes, en 1778, el príncipe Dolgoroukosko hizo la más famosa expedición, que estrechaba el istmo de Perikap des-

de el puente *Eugisio* hasta el *Palus Meotide*.

Catalina se reservó la gloria de abatir el último vástago de esta raza formidable que tan largo tiempo había impuesto su yugo á la Rusia. Un foso formidable, ancho de 72 piés sobre 40 de profundidad, defendido por 50.000 tártaros, considerado como inexpugnable, fué traspasado por Munik y Dolgorouski. Este general victorioso recibió el sobrenombre de *Kauniki*, vencedor de la Crimea. El Khan Selim-Guerei fué á morir de dolor en Constantinopla, á donde también llevó el terror la armada rusa, que arruinó el comercio de Levante.

Rusia obtuvo la navegación libre sobre todos los mares dominados por los turcos, y el paso de los Dardanelos con todas las inmunidades de que gozaban las naciones más favorecidas de la *Puerta Otomana*.

La independencia de la Crimea fué una de las cláusulas del tratado de *Kasnard*, lugar donde se concluyó la paz.

Souvorof batió en otra batalla á los turcos, que se valieron de la guerra de Suecia contra Rusia para combatir á esta nación; pero derrotado Gustavo, rey de Suecia, por las tropas de Catalina, y hecha la paz, no quedó del combate más que un pequeño número de turcos para llevar la noticia de la derrota al Sultan. La flota turca, encontrada sobre el Mar Negro, fué dispersada; saltaron muchas de sus naves, entre ellas el navío Almirante. Más de 50 de sus naves fue la pérdida del capitán Pachá que murió de desesperación, según unos, ó estrangulado por orden de su dueño. Fué fundada la plaza de Odessa en la embocadura del Dniestre.

Gregorio Potemkin, uno de los hombres más bellos de la nación, había obtenido desde el año 1774 el más íntimo favor de su soberana. Consiguió tener una parte en el gobierno militar y civil, porque durante sus amores descubrió en el altas concepciones y vastos pensamientos, que se acordaban con sus propios pensamientos, y un celo vivísimo que le pareció sincero. A este favorito encargó la sumisión de la Crimea y el Couvan, y secundado por Souvorof, dotado de terrible actividad, se apoderó de los pueblos que habitan entre el mar Cáspio y el mar Negro. Por tan importantes adquisiciones, Potemkin, vencedor de los tártaros, que unió sus Estados al imperio, fué nombrado presidente del consejo de la guerra, y unió á los Gobiernos de Azof y de Astrakan, que tenía ya, el de la Crimea. Catalina volvió á darle su antiguo nombre de Jauride, y dió el de Cáucaso á Kouvan, haciendo reinar estos nombres griegos, anunciaba extender un día su imperio sobre la Grecia; lo que revelaba también el nombre de Constantino que dió á su segundo hijo.

Potemkin influyó eficazmente en el ánimo de Catalina, para que emprendiera un viaje á la *Jauride*, y desplegó una pompa portentosa, capaz de embriagar á su soberana. Dispuso del tesoro del Estado, y en todo este camino de mil leguas, ordenó decoraciones teatrales, fiestas, grandes fuegos, iluminaciones en las ciudades; se ostentaron palacios en medio de los campos desiertos, que no debían ser habitados más que un día, aldeas nuevamente creadas; presentaba á los ojos fascinados de Catalina el espectáculo deslumbrador de la alegría, del bienestar del inmenso pueblo que se precipitaba á rendirla sus homenajes; pero este mismo pueblo corría durante la noche para darla más lejos al día siguiente el mismo espectáculo. Todo era ficción verdadera; Catalina veía de lejos ciudades y villas de las que no existían más que las murallas exteriores. Quizá concia algunas veces el engaño, pero se complacía en prestarse á la ilusión que le recreaba. El encanto fué más maravilloso cuando entró en el Gobierno de Potemkin; las rocas que embarazaban el curso del Dniestre, estas masas graníticas fueron arrancadas de sus inquebrantables fundamentos para ofrecer á la soberana una navegación dulce y tranquila; pero el navío de la emperatriz, sobrecargado de adornos, era viejo, y en una violenta tempestad amenazó ser sumergido, y al mismo tiempo un barco cargado de licores espirituosos se incendió al lado del que conducía á Catalina, que mostró, entre dos peligros, su serenidad habitual.

El rey de Polonia vino á buscarla á Kramof; el emperador José II, considerado el monarca más poderoso de Europa, vino á aumentar el cortejo de Catalina á Sékaferinostaf, ciudad que ella había fundado, y afectó ser el más ilustre de sus cortesanos, y no desdeñó en complacer al presuntuoso Potemkin, que él había elevado al rango de príncipe de su imperio.

Catalina, á su vuelta, atravesó los campos de Pulta va, donde Potemkin le dió una representación de la batalla ganada á la vista de esta plaza por Pedro I sobre Carlos XII de Suecia. En fin, la gran soberana, después de tan grandiosas fiestas, entró en su capital para conocer el triste estado financiero del imperio, para oír los lamentos de sus súbditos atormentados por la miseria y ver amenazada Rusia por las calamidades de una guerra próxima.

Catalina, por el tratado de Yassy, ganó Otchakof, y todo el país, situado entre el Bog y el Dniestre y la embocadura de un gran río sobre el mar Negro, una entrada fácil sobre el territorio otomano.

En 1794, después que Rusia declaró la guerra á la Polonia, por el tratado concluido entre Rusia, Austria y Prusia, Varsovia cayó bajo la dominación de Federico Guillermo; el Vístula separó la Prusia del Austria, el Bog el Austria de la Prusia,

el Niestre marcó los límites entre las posesiones de los rusos y de los prusianos, la mitad de la ciudad de Grodno pertenecía al rey de Prusia y la otra mitad á la emperatriz.

El ducado de la Curlandia y de Semigalia fué un feudo de la Polonia, pero los soberanos de Rusia fueron sus dueños; la Curlandia ocupa sobre el Báltico una larga extensión de costas, y sus dos puertos de Lievan y de Vindan tienen la ventaja de no estar tanto tiempo su curso cerrado por las nieves como los de la Livonia.

Catalina hizo la guerra á la Persia, y cuando gozaba en apariencia de una salud que la prometía largos años de vida, acabando de tomar alegremente su ligero desayuno de la mañana, fué acometida de una apoplejía fulminante que la precipitó en la tumba el 9 de Noviembre de 1796, á la edad de 67 años, despues de un reinado de 33 años. La emperatriz conoció la necesidad de dar un nuevo Código á la Rusia; las instrucciones, que publicó en 1766 para la confección de este Código, han sido traducidas en todas las lenguas de Europa. El original, escrito por su mano, está depositado en la Biblioteca de la Academia de ciencias de San Petersburgo.

Catalina creó algunos establecimientos útiles, ó los elevó á más alto grado de esplendor, como la Academia de Bellas artes, donde se educaban 250 alumnos, y los que obtenían premios en tres años, recibían pensiones para viajar por los países florecientes en las artes. También dió educación á 200 señoritas nobles, con maestros de las principales lenguas de Europa, de ciencias que contrarían á su sexo, y en el mismo edificio, en otro departamento, se educaba también igual número de doncellas de la clase media, ó del pueblo. Dió nuevo brillo á las escuelas de marina y de artillería, y fundó la de los cadetes griegos, despues de la guerra con Turquía, á favor de los hijos cuyos padres habían abandonado la Grecia por huir de la opresión del imperio otomano. Instituyó la órden militar de San Jorge, para recompensar los servicios de los rusos, ó de los extranjeros que los habían prestado en Rusia. Premió el valor de los soldados con recompensas pecuniarias, ó con medallas de plata.

Llamó al imperio á los extranjeros, que aumentaron los progresos de la población, y que obligados á buscar medios de existencia, hicieron acrecer la industria. Levantó de sus ruinas antiguas ciudades más cómodas, creó otras nuevas en comarcas que no habían sostenido más que las tiendas de multitudes vagamundas; palacios, templos se construyeron sobre los bordes del Neva, parapetos de granito encadenaron las aguas profundas de este río. El armenio, el católico, el discípulo de Lutero ó de Calvino ejercieron su culto. Rica colección de cuadros reunió todas las escuelas, y el génio de todas las literaturas dramáticas contribuyó sobre el teatro á la diversion y á la cultura de los habitantes de San Petersburgo; los cantos de Italia resonaron en el fondo del golfo de Finlandia, el busto de Buffon decoró el palacio de Catalina y su alma pareció elevarse al rendir este homenaje al pintor de la naturaleza.

Una sábia distribución del tiempo la permitía consagrarse á sus estudios y á la educación de los príncipes: escribió para ellos obras elementales, y se comunicaba familiarmente con los poetas, artistas y filósofos, que consideraba como sus amigos. Alentaba á las educandas nobles con los testimonios de su ternura, y las dirigía con la sabiduría de sus consejos; fué autora de comedias, de obras históricas, trabajaba en la historia de su tiempo; esta obra la ocupó hasta en la última mañana de su vida.

No se puede abrigar duda sobre la bondad de Catalina, cuando se han leído algunas cartas de su correspondencia familiar, cuando se sabe cuáles eran su dulzura y su paciencia en el seno del hogar doméstico.

Sus virtudes privadas, su afable trato, su indulgencia, la extensión de su espíritu, no justifican sus incesantes amores. Sus súbditos y los extranjeros, sabían cada año con desprecio los nombres de los objetos de su amor. La última mitad de un reinado tan brillante, fué funesto para Rusia, y humillante para su soberanía. Su espíritu conservó todo su vigor, y su carácter no mostraba más que debilidad. Se asegura que algunos de sus amantes la trataron tan duramente, que no oponía á su ferocidad más que sus lágrimas. Parece cierto que fué maltratada por Orlof y por Potemkin.

El imperio era presa de los favoritos y de sus patrocinados: reinaba la impunidad, el exceso de la molice y el exceso del despotismo; pasajeros caprichos ó los intereses particulares habían reemplazado á las leyes. La corrupción y la venalidad imperaban en todas las esferas sociales; los jueces, la policía, vendían la justicia, perseguían y condenaban al que no podía ofrecerles oro; se improvisaban rápidas fortunas; como la depredación era audaz, se ostentaba el lujo inmenso en contraste visible de la miseria extrema. Los que habían recibido una cantidad limitada se la atribuyeron sin límites; los lugartenientes de las provincias imponían contribuciones á su arbitrio y en su provecho; la emperatriz no dirigía sino en apariencia el imperio; fatigada, ella misma era dirigida y mandada por los que obtenían su favor, que luciendo un fausto soberbio vivían en suntuosos palacios hinchados de orgullo; su representación era un enorme peso para el pueblo.

La rapiña permitida á los soldados en países enemigos, fué mirada como uno de sus derechos en el seno del imperio. Hombres ávidos de quienes la Rusia agotada no podía satisfacer la codicia, hicieron decidir la invasión y el último despojo de la Polonia. Se apoderaron por leyes especiales de las tierras, los castillos, las casas y los palacios que les agradaban. Y el polaco, sin haber emigrado de la patria, sin haber manejado ninguna arma, era despojado de su propiedad por un ukase imperial que daba su fortuna á algunos soldados ansiosos de pillage y de sangre, arrojado desnudo de su herencia, y su esposa desolada y sus hijos quedaban reducidos á la miseria. Espoliaciones violentas y suplicios crueles fueron el legado de Catalina á la mártir Polonia.

Países conquistados por los rusos quedaron despoblados; y Rusia empeñada en tantas guerras, donde perdió millones de hombres y de dinero, abrumada de impuestos, se hicieron en el extranjero empréstitos onerosos, se multiplicó el papel moneda, acreció la miseria, quintuplicó el valor de las mercancías y en un clima helado la multitud iba vestida de harapos.

EUSEBIO ASQUERINO.

EL GALLO

CONSIDERADO BAJO SU ASPECTO SOCIAL.

Durante la última guerra que los españoles sostuvieron contra los moros, cuyo término final estuvo en la toma de Granada, y durante las guerras italianas que el vencedor peninsular mantuvo contra Carlos VIII de Francia, el vicio de jugar dinero alcanzó en Europa, en España especialmente, proporciones incalculables: se jugaba siempre y por todas partes, con especialidad en los campamentos militares. El sacrificio de fortunas inmensas era diario y permanente: el furor por sacudir el alma con las emociones quebrantadoras del azar, había saturado toda la fibra de la nación española.

Luis de Manjarres, uno de los conquistadores de Santamarta, compañero de D. Gonzalo Jimenez de Quesada, naufragó en las bocas de Ceniza, y estuvo nadando, sostenido sobre bancos de arena que se desmoronaban bajo sus pies, durante una tarde y una noche entera, al amanecer de la cual se prendió de la costa y se salvó, para ilustrar en seguida su nombre con clarísimas hazañas de soldado. Este aventurero refería que al caer en el agua, una sota nadaba junto á él, que fué lo último que vió al oscurecer, que á la mañana siguiente estaba todavía á su lado y que fué lo primero que distinguieron sus ojos con la luz. Agregaba que esa maldita carta lo perseguía en tierra y agua, en vida y en muerte, y que en el juego había causado siempre su perdición.

Muchos guerreros de los de Granada y de los de Italia vinieron á América en calidad de aventureros conquistadores, y trajeron muchas cosas buenas y muchísimas cosas malas.

Trajeron, por ejemplo, la cruz; pero trajeron los dados. Trajeron la doctrina cristiana; pero trajeron grandes vicios.

Trajeron la Biblia, libro de muchas fojas sagradas; mas también trajeron el naípe, libro de cuarenta fojas descosidas, fojas malditas que tanto mal han derramado sobre la humanidad de este Nuevo mundo. Trajeron, en fin, nuestros progenitores, desde el «cara ó sello,» expresión la más simple de la suerte, hasta la ruleta y las cantarillas. Trajeron el maíz negro, los pares ó nones, el trique, los bolos, el billar, el bisbis, la cachimona, etc., y... trajeron los gallos.

Los combates de gallos se erigieron en la Perla de las Antillas en costumbre tan arraigada, que hoy la educación de los gallos para la pelea y las cuantiosas apuestas á ellos, han venido á ser una especie de culto que tiene sus festividades habituales. Los gallos insulares gozan de gran celebridad en el mundo americano, y su raza, extendida por todas partes, hace el contento y delicia de los jugadores. De allá han sido importados los más famosos conocidos en esta tierra, y sus familias han crecido y se han multiplicado de un modo asombroso.

El primer gallo conocido en territorio antioqueño, fué traído por el lusitano Francisco César, en su primer viaje de exploración á estas comarcas. Ese gallo se perdió á orillas de un río de la parte occidental de este territorio, y no se tuvo más noticia de él, hasta la entrada del licenciado Badillo, algunos meses más tarde. Soldados de este capitán, pernoctaron á las orillas del mismo río, y á la mañana del día siguiente oyeron cantar el animal, posado sobre el ramaje de un árbol. Bautizaron el sitio con el nombre de «Río de los gallos,» lo cogieron y lo trajeron consigo. Es posible, sin embargo, que este gallo no dejara posteridad en el país, atendida la rapidez del viaje de Badillo; pero sea de él, sea de otro ú otros traídos despues, es muy cierto que la estirpe gallinácea está ventajosamente representada en este suelo por todos sus matices y variedades. Introducciones antiguas de esta útil familia; adquisiciones recientes y cruzamiento de especies, con más el esmero prolijo que se tiene en perfeccionar la raza, han producido el efecto natural de tener una variedad infinita de sujetos, variedad tan vasta y tan feliz, como la que con grandes esfuerzos y desvelos hayan podido producir ingleses, franceses y alemanes en la raza bovina, por ejemplo.

Desde el clásico gallo criollo, amigo inseparable de conquistadores y colonos, tesoro inapreciable de viejas campesinas, hasta el fino gallo inglés de pura sangre, aquí se tiene de todo en el género. Diversos tamaños: grandes, chicos y medianos. Diversos colores: rojos, verdes, blancos, negros, giros, marañones, gallinos, chaquiros etc. Diversas calidades: criollos, mestizos, finos, ingleses, cubanos, perijaes, canaguayes, tufos. Sucede con ellos tanto como lo que sucede con la raza humana de por acá, que de todo tiene, menos blanco pura sangre.

El antropologista en un día feriado, pudiera estudiar si quisiera, todas las curiosidades físicas é intelectuales de que

la descendencia de Adán es capaz, prévia la mezcla ilimitada de sus diferentes sangres: blancos, amarillos, negros, indios, rojos, mulatos, zambos, mestizos, y entre ellos, cuarterones, saltoatras, etc., todo como en las gallináceas, que también pudieran ser provechosamente examinadas por el zoologista y por el aficionado.

Los romanos eran hombres francos en todo. Su barbarie, que ellos calificaban como civilización, mostraba todas sus caras á la luz del sol. Tenían circo y anfiteatros en que se daban espectáculos sangrientos con regocijo para todo el mundo: hacían que las fieras se devorasen unas á otras; que los gladiadores se matasen entre sí, é inmolaban á los que no creían, como ellos, en los dioses inmortales; pero sobre todo eso moralizaban poco ó nada.

Los ingleses han abolido la esclavitud de los negros y persiguen y castigan el tráfico de esclavos; critican y se horrorizan cuando se trata de fiestas de toros y riñas de gallos; pero permiten, ó por lo menos toleran, el pugilato hasta la extinción completa de la vida humana. ¡Excentricidades propias de ingleses!

Entre los pueblos de origen latino, aficionados al juego, aquí, v. gr., cuando se trata de apostar á los gallos y de divertirse con sus pelas, unos censuran acrimoniosamente y otros aplauden con furor; pero entre tanto la costumbre prevalece, los gallos siguen combatiendo y el pueblo deleitándose en sus combates.

El gallo criollo no es gallo de pelea: es pesado en sus movimientos, cargado de carnes, y de carácter tímido y cobarde. Galanteador incansable, eso sí.

El gallo criollo es el gallo histórico, el gallo tradicional, el gallo de la pasión, el gallo del hogar, el amigo del perro de la casa, el reloj de la noche, el compañero inseparable de la familia campestre, el protegido de la señora y el obrero infatigable de las provisiones de cocina. Su historia viene unida á la defecación de San Pedro en el huerto de los olivos, y por su estructura orgánica se puede calificar como perteneciente al estilo gótico. El gallo fino de pelea es de órden dórico, jónico ó corintio.

El gallo criollo no carece de belleza, ántes por el contrario, la tiene en alto grado, y la saca de la majestad de sus formas, de la riqueza de su sangre y de los vistosos reflejos de su pluma. Es lástima que su cola sea corta.

Para juzgar la magnificencia de su porte y su mérito personal, es preciso verlo de pié. Sus miembros son ordinarios y broncos, pero su todo es admirable. Hay en su fisonomía moral algo que revela al mismo tiempo humildad y orgullo, pusilanimidad y soberbia; engola pronto, pero huye veloz. Su pico, de color variado, pero siempre granívoro, es regular y perfecto; su cabeza roja, con ojo luciente, tiene mejillas de plata bruñida; su cola abundosa y lisa, aunque escasa al centro, tiene la blandura del terciopelo y los reflejos del tornasol; sus flancos, guarnecidos de un cortinaje espléndido, son lujosos y galanos como los flecos de una colgadura imperial: su canto, sonoro y grave, es dulce en ocasiones como un recuerdo de la infancia, y su conjunto, á la vez que simpático, es valioso y estimable, como todo lo que es útil y provechoso al hombre.

El gallo criollo relaciona su existencia con la existencia económica, con la vida doméstica; pero como yo no pretendo hacer en este momento la historia científica de las gallináceas, considero solamente el gallo bajo su aspecto social y en su relación con las costumbres. Abandono, pues, criollos, copetones, calzados, enanos, churruscos, cochinchinos etcétera, y llevo al gallo inglés, al gallo de raza, al batallador de circo, al héroe, en fin, al guerrero tipo.

Un gallo fino de pura sangre, es un sér magnífico y sorprendente entre todos los séres de la creación. Abstracción hecha de sus variadas especies y atendiendo solo á su carácter genérico, sus formas prominentes se destacan así: tamaño regular, apostura firme, movimientos veloces y acompasados, actitudes elegantes y sueltas, plumaje rico y vistoso, fisonomía alegre y grave al mismo tiempo, desenvoltura perfecta en sus cultos y bélicos ademanes. La cabeza del gallo fino es pequeña, su cresta y mejillas rubicundas, sus órbitas sin hundimiento, sus ojos salientes y móviles, claros y esféricos, su sangre bermeja y abundante, su vitalidad pasmosa y sus nervios enteramente galvánicos y sensibles. La gola de este animal es copiosa y brillante como el iris, lisa como el raso y suave como la piel de un niño. Levantada en señal de cólera, forma un círculo radiado, un ribete dócil y aéreo de belleza incomparable. Sus alas rígidas en extremo, están unidas al cuerpo por articulaciones, que tendones y ligamentos sólidos y compactos sostienen con energía y explican la resistencia incansable que el animal despliega en sus frecuentes batidas. A cada uno de sus flancos pende una madeja de plumas delicadas y flexibles, imitando la forma de las dos charreteras que cuelgan sobre los hombros de un general uniformado; pero más delicadas, más bellas aún que los entorchados de oro con que fabrican las últimas. Su cola erguida se eleva atrevidamente, formando un ángulo recto con el cuerpo y dejando caer con negligencia, pero con donaire, arcos caprichosos formados con las delgadas, lucientes y afelpadas plumas de sus lados. En el cuarto inferior de sus piernas va calzada su espuela, ligeramente curva y convexa hácia su parte inferior y cóncava por la parte de arriba, imitando dos finos y agudos estiletes dispuestos diestramente para el ataque. Siempre en armas, este gallo ordinariamente se recomienda por su gallardía; pero poseído por la cólera ó en sus momentos de cortejo y amor, su garbo y donosura son indescriptibles. Tal es, débilmente pintado, el animal de que trato, en tiempo de paz. En tiempo de guerra, es ménos bello físicamente, por culpa del hombre; pero su génio y carácter se elevan á una altura incalculable.

La idea absoluta del valor y de la temeridad no ha tomado su origen en el hombre, como unidad ó punto de partida. El gallo ha debido ser el genitor legítimo de tal idea, así como de la que se tiene del coraje ilimitado, de la arrogancia y de la audacia en toda su extensión. En el valor del hombre hay siempre algo de flaqueza y de combate consigo mismo; en el arrojo del gallo todo es espontáneo y natural.

el primero vence el miedo por la inteligencia, mientras el segundo es temerario por la carne y por la sangre. El hombre obedece á un cálculo; el gallo obedece á un instinto, instinto que no se halla desenvuelto en grado tan alto ni en el toro, ni en el tigre, ni en el león, ni en la pantera, ni en ninguno de los otros seres de la creación.

El gallo inglés tiene tan elevada idea de sí mismo, que si pasara por entre las dos piernas del Coloso de Rodas, á buen seguro que inclinaria la cabeza para no tropezarla contra el busto.

La sutileza de su vista y oído son tales, que en muchas ocasiones el águila ó el milano, que pasan á distancia y en silencio imperceptibles para el hombre, provocan de su parte un movimiento de defensa instantáneo y lleno de gracia: se recoge, se apoya contra la tierra, inclina el ojo ligeramente cerrado hácia el cielo, cacarea rápidamente y dispone cuerpo y alas para volar huyendo del primer ataque.

Dije que la familia española tenía lindas disposiciones hereditarias para tentar fortuna en el juego, y es la verdad.

Los combates de gallos son un divertimento para algunos y partidas de interés positivo para la mayor parte. Son espectáculos públicos, donde todo el mundo puede entrar, menos los hijos de familia. La policía los permite mediante un derecho ereditado, pues ella parece decirse: «Es preciso vivir de alguna cosa, es necesario gravar algo; las virtudes, no, porque ellas de suyo son hartas gravosas; los vicios, sí. Vivimos de ellos;» y la policía vive de los vicios. Es un sistema fiscal como cualquiera otro; su moralidad es, por lo menos, sospechosa. Pero qué demonios! El Gobierno debe ser ateo en todo el sentido que abarca la palabra.

Permitidos los combates de gallos, trato de presenciar uno y describirlo á mi modo, si es que tal escena puede describirse.

La gallera es un circo limitado de pedazos de madera de dos pies de altura, elevados verticalmente y unidos uno á otro para no dejar salida posible á los animales combatientes. El suelo de ese circo es bien nivelado y está cubierto por una ramada ó por un toldo de lona. Al rededor de ese circo, de pie ó mal sentados, se colocan los espectadores.

El público de ese lugar es un público heterogéneo y raro en su semblante. Considerado en sus momentos de ocio, es decir, cuando no hay riña, ese público es bullicioso y turbulento: habla, ríe, grita, gesticula, pondera, deprime, fuma, escupe, pisotea, empuja, cambia de lugar, va, viene y secretea. Se diría, al verlo, que es una tropa de poseídos. Se parece algo á un mercado público, pero es más innoble, más bastardo, de peor condición.

Reunida la gente, reunidos los gallos y los jefes que los dirigen, ya unos en frente de otros, comienza la lidia de casar la pelea.

Esta operación lenta es enfadosa, puesto que da por resultado el fastidio de esperar. Uno de los animales es más grande que el otro, en concepto de un bando, y lo contrario piensa el opuesto; éste pesa más, pero el contrario tiene mala pluma: la espuela del uno es menos larga; pero el otro ha dormido en la humedad. La raza, la descendencia, las peleas ganadas y perdidas, el dueño primitivo, el criadero, la historia, en fin, entera, antigua y moderna de cada uno de los antagonistas, viene al conocimiento de todo el auditorio.

Por supuesto que en todo este tiempo salen de la boca de los casadores y aún de algunos individuos más de los respectivos partidos, frases más ó menos jactanciosas, chanzas ofensivas, exageraciones ridículas, ponderaciones extravagantes, sátirillas indignas, propuestas capciosas, intrigas de engaño, insultos, y en ocasiones encuentros de hombre á hombre ántes que tenga lugar el de los gallos. Toda esta algarabía va expresada en un lenguaje especial, dialecto significativo y grosero tomado á la profesión, porque es preciso advertir que el gallero tiene un vocabulario para su gasto. «Muerde de los pelos del buche, le dió en cinco chorros, en el empate, en tatequeto, en el matadero, etc.» son frases, que fuera de muchísimas otras, el hombre de este oficio lleva por todas partes en la vida civil, y con las cuales entra á veces hasta en los salones, con pretensión de hacer el espiritual, oportuno y talentoso.

Casada una riña y determinado el fondo de la apuesta principal, los bandos respectivos se dividen, cada cual con el fin de aguzar las espuelas de su gallo, de preparar su pluma y disponerlo para la lid.

Después de afiladas las astas, se presenta un hombre con una tajada de limón, entre cuya carne las introduce, estruja y frota cuidadosamente. Ese caballero es el juez de gallos, y sus funciones son decidir todos los casos dudosos que se vayan presentando, y contra cuyas sentencias se refunda en ocasiones, pero no se apela jamás. La pequeña operación que él ejecuta con el jugo del limón, tiene por objeto limpiar ó por lo menos neutralizar algún veneno, que los contrarios hayan podido untar al gallo. Como se vé, esta precaución es una delicada galantería recíproca que los jugadores se hacen; un homenaje rendido á la buena fé y á la providencia del enemigo.

Tienen razón, porque de un lado, la experiencia prueba que estos reprobados manejos han sido practicados en ocasiones; y de otro, el oficio imprime carácter y la trapacería y el dolo forman su tipo.

Antes de una pelea definitiva y por apuesta en el circo, los gallos han sido ensayados en uno ó más *aproveos* (voz técnica) y desprovistos de su cresta y barba. Preparadas las espuelas, el juez de gallos, con unas grandes tijeras, recorta la gola, melenas, plumaje de los lados, cola y hasta la vestidura del tronco y piernas á cada uno de los combatientes, si es que esto no ha sido hecho con anticipación por los respectivos amos. Con esta mutilación sacrílega, el animal pierde casi toda su belleza, y toda la perdería si eso fuese posible, pero no lo es.

Otra de las operaciones preparatorias consiste en refrescarlos, arrojándoles sobre la cabeza y debajo de las alas duchas de agua fría, empujados por la boca de los careadores. Hecho esto, los gallos son puestos sobre la arena, los padrinos ó careadores se interponen un momento entre los dos

adversarios, mientras el público despeja el campo y toma su colocación debida.

La algarabía que precede y acompaña estos preparativos, se suspende de repente por un momento al tiempo de comenzar la lucha. La fisonomía de todos los concurrentes revela, sin poder ocultarla, una extremada agitación nerviosa, de la cual no están exentos los careadores, pues uno, el que más confianza tiene en su adalid, aprovechando el momento de silencio, se pára de lleno en la mitad del circo, mientras que con el dedo indicador de la mano derecha lo señala, con un ligero movimiento giratorio de cabeza y con el ojo brillante recorre la multitud y grita con voz entera y fuerte: «¡Veinte condones más á este gallo!»

Al mismo tiempo que esto sucede, los gallos puestos uno en frente de otro, prontos y ansiosos por degollarse, y á pesar de la lastimosidad desnuda de su espléndido ropaje natural, desarrollan bajo el influjo de la cólera, del odio ó acaso más bien del placer de matarse, desarrollan, digo, proporciones de alta nobleza, de alto brío y de altísima hermosura. Su marcha es pausada y majestuosa, su cuello erguido y soberbio, su ojo centellante y vivo, su cabeza móvil, su ademán seguro y firme y su conjunto heroico y sublime. Entonces su canto, repetido y sonoro, alcanza los tonos del clarín que anuncia la batalla y la matanza. Las bandas bélicas que usan los hombres en sus combates, el relincho del caballo en medio del fracaso de la pelea, no son ciertamente de un carácter tan guerrero, como lo es el canto del gallo precursor de un duelo á muerte. En estos momentos su *persona* alcanza formas verdaderamente épicas, y si yo escribiera á fines de la última centuria, es cierto que llamaría á Caliope en mi ayuda, para cantar su epopeya. El sér más simpático, más interesante y más estimable en una gallera, no es ciertamente el hombre, es el gallo.

Puestos á un lado los careadores y dejados en libertad los gallos, se arrojan velozmente el uno sobre el otro. Esta primera parte de la querrela, llamada *revuelos*, no es el ordinario sino el exordio del sangriento drama que ha de seguir. Rara vez, á no ser que la casualidad intervenga, ó que los adversarios sean de primera fuerza, hay heridas ó muerte en los *revuelos*. Los gallos en este primer acto se atacan de frente, cambian de puesto á cada tiro, hacen un cuarto de conversión y dan siempre la cara al enemigo. Nunca, jamás un floretista de oficio en un salón de armas, mantiene más cuidadosamente su cuerpo en guardia. La soltura de los movimientos, la velocidad en el ataque, la destreza en la defensa y la maestría en los golpes, andan con más rapidez que la vista del hombre que las contempla.

En tiempos anteriores los guerreros no se contentaban con llevar en sus campañas simplemente el nombre bautismal ó de pila. La historia nos da: Ricardo corazón de león, Carlos el temerario, Paredes el esforzado, Gonzalo el invencible. Estos calificativos constituyen lo que se llama el nombre de guerra. Exactamente lo mismo se hace con los gallos cuando sobresalen por su valor ó habilidad. El Revólver, el Mascachochas, el Trueno, el Rayo, el Relámpago, el Bismark, suelen ser nombres tan populares y conocidos en las galleras, como puede serlo entre las naciones el de Molke, para no buscar más ejemplos.

Pasado el preámbulo de que hablamos, los dos contrarios, cegados por la ira ó ansiosos del triunfo, suspenden repentinamente la prontitud del ataque, pero redoblan su violencia y su coraje. Entonces es cuando combaten tiro por tiro y cuando luchan pecho con pecho, cuerpo con cuerpo, pico con pico y espuela con espuela. Muerden, baten, hieren, esquivan, buscan y furiosos siempre y llenos de rabia se lastiman, se aturden, se degüellan, se matan ó exangües y debilitados se páran, se arrodillan, ó caen al fin el uno junto al otro moribundos y agonizantes, pero combatiendo siempre y pareciendo decir cada uno como el Argante de Jerusalem: «Aun muriendo, vencido ser no quiero.»

Hay ocasiones en las cuales uno de los combatientes se muestra tan eminentemente diestro, que más que un instinto parece poseer el arte de la esgrima. Cada uno de sus golpes va acompañado de una profunda estocada. Un lazzaroni napolitano, un bravo de Venecia ó un asesino calabrés, no asestarían sus golpes con tanta firmeza. De repente el asta entra por un ojo y las tinieblas se apoderan de los dos, su punta atraviesa uno de los vasos de la parte lateral del cuello y una copiosa lluvia de sangre salpica instantáneamente el suelo. A veces la herida cae sobre la cabeza, el animal es fulminado como por una centella eléctrica, pierde el conocimiento, se aturde, rebota sobre la arena, se eleva por el aire, salta por encima de la cabeza de los espectadores, grita, cacarea ó se queja lastimosamente. De cuando en cuando un golpe simple y que parece sin gran significación, debilita el ardor del combatiente, su cara palidece, el ojo se marchita, cae y muere. Un golpe seco y sin sonido perceptible sobre la articulación del cuello con la cabeza, deja al animal tan sólo el tiempo preciso para lanzar un gemido, caer sobre la arena, convulsionar cuerpo y miembros y perecer súbitamente.

Son tantos los incidentes ocurridos en este desafío cruel que relacionarlos todos sería prolijo á la par que doloroso y mortificante. Asidos por el pico simultáneamente ó de carnes ya mortificadas, baten al mismo tiempo y caen entretejidos y revueltos, detenidos en su movimiento por las espuelas hundidas en uno y otro cuerpo. Con frecuencia el animal es herido de muerte con su propia arma, desviada al punto del ataque. Más adelante uno de los dos antagonistas, ó ambos, se mueven con dificultad; sus alas caen y se arrastran, sus piernas tiemblan, su cola se inclina, la cabeza cárdena y amoratada chorrea sangre; los ojos cubiertos por los párpados hinchados, ofrecen la ceguera absoluta; pierden el tino, embisten al acaso, muerden sin concierto ó desfallecen. Cuando el triunfo se decide por uno que queda todavía fuerte, el victorioso continúa el ataque; golpea, pone la pata sobre la cabeza del rendido, lo estruja, lo pisotea, levanta el cuello, canta y torna á la matanza y á la carnicería sin tre-

gua y sin descanso. Muerto, todavía lo persigue y lo maltrata.

Esto y mucho más en cuanto á los campeones. Vuelvo al pueblo y examino su participación en el asunto. Si el agresor es cruel y temerario, obedece á un ciego impulso de la carne; si el hombre es bárbaro y frío en estos casos, obedece á la razón perversa. La peor parte queda para él.

Dije que al tiempo de comenzar la lucha los espectadores guardaban un momento de calma y de silencio, sin abandonar por eso su mal contenida exaltación. Este sosiego dura poco y se acomoda siempre á las distintas peripecias del drama. En los lances sorprendentes ó en la vacilación de la victoria, este silencio suele presentarse de nuevo y semejante al de un templo durante el sacrificio, ó al de una féria cuando pasa la Majestad. ¡Todo culto tiene sus momentos de recogimiento y reverencia!

Cuando, lo que pudiéramos llamar la parte dinámica del entusiasmo de los galleros, se desenvuelve en todo su vigor y en toda su energía, entonces esa multitud asume un aspecto singular. Un frío observador pudiera y debiera estudiar la humanidad en esos instantes, porque ese estudio de pura psicología, muestra el alma enferma por una faz asquerosa y repugnante.

En tanto que los combatientes se disputan valerosamente el triunfo, los apostadores levantan el bullicio y el estruendo á una altura que aturde y desvanece. El vértigo debería ser enfermedad de galleras, así como la peste lo es de los campamentos militares. Este anuncia las heridas; aquél predice la muerte á la huida del tal gallo; el vecino da con aplomo el triunfo definitivo á uno de los dos, y él jamás se ha equivocado; don Fulano redobla su apuesta; don Zutano quiere abrirse; el otro pasa al bando contrario; cual, á la menor ventaja, grita de un modesto estridente: «Veinte onzas á mi gallo,» quién se mueve airado y pára las apuestas; aquí se levanta un brazo para mostrar al tahur de enfrente con los dedos de la mano, el número de pesos convenido; allá dice alguien: «Fueron diez;» acá responde otro: «Fueron ocho.» Pedro, en el colmo del frenesí, se agita en su puesto; bate con los brazos cuando su gallo bate; Juan agacha la cabeza, tiembla y se acurruca cuando el suyo está en peligro; Diego gesticula, tiembla y suda: un careador tranquiliza su inquieto bando; el contrario lo anima y asegura; la confusión sube de punto, los semblantes se alteran, los ojos brillan, las manos se mueven, las palabras se chocan, las risas van al lado de la blasfemia, el populacho se iguala con la nobleza, el plebeyo se hombrera con el blanco, el hombre de bien fraterniza con el tramposo, y tal que se avergonzara de recibir en público el saludo de alguno, lo llama amigo en la gallera; las condiciones personales se confunden, el color de las fisonomías cambia según las emociones del ánimo; Francisco se pone verdinegro como el agua del mar á la caída de la noche; Pablo está lívido como un cadáver, su hermano blanco como la cera, el que sigue tiene la expansión y la rubicundez de la dicha y la esperanza; y así diversos y acentuados matices por do quiera. En vista de todo esto, se diría que se está en una cueva llena de camaleones, cuyos reflejos cambian temblorosos al menor movimiento de la luz.

Un fisiologista sacara quizá algún provecho personal de su asistencia á riñas, porque al menos confirmaría la exactitud de algunos fenómenos vitales de importancia. El vería, por ejemplo, que un espolazo dado sobre la arteria carótida, en la parte lateral del cuello, produce la muerte instantánea del animal; que una herida que interesa sólo la vena yugular, es grave, pero no precisamente mortal; explicaría por qué cuando el asta entra por un ojo, la visión se extingue entre ambos, aunque el órgano opuesto quede aparentemente sano; sabría que la lesión que cae sobre la articulación del cuello con la cabeza, afecta la médula oblongada y mata de repente; que el aturdimiento resulta de una conmoción cerebral; que la parálisis de la mitad del cuerpo proviene de una herida recibida en el hemisferio cerebral opuesto; que golpeado ó herido el cerebelo, el gallo al batir cae sobre la cola y retrocede en lugar de avanzar; que si el arma interesa la columna vertebral, hay parálisis en la una ó en las dos piernas, y así de otros accidentes que con frecuencia ocurren. Hasta estoy por pensar que un médico fisiologista atento é instruido, llevaría grandes ventajas en este juego.

En los entreaños suelen ocurrir cosas dignas de mención. En un grupo se paga el dinero perdido; se disputa en otro sobre la cuantía de una apuesta; se analizan los lances del combate, se disiente sobre muchos puntos y suele haber más calor de espíritu y de génio que el que se requiere. Por influjo del mal humor causado por la pérdida; por el estímulo que produce el ejemplo de bravura que dan los gallos; por la vista de la sangre que ha corrido; por la irritación proveniente del tumulto y de la gritería, y no pocas veces por la intervención de las báquicas libaciones que suelen entrar en el divertimento, el lenguaje de algunos se descompone, el insulto suele ser de buen calibre, la soberbia invade, las amenazas cunden y luego asoman la navaja, la cachiporra, el puñal ó el revolver como la última razón de toda querrela. En esa situación suele haber entre hombres, certámenes sangrientos y deplorables; pero, en general, por mucho que sea el aparato, la conclusión es en raras ocasiones luctuosa, porque entre tahures hay docilidad de carácter, el odio pasa pronto, el resentimiento no existe y el vínculo sagrado del vicio liga en breve los corazones. Insultos que en las circunstancias ordinarias de la vida civil no se lavarían sino con sangre, en el agosto recinto de un garito pasan casi desapercibidos, ó, por lo menos, son prontamente perdonados y olvidados. Un momento después, al día siguiente ó en la próxima función, hombres que parecían querer devorarse y que se habían ultrajado hasta la deshonra, se presentan ante el mismo público brazo con brazo y tan amigos como Pithias y Damon, ofreciéndose hasta morir el uno por el otro. El billar mismo con todos sus inconvenientes, comparado con la gallera, puede ser reputado como un lugar de recogimiento y penitencia; casi como un monasterio de inocentes monjas.

En cuanto á trapacerías, trampas, fraudes, engaños, astucias, redes, infidencias, etc., el curioso puede oír á un veterano encanecido en el oficio y sabrá maravillas.

Yo presencié todo esto y mucho más que no cuento. Recorriendo con la vista la corporación entera, iba á lanzar un fallo afirmativo y cruel como la escena misma; pero atendida su gravedad me contenté con murmurar entre dientes: «Los que estamos aquí no parecemos hombres de bien»; y me salí.

MANUEL URIBE.

Medellín, (Nueva Granada.)

EL SOCIALISMO DE CÁTEDRA.

Es la economía política una ciencia de origen muy reciente. Desde que la sociedad humana existe, presentan las relaciones sociales el aspecto particular que constituye el objeto de esta ciencia, como presentan los aspectos jurídico, moral y otros muchos, basados en los elementos fundamentales de ese gran organismo, al que llamamos Sociedad humana. Pero el conocimiento ordenado y metódico de las relaciones naturales entre los hombres, bajo los varios aspectos que pueden tomarse por objeto del estudio; el conocimiento que ofrece un cuerpo de doctrina, con la generalidad y las condiciones necesarias para que esa doctrina pueda ser considerada como cierta en todas las épocas y lugares, en todos los estados y situaciones sucesivas de la humanidad; el conocimiento, en fin, con todos los caracteres que exige lo que llamamos una ciencia, data, en el orden económico, no ya de los tiempos que llamamos modernos, sino de los más próximos al nuestro, del siglo xviii.

La humanidad ha vivido en sus primeras épocas, ignorando que hay leyes naturales, que regulan los fenómenos económicos, y ha procedido empíricamente para resolver los problemas de este orden. Era preciso un inmenso desarrollo histórico y la acumulación de numerosas observaciones durante muchos siglos, para que la inteligencia humana llegara á percibir que la sociedad tiene leyes naturales constantes que presiden á su existencia y á su desenvolvimiento, no ya en tal ó cual grado particular de civilización, sino en todos los grados, desde el más humilde al de mayor progreso; leyes de ayer, de hoy y de mañana, del pueblo primitivo, del atrasado y casi salvaje, como de los civilizados que hoy conocemos, y de los que la razón nos permite prever en el más remoto é indefinido porvenir.

Así, los hombres se ocuparon siempre en las cuestiones económicas, pero la economía política no nació como ciencia hasta que en el siglo último se descubrieron por la escuela fisiocrática francesa y por Adam Smith algunas de sus leyes fundamentales, que sirvieron de base para llegar, mediante un desarrollo no interrumpido desde entonces, á la determinación de un cierto orden de la sociedad humana, correspondiente á un aspecto general y permanente de sus relaciones, y que presenta un conjunto orgánico de principios y leyes necesarios, fatales, impuestos al hombre por su propia naturaleza, que el hombre no puede alterar á su capricho, y á que ha de sujetarse en todas partes y en todos los estados y circunstancias.

La economía, á pesar de ser la más moderna de las ciencias morales y políticas, es, sin embargo, la que mayores progresos ha hecho en los últimos cien años; la que hoy tiene leyes mejor conocidas y mejor demostradas. Nació, como todas las ciencias nacen, pobre en verdades, y éstas reueltas y confundidas con graves errores; pero gracias á que fué la primera ciencia social que adoptó el método de observación, dejó pronto atrás á sus compañeras. Percibieron los fisiócratas, mediante el estudio de los hechos sociales, que en la vida económica de los pueblos hay algo general y armónico que funciona necesariamente á despecho del hombre y de los gobiernos, y aunque se equivocaron en la apreciación de muchos hechos y formaron conceptos inexactos de la riqueza y de la producción, establecieron la primera base firme del edificio científico. Adam Smith sometió los hechos de la producción á una análisis detenida y minuciosa, y afirmó la ley de la división del trabajo, que esplica los resultados de la sociedad natural descubierta por los fisiócratas.

No llegó Smith, sin embargo, á la determinación completa de los fundamentos de aquella ley, y todavía consideró la producción y la riqueza bajo un aspecto limitado, desconociendo la productividad de la acción humana que no se ejercita sobre objetos puramente materiales. Say dió un nuevo paso, llevando mayor luz sobre las leyes que rigen en la distribución y en el consumo de los productos del trabajo. Malthus estableció las leyes de la población, Dunoyer ensanchó los conceptos de la producción y de la riqueza, comprendiendo en ellos, respectivamente, á todos los hechos de la actividad humana dirigida á un fin, y á todos los resultados útiles de esa actividad. Bastiat aclaró y fijó el concepto del valor económico, y otros economistas con importantes estudios y observaciones, Rossi, Mill, Macleod, Bagehot, Stanley, Molinari, Garnie, Walras, Scialoja, Minihetti, Wolkoff, Thünen y muchos que no cito, han aumentado el caudal científico y contribuido á depurar los principios, extendiendo á la vez los límites del conocimiento económico y afirmándolo sobre firmes é inquebrantables fundamentos.

No es esto decir que la ciencia económica se halle ya definitivamente constituida, ni que la debamos considerar como terminada. El desarrollo científico no concluye nunca en ningún orden del

conocimiento. La economía política es y será siempre susceptible de mayores progresos, y tal vez de reformas importantes. Todas las ciencias se hallan en igual caso, y en todas vemos transformaciones motivadas por nuevas observaciones y estudios, que permiten rectificar tal ó cual error, introducir tal ó cual cambio en la clasificación de los conocimientos adquiridos, descubrir principios nuevos y superiores, que reemplazan á principios anteriores incompletos é insuficientes para la explicación de todos los fenómenos observados.

La esfera económica ofrece ancho campo á la investigación, así en lo que se refiere á sus relaciones con las otras esferas científicas, como en lo perteneciente á su propio contenido, y á las aplicaciones de sus principios á la dirección de la vida individual y social.

En mi sentir, la economía política se encuentra hoy en un estado que tiene grandes analogías con el de ciertas ciencias naturales, como la física y la química. Vemos en aquella como en estas un movimiento de condensación que lleva á coordinar las doctrinas bajo un solo y superior principio, á la vez que un movimiento de extensión y de ensanche, que partiendo de cada uno de los principios fundamentales lo desenvuelve creando órdenes científicos particulares, en muchos de los cuales avanza el conocimiento y se consolida por los procedimientos matemáticos. En su evolución histórica, la economía como la física, ha empezado afirmando principios que no tenían entre sí un enlace bien determinado; después ha relacionado estos mismos principios, descubriendo sus fundamentos comunes, y por lo tanto leyes superiores más generales y al mismo tiempo, ahondando en el estudio del contenido de cada uno de los primeros principios, ha ido formando como ramas particulares que arrancan del tronco común y pertenecen al organismo general, pero que tienen á la vez un organismo interior bien determinado, bastante complicado y rico para constituir una ciencia particular.

Así en la diferenciación, como en la unificación de la ciencia económica, caben y se están realizando en nuestra época notables progresos. Puede hoy decirse con propiedad, que existe no sólo una ciencia general económica, sino un grupo de ciencias económicas particulares de la producción, del cambio, del crédito, etc., como existiendo una sola física general, hay ciencias particulares de la luz, del sonido, del movimiento.

En el sentido de la unificación, no está la economía política tal vez tan adelantada, ó mejor dicho, no hay completo acuerdo respecto de la determinación de su esfera propia y peculiar, y del principio fundamental, que caracteriza á esa esfera y la diferencia de las que corresponden á otras ciencias sociales. Creo, sin embargo, que sobre este punto está próximo ya el acuerdo de los economistas, y se presenta en el campo científico un problema superior, que es el de la constitución de una ciencia social que abrace en su totalidad las relaciones de los hombres, y ofrezca una explicación del organismo de la sociedad humana, en su vida y en su desarrollo histórico, más completa y sintética que las explicaciones, que obrando separadas, puedan dar las diversas ciencias morales y políticas. Realizada, ó á punto de realizarse la constitución definitiva de la esfera particular de cada una de estas ciencias, y la determinación de las relaciones que entre sí tienen, el espíritu humano empieza hoy á investigar y á poner los primeros cimientos de la sociología.

Expuestas las anteriores consideraciones, necesito ahora indicaros cómo comprendo la extensión y los límites de la esfera económica, según la economía política antigua, que es la mía, y cómo determino el aspecto de las relaciones sociales, que constituye el objeto de esta ciencia.

Es muy común creer que en la sociedad humana hay un orden económico separado de los temas, una cierta esfera especial, en la que se realizan los fenómenos económicos, y que es distinta de la esfera de los hechos morales y de los jurídicos. Ciertos errores, muy disculpables en los primeros economistas, y los defectos del tecnicismo de esta ciencia, obligada á emplear términos tomados del lenguaje vulgar, en el que tienen una significación diferente de la científica, han producido alguna confusión en este punto, que sólo se desvanece con el estudio detenido de las leyes económicas. Los que no hacen este estudio, desconocen el verdadero sentido que por los economistas se dá á las palabras trabajo, utilidad, riqueza, propiedad, capital y otras, correspondientes á conceptos fundamentales, y tomando estas palabras en sus acepciones vulgares, no saben ni pueden determinar claramente el verdadero contenido, ni la extensión de la ciencia económica.

No cabe dentro de los límites de este artículo, explicar los conceptos expresados, y he de concretarme á exponer en breves palabras lo que pienso sobre la esfera propia de la economía política.

Considero á la sociedad humana como un todo orgánico. Son los individuos elementos esenciales de este todo, con una espontaneidad y una finalidad propias. El organismo está constituido por relaciones fundadas en la naturaleza misma de los seres individuales. Estas relaciones son complejas y pueden estudiarse bajo diversos aspectos; su conocimiento completo pertenece á la ciencia general, que podemos llamar sociología.

El estudio particular de cada uno de los varios aspectos de las relaciones humanas, constituye las

ciencias sociales particulares, que hoy se llaman morales y políticas.

Cada una de estas ciencias *abstrae* de la relación total, el aspecto que le corresponde y determina sus leyes especiales, pero la relación en la vida del hombre y de las sociedades, no por eso pierde su carácter de complejidad, ni deja de realizarse totalmente, interviniendo en su realización todos los principios y leyes de los diversos órdenes. Así en cualquier relación humana, hallamos el elemento moral, como el jurídico y el económico y otros, fundados en las varias condiciones morales, intelectuales y físicas del ser humano. La separación de los aspectos de las relaciones existe, pues, en la razón y en la ciencia, pero no en la vida, en la cual cada acto es una resultante del conjunto de todos los elementos, que sólo para el estudio la ciencia separa.

Piensen también los economistas que el organismo social es medio y condicion para la realización de los fines individuales, y que si bien el individuo nos aparece por su naturaleza como elemento del organismo social, y puede en cierto modo considerarse como medio para los fines de este organismo, realmente, y en último resultado, el individuo es medio para su propio fin, por más que este fin no pueda realizarse sino mediante el cumplimiento de las relaciones del organismo social.

Ahora bien, ¿cuál es el aspecto particular de las relaciones sociales, que podemos llamar *económico*, y cuyo estudio constituye el objeto y determina el contenido y la esfera de la economía política? Creo que este aspecto puede fácilmente determinarse, y voy á procurar hacerlo.

El hombre es un ser condicionado y limitado, á quien no es dado abarcar ni conocer su finalidad total. Aparecen á su espíritu los fines como parciales y limitados, y los conoce y aprecia diversamente, según sus creencias, sus pasiones, sus instintos. Esos fines se presentan al hombre con el carácter genérico de *necesidad*, y el hombre *necesita* de los medios adecuados para la realización de aquellos.

Los medios existen en la naturaleza, pero sólo son eficaces mediante la *actividad* humana. Es el hombre, ser activo que dirige sus fuerzas instintiva ó reflexivamente al cumplimiento del fin, ó sea á procurarse la satisfacción de sus necesidades. El resultado de la actividad es *algo* que sirve para proporcionar las satisfacciones, más ó menos directamente.

Todos los actos y relaciones humanas pueden ser estudiados bajo el aspecto abstracto de ser *medios* para la realización de un fin; prescindiendo de la naturaleza particular de éste, de la forma especial de la actividad, de la naturaleza especial del resultado. El estudio de los fines *en sí mismos*; el estudio de lo que podríamos llamar la tecnología de los medios y procedimientos, y el estudio de las cualidades y consecuencias de los resultados, ó sea de las satisfacciones obtenidas, pueden ser y son objeto de diversas ciencias. La que llamamos economía política, sólo considera el acto y la relación humana, en su aspecto abstracto y general de relación de medio á fin; sólo estudia las leyes, según las cuales, los *medios*, al impulso de la actividad humana, y sean cuales fueren su forma y condiciones, se producen, se proporcionan, se distribuyen y se aplican á los fines ó satisfacciones.

De aquí que la economía política no es, como algunos han creído, la ciencia del cambio ni la del valor, ni la de la utilidad, ni la del trabajo, ni la de la propiedad, etc. Es ciencia de todo esto, porque es ciencia de toda la vida social, pero sólo estudia un aspecto determinado de los actos y relaciones, y este aspecto es aquel en que el acto ó relación nos aparece como *medio para un fin*. No hay, pues, en el organismo social una esfera particular económica separada de la jurídica, de la moral, de la científica, de la artística, etc.

Todos estos órdenes se reúnen y combinan para determinar y regir la relación social, y cada uno de ellos, en el orden racional y científico, sólo está constituido por un aspecto particular, abstraído de la totalidad de la relación. En todo hecho y relación social hay, pues, aspecto económico, y tiene su objeto de estudio la economía política; pero esta ciencia no abraza ni comprende la relación total, ni puede por su sólo poder, y prescindiendo de las demás ciencias sociales, dar solución completa á ningún problema ó cuestión de los muchísimos que la vida de la sociedad propone á la razón humana. Así, toda relación entre hombres es *económica*; pero no es solamente económica, como no es solamente jurídica ó moral, ó de cualquier otro orden.

Por lo que acabo de decir, ya se vé la injusticia con que se acusa á los economistas de tener la pretensión de resolver por sí solos todos los problemas, y de considerar que la economía es toda la ciencia social. Esta acusación carece de fundamento. Lo que los economistas afirman es, que ningún problema puede resolverse sin el concurso del conocimiento económico; pero reconocen que este solo conocimiento no basta, como no basta para la resolución de ningún problema social el derecho, ni la moral, ni la fisiología, ni la física, ni la mecánica, ni ninguna otra ciencia aislada, de las hasta hoy constituidas con el objeto de estudiar al hombre y á la naturaleza en sí mismos y en los varios aspectos de sus múltiples relaciones. El economista, en fin, por sí solo, no puede resol-

ver ningún problema social, pero ningún problema social puede ser resuelto sin pedir al economista auxilio y consejo.

Puede decirse, sin embargo, en disculpa de los autores de esta acusación contra la economía política, que en cierto modo las circunstancias y condiciones en que esta ha nacido y se ha desarrollado en nuestro tiempo, han contribuido a prolongar la confusión respecto del concepto y de los límites de lo que es, propiamente hablando, económico. Desde sus primeros pasos, los economistas han vivido y tomado parte activa y eficazísima en la ruda batalla contra los privilegios, las iniquidades, los absurdos de todo género que existían en la sociedad del antiguo régimen. Al mismo tiempo que observaban y descubrían las leyes naturales económicas, combatían para llevar a los problemas sociales las soluciones que, por el conocimiento de aquellas leyes, les parecían más adecuadas a las necesidades y más urgentes.

La vida de los economistas ha sido, y es aun, un perpetuo combate, en el que siempre han peleado en pró de la libertad humana, reclamando el respeto a la personalidad y al empleo libre de la actividad del hombre en todas las esferas de la vida. Pero cuando esto hacen, no obran sólo como economistas, ni toman sus argumentos exclusivamente del campo económico. La abstracción, posible en la ciencia, no es en la vida, y al tratar de la resolución de los problemas, al entrar en el terreno de las aplicaciones, el economista tiene en cuenta el derecho, la moral y todos los conocimientos que a la sociedad se refieren, como los jurídicos y los filósofos y los moralistas y los físicos y los matemáticos, cuando hacen aplicación de su ciencia a las cuestiones prácticas de la vida, tienen en cuenta los demás aspectos y hablan como economistas, esto es, consideran el aspecto económico que existe en todo acto y relación social.

Pero no puedo extenderme mucho en la explicación de estas ideas, si ha de quedarnos tiempo para el objeto del presente trabajo. Resumiré lo expuesto, que me ha parecido necesario para apreciar con mayor conocimiento los principios y las tendencias de la llamada nueva economía política, ó socialismo de cátedra, consignando que, según los economistas a la antigua, la sociedad es un organismo real y natural, y no una agrupación caprichosa de seres. La vida social se impone al hombre por las condiciones mismas de su naturaleza individual, y no es arbitraria, sino que está sujeta a leyes de todos los tiempos y lugares, que dominan en todos los actos y relaciones, y dentro de cuyos límites se verifica la evolución social como la individual, mediante la espontaneidad y la actividad del hombre. Este no crea las leyes sociales; las descubre y las aprovecha, sometiendo a ellas para sus fines y su progreso, pero cuando ejercitando su libertad, quiere contrariarlas en lo que tienen de fundamental y necesario, todos sus esfuerzos son ineficaces, y el hombre es fatalmente vencido.

Las leyes sociales tienen un principio de unidad en la naturaleza humana, y bajo una ley superior de armonía, constituyen para el conocimiento científico órdenes diversos, pero no independientes, ni mucho menos contradictorios entre sí. Entre estos órdenes está el llamado económico, en el que sólo estudiamos al hombre y a la sociedad, bajo un aspecto que abstraemos de la relación total, y que es aquel en que el acto y la relación nos aparecen meramente como actividad y medio para el cumplimiento del fin. En este orden económico, que prescinde de las formas particulares de la actividad, así como de la naturaleza y condiciones especiales de los fines, hay leyes y reglas eternas, invariables, de todos los tiempos y civilizaciones, y estas leyes en su conjunto y enlace ordenado y metódico, constituyen una ciencia, un cuerpo de doctrinas, con todos los caracteres científicos de comprender relaciones entre hechos de una naturaleza determinada, y de explicar satisfactoria y completamente todos los fenómenos hasta hoy conocidos, que a esos hechos y relaciones se refieren.

Claro está que no puedo exponer aquí esas leyes y doctrinas. Basta para mi propósito indicar, que de ellas se deduce una regla para la vida social, que caracteriza la trascendencia práctica de la ciencia económica. Esta regla es el respeto de la mayor libertad individual para determinar los fines, y para procurarse los medios. Es la constitución de la sociedad sobre la base de las leyes naturales de su organismo, de modo que todas las relaciones funcionen por el impulso de las fuerzas individuales, moviéndose dentro de un orden jurídico que asegure a todos y a cada uno la integridad de sus derechos. Es la institución del Estado, limitada a la esfera jurídica, dejando hacer y dejando pasar a la libertad humana en su incesante acción, dirigida a buscar y realizar, ya individual, ya colectivamente, mediante la creación de organismos espaciales, todos los ideales y todos los modos de alcanzarlos.

GABRIEL RODRIGUEZ.

ESCRITORES AMERICANOS.

EDUARDO GUTIERREZ.

Algunos diarios importantes de América se han lamentado, en distintas ocasiones, de nuestra

indiferencia para con los escritores de aquel continente, atribuyendo a un egoísmo, ageno por cierto a nuestro carácter y a la índole española, poco deificado el silencio que a su respecto observamos. Nada, empero, más infundado é injusto que esta acusación.

Si no conocemos en España ni a esos escritores ni sus obras, ¿cómo podríamos ocuparnos de ellos?

Esos señores no mandan sus producciones. No las tenemos.

Por consiguiente, imposible es a la prensa ibérica darlas a conocer, como, por el contrario, ha sido y es su deseo constante.

Algunos lijeros ejemplos nos bastan para probarlo.

El señor Torres Caicedo ha remitido sus obras a distintos publicistas de esta ciudad; y pocos serán aquellos de quienes se hayan ocupado tanto nuestros periódicos, como de las obras de este distinguido americano.

¿Por qué?

Porque las hemos tenido a la vista, pudiendo apreciarlas y juzgarlas.

Hoy mismo, otro escritor americano, muy conocido y apreciado en Europa, el señor Varela, está escribiendo una serie de artículos sobre la política y los hombres de América, y muchos de los diarios más importantes de Madrid y provincias se han ocupado extensamente de este publicista, cuyos escritos reproducen varios de nuestros colegas, de una manera espontánea y galante.

Hay, pues, injusticia grande, en el cargo que nos dirigen desde América, suponiendo que por egoísmo no hablamos de sus escritores y de sus obras.

Hoy, por ejemplo, llegan a nuestras manos cuatro tomos de un escritor argentino, D. EDUARDO GUTIERREZ, y sentimos verdadero placer en poderle consagrar estas páginas, tributo de homenaje hacia nuestros hermanos del gran continente y de admiración por el galano escritor de costumbres populares.

Pertenece D. Eduardo Gutierrez a una familia de escritores y poetas.

Esto es muy común en América.

En Venezuela los ocho hermanos Calcaño son periodistas, poetas, oradores y escritores distinguidísimos. A Eduardo le llaman el *Castelar Venezolano*, y los versos de José Antonio, Julio, Francisco y Aristides Calcaño, han merecido el aplauso de nuestros mejores críticos.

De nueve hermanos Varela, en la República Argentina, siete son escritores, periodistas, oradores y poetas, habiendo sido ministros, embajadores, y cuanto puede alcanzar a ser un hombre, en una República organizada.

La familia de los Gutierrez está en el mismo caso.

Los siete hermanos cultivan las letras, habiendo heredado del padre un talento brillante, vario, lleno de luz, especie de arco iris que flota risueño en el cielo de la literatura argentina.

José María, el jefe de la familia, es considerado como el primer polemista de la prensa americana, que le bautizó con el nombre de el *Girardin Argentino*.

Ricardo es el gran poeta de su patria, cantor insigne de la naturaleza, filósofo profundo de la idea, narrador apasionado de tiernas endechas, cuyos versos son allí tan populares como los de Quintana y Espronceda entre nosotros.

Juan Gutierrez es el músico de inspiración que ya conocemos en España.

Eduardo, al que dedicamos este artículo, es un talento especial, el verdadero Larra de su país; pintor de costumbres, caprichoso como David Téniers, cuando trata de iniciarnos en la vida íntima del *Cabaret y la Venta*, presentando tipos tan reales y positivos, que nos parece tenerlos delante, y *estarlos tocando*, ó un narrador tierno y sencillo como Fernán Caballero.

Colaborador de *La Patria Argentina*, importante diario de Buenos-Aires, en el que escriben todos los hermanos Gutierrez, Eduardo había conseguido ya llamar mucho la atención con sus *gacetas políticas*, picantes, picarescas, intencionadas siempre; pero no pocas veces sangrientas y apasionadas contra los hombres del partido que combatía.

Pero aquel campo era de horizonte limitado para su pensamiento, que, como el corcél de Espronceda, necesitaba planicies más vastas donde volar.

Entonces concibió una idea, cuya realización y cuyo éxito feliz le han dado una reputación sobrada, no sólo por el aplauso de sus correligionarios, sino por el de sus mismos enemigos políticos, que reconocen en Eduardo Gutierrez un escritor especial, por la *especialidad* a que se ha dedicado.

Esa idea ha sido esta: escribir lo que él llama *Dramas Policiales*, título bajo el cual está contando la vida é historia de los grandes bandidos que, como Fra Diávolo en Italia, han adquirido triste celebridad en la República Argentina, y principalmente en Buenos-Aires.

Pero, para emprender un trabajo de esta naturaleza se necesitaba tener conocimientos *muy especiales, íntimos*, de la vida campestre de aquellos países, de las costumbres del *gaucho*, de su modo de ser, de esa vida *sui generis*, mezcla curiosa de caballería esquisita y de refinada barbarie,

de valor legendario y de cobardía indigna, en la que la percepción del *tipo moral* se hace tanto más difícil para el que pretende fotografiarlo, cuanto que el *sér* de esas personalidades originales que van desapareciendo ya del suelo argentino, presenta fisonomías, aspectos y condiciones muy variadas entre sí.

Pero todos esos conocimientos los posee Eduardo Gutierrez.

Estudiando, primero, los personajes en las tradiciones populares, ha ido después a los campos, ha recorrido la campaña, se ha hospedado en los *ranchos*, ha bebido en la *tras-tienda de la pulpería*; ha comido un *asado en el fogón*, ha dormido la *siesta* a la sombra de un corpulento *ombú*, ha tomado parte en las fiestas de una *yerra*, y ocupándose así en aquella existencia nómada, poética, un tanto primitiva por su sencillez encantadora, Eduardo Gutierrez ha podido combinar en su paleta todos los colores para pintar los cuadros, en cuyo fondo haría destacar un día las repugnantes figuras de *Juan Moreira*, *El tigre del Quequen*, *Juan Cuello* y *El Jorobado*.

Así se titulan los cuatro libros suyos que tenemos a la vista.

Los tres primeros son los nombres de *tres gauchos*, cuyos crímenes, hazañas y proezas semejan leyenda fantástica; uno de esos cuentos inventados para aterrorizar a los niños, ó una fábula, en que todo parece inverosímil, producida por los delirios de la imaginación.

El otro, *El Jorobado*, es el tipo repugnante de un ladrón que alcanzó fama y renombre por la habilidad refinada con que por espacio de varios años practicó la *honrada profesión*.

Este tipo difiere completamente de aquellos.

Interesa, sin duda, leer la historia de las fechorías, escrita con sencillez y con ese colorido suave que ablanda la escena; pero no mantiene el espíritu en esa emoción constante que produce la historia de Juan Moreira, Juan Cuello y el tigre de Quequen, cuyos crímenes han tenido por teatro la inmensidad de las *Pampas*, los *ranchos* humildes que el viajero encuentra en ella de trecho en trecho y las *estancias* en que han conseguido hospitalidad, para pagarla después dando muerte al que generosamente se las brindó.

En estas descripciones, animadas, vivas, poéticas unas veces, sombrías otras; en el retrato moral de los personajes, en la manera de interpretar su índole y carácter completamente diversos del carácter y la índole de los célebres bandidos europeos,—en la luz y la sombra que flotan en el cuadro que representa el drama: en la verdad con que se describe el asesinato, el robo, el rapto, la voluptuosidad tierna ó salvaje de aquellos *gauchos*, errantes siempre, burlando de continuo la justicia, escapándose de sus manos cuando se han cojido, es donde está la belleza de las páginas de Eduardo Gutierrez.

Haciendo un juicio crítico sobre las poesías *gauchas* de Hilario Ascasubi, el Beranger argentino, nos fué fácil reproducir algunas de sus composiciones, entre otras, su famosa *Descripción de un vapor*, para dar una idea del carácter especial de esos versos, cultivados más tarde con éxito brillante por otro poeta de su género, Estanislao del Campo; pero, ¿cómo hacer lo mismo con las páginas de Eduardo Gutierrez?

¿Cuál de ellas escogemos para reproducirla?

¿Cuál para dar una idea de su estilo?

Tomar cualquiera al acaso, ó aislada, equivaldría a cortar el *San Antonio* del famoso cuadro de Murillo, ó una de las *meninas* del lienzo de Velázquez.

Sería presentar un cuerpo sin cabeza ó la cara de una linda mujer sin ojos, y esta mutilación no cabe al tratar de obras como las del Sr. Gutierrez.

Así como Zola ha creado una literatura nueva en su país, manejando el lenguaje de *Nana* y el *Assommoir*, el autor de *Juan Moreira* ha creado a su vez una literatura nueva en el suyo, narrando dramas que han hecho temblar a los habitantes de los campos y de las *Pampas*, en su lenguaje local, que no es por cierto el de Tirso, Cervantes ó Lope; pero que tiene un encanto irresistible.

Con mayor espacio del que nos es dado disponer hoy, hablaremos más extensamente de las obras del escritor argentino Eduardo Gutierrez, al que mandamos nuestros sinceros plácemes por el éxito que con ellas está alcanzando.

P. A. NAVARRETE.

LAS CIENCIAS POSITIVAS

EN CALDERON DE LA BARCA.

AL LECTOR.

No hace cuatro meses que la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, con objeto de contribuir a la celebración del segundo centenario de la muerte de D. Pedro Calderon de la Barca, abría concurso para premiar una Memoria sobre el siguiente tema: «Concepto de la naturaleza y de sus leyes, que de las obras de Calderon resulta, como expresión del estado que en aquella época alcanzaban los conocimientos entre las personas que sin haber profesado su estudio sobresalían en el cultivo de las letras.—Ampliando, si se considera conveniente dicho trabajo, con el examen de las obras de otros poetas contemporáneos.»

El corto plazo señalado por la docta corpora-

cion, no permitía hacer un trabajo crítico de madurado estudio, sino una mera exposición de aquellos pasajes en que se vislumbraban ideas ó noticias científicas, y no otra cosa podía exigir su ilustración notoria. De esta suerte no era tan difícil intentar la empresa, aun con el miedo natural de no satisfacer la medida del deseo, por falta de saber suficiente en quien, dedicado á las fatigosas tareas de su profesión médica, no tiene tiempo de gozar los dulces deleites que las letras proporcionan.

No prestaba poco aliento para emprender la obra, la convicción de que es propio de los hombres de verdadero valer mirar con tanta benevolencia las producciones ajenas, como con rigidez las propias, y al encomendarnos á su bondad no han quedado defraudadas nuestras esperanzas, puesto que el trabajo que hoy damos á la prensa ha merecido la alta honra de ser premiado con mención honorífica, medalla, é indemnización pecuniaria.

Tan satisfactorio resultado nos ha decidido á publicarlo, justificando en pocas palabras la división que para mayor claridad hemos hecho.

Teniendo por objeto principal el tema propuesto escudriñar hasta qué punto los poetas fijan la atención en los fenómenos naturales, nos pareció oportuno comenzar consignando algunos precedentes para dejar demostrado que en todo tiempo y en todas las literaturas tienen grande representación é importancia las maravillas del universo; y concretándonos á Calderon, cuando no solamente habíamos de buscar en sus versos las impresiones que le produjera el mundo material, sino también los ecos que recogiera de los adelantos científicos, lógico creímos dar idea sucinta del estado del conocimiento científico en el siglo XVII. Tales asuntos, pues, constituyen dos artículos que bien pudieran comprenderse con el título de *Introducción*.

En el luminoso informe aprobado por la Academia, se censura la demasiada extensión de ellos, y en nuestro deseo de amoldarnos á sus atinadas observaciones, los hemos reducido cuanto ha sido posible, suprimiendo citas y datos que pudieran parecer innecesarios, y que verdaderamente no se exigían.

Constituye el cuerpo principal de la obra (en el que sin duda resaltan más las incorrecciones de estilo propias de la prisa con que se ha escrito), la parte más importante, en que se han entretejido los conceptos que de la naturaleza y de sus leyes formula Calderon, y para ello preciso ha sido repasar unas tras otras más de ciento veinte producciones del eminente dramaturgo, no trasladando á nuestras cuartillas sino una quinta parte de las citas recogidas; tanto por no apurar la paciencia de los lectores con la longitud del discurso, como por ser unas repeticiones de otras, ó porque la conclusión del término marcado nos abrumaba con la pesadumbre de una losa.

Así en dicha parte, como en la última conclusión ó resumen de todo lo expuesto anteriormente, hemos hecho las correcciones que se indican en el juicio emitido por el cuerpo científico que la ha calificado. Solo á un consejo del referido informe no hemos atendido como deseáramos y fuera justo, no solo por falta de tiempo, sino porque en realidad habría que rehacer nuestro trabajo de todo en todo. Entiende la Academia que deberíamos juzgar á Calderon más severamente; y hemos de sincerarnos del justo cargo que se nos hace confesando nuestro pecado, pero disculpándolo en alguna parte.

Calderon de la Barca resulta en esta Memoria á mayor altura que en las otras presentadas, en demanda del premio, concediéndole más conocimientos, no sólo porque tuviese noticia del movimiento científico de su época, si no por que previese sus futuros progresos; pero creemos que al demostrar como el poeta octogenario dió muestras de rendir algún culto á las químicas doctrinas del vulgo, tratamos el asunto con imparcialidad suficiente; aun cuando no neguemos lo que pudo influir en nuestro ánimo pensar que en el momento de disponerse, no sólo la patria que se honró con hijo tan preclaro, sino casi todos los pueblos cultos, á entonar himno magestuoso en su alabanza, más que la hora oportuna de señalar lunares era la de añadir una nota, siquiera fuera débil, en su elogio merecido.

Lo mismo que á sus competidores, no le fué dado al autor de esta Memoria sacar partido de la licencia que se le otorgaba en la última parte del tema, por lo angustioso del plazo, para entretejer los datos que tenía reunidos de algunos otros poetas, ni le es posible hacerlo ahora que ocupaciones de su carrera le impiden publicarlos.

Refiérense estos datos con especialidad á Lope de Vega, que si bien empezó á brillar antes, alcanzó la época del autor de *El Alcalde de Zalamea* é inició el derrotero por él seguido; y á otros varios, haciendo mérito especialísimo de Góngora, que hubiera sido sin duda el mejor de nuestros poetas, por su poderosa inteligencia, inspiración sublime y florido lenguaje, á no haberse lanzado por el pomposo camino á donde arrastró por desgracia, á muchos de sus admiradores. En sus obras se encuentran ejemplos de diversas tendencias, ya con ideas tan elevadas, como cuando dice:

mudo mil veces yo, la deidad niego,
no el esplendor á tu materia dura;
ídolos á los troncos la escultura;
dioses hace á los ídolos el ruego.

ó con descripciones sencillas y exactas de los seres naturales, como esta:

y lúbrica no tanto
culebra se desliza tortuosa
por un pendiente escollo.

Aun con estos ejemplos puede asegurarse que ninguno de los de su tiempo aventajó á Calderon en espresar conceptos de la naturaleza, y de ellos cuidamos de reunir con esmero y elección atenta cuanto nos ha sido asequible en los días que pasaron desde que apareció la convocatoria hasta la presentación del escrito.

Otra de las razones que actualmente nos mueven á no extender el análisis á otros escritores, es porque nos juzgamos en cierto deber de dar al público conocimiento de la Memoria que presentamos á la Academia, no de una nueva, y bien pensado, puede hacerse de los poetas del siglo de Lope de Vega y Calderon, de Alarcon y Moreto, no un trabajo ligero, sino un curioso y extenso libro por pluma más hábil que la que traza estas letras.

I

LA NATURALEZA EN EL ARTE LITERARIO.

Los progresos de las ciencias se realizan con paso firme y constante, sin que alcancen á dificultarlo los grandes trastornos de las naciones. Que si puede valladar robusto detener impetuoso torrente, será tan solo por breve tiempo, pues, venciendo las aguas con su nivel el alto muro, proclamarán su victoria con el mugido de la onda, y ornarán su triunfo con blanca corona de espuma.

Pero hay, sin duda épocas en que al calor del génio, ó como resultado de asidua aplicación de multitud de hombres que consagran su vida al estudio, el crecimiento es pasmoso, pues así como en la esfera del arte se verifican esas verdaderas explosiones de lo sublime, que asombran á venideros siglos, así también en el santuario de la ciencia al rudo golpe del continuo trabajo de los sábios; allí donde durante muchos siglos apenas se consigue hacer saltar fugitiva chispa brotan en un momento raudales inmensos de luz clarísima que iluminan espacios infinitos.

Y ciertamente, deja el ánimo absorto, la contemplación de las regiones recorridas y de los horizontes descubiertos en el corto tiempo de dos siglos; y si pudieran levantarse de sus sepulcros los hombres que en el siglo XVII esperaban encontrar en los secretos de la decadente astrología la resolución de multitud de problemas, al admirar con ojos atónitos todas las conquistas de la ciencia moderna, creerían, que alguna fuerza extraña y sobrenatural había venido á producir tales cosas sobre la tierra, ó que eran quimeras que forjaba su acalorada fantasía, y concluirían por decir

Que toda la vida es sueño
y los sueños sueño son. (1)

Pero, los que siguiendo con planta segura el certero camino á que les conducía su inmortal poeta, desligándose de las supersticiones de su tiempo, al contemplar cuantas bellas aplicaciones ha hecho el humano saber de las fuerzas naturales, no dudarian que eran reales y positivas sin que se debieran á mágicas arterias, y al divisar á la magestuosa locomotora, no supondrian que en su seno encerrase fuego robado á Vulcano, ni al hablar á través de los mares por finísimo alambre, que la palabra iba conducida por un rayo lanzado por Júpiter, porque habrían aprendido de Calderon, que para tantos portentos y muchos más, bastaban solo el ingenio y el estudio del hombre, porque

Quien da las ciencias, da
voz al barro y luz al alma. (2)

El proceso científico que interpreta todo lo que constituye la maravillosa armonía del mundo material, que explica el funcionamiento admirable, lo mismo del globo que gira bajo nuestras plantas, que el de los astros brillantes que tachonan el cielo; que descende á las profundidades de la tierra para descubrir los tesoros que en su seno guarda, ó escala las nubes para sorprender al meteoro en su mágica formación, no ha podido ménos en todas las edades de atraer en alguna parte el espíritu del poeta, que no había de mirar con indiferencia todas las sublimes bellezas que le rodean, y de donde brotan ecos armoniosos que hacen vibrar con sublime resonancia las cuerdas de su lira.

En todas las literaturas, aun en las de más remota antigüedad, se vislumbra el sentimiento de la naturaleza que venía á herir profundamente á los poetas, aunque sin duda con diversa intensidad y en formas variadísimas.

Ya las naciones semíticas ó arameas presentan en su poesía testimonio de un profundo sentimiento de la naturaleza, unido á inspiración brillante y poderosa. Informada su poesía en la sublime idea del Dios único, no estudian los fenómenos aisladamente, sino que los representan en magestuosa unidad, y considerados los libros del Antiguo Testamento en lo que tienen de descriptivo, retratan fielmente el país que habitaban los hebreos; y en su poesía lírica desenvuelven la vida de los campos en toda su plenitud. En el libro de

Job se plantean varias cuestiones que la física moderna puede referir á fórmulas más científicas, pero sin haber encontrado aun para ellas solución satisfactoria.

Pero aun más vigoroso tal vez aparece el sentimiento de la naturaleza en los poetas de la India que en los hebreos; pues si éstos levantaban la vista desde el suelo para buscar al autor de tantas maravillas; aquellos, absortos en la contemplación del universo, le glorificaban alzándole como Dios, objeto principal del libro de los Vedas.

No parecen inspirarse de manera análoga los griegos; como si los mares, que reflejan en sus ondas el espectáculo admirable de un cielo hermosísimo, y sus frondosos valles, cuya infinita variedad de flores agita perfumada brisa, no hubiesen sido contemplados por espíritus poéticos, causando admiración que la naturaleza sea menor número de veces objeto de sus cantos. Pero encuentra explicación satisfactoria tal extrañeza, formulada por Schiller, si recordamos que el arte en Grecia se agita siempre dentro de la humanidad, y que al fin y al cabo, no es tan grande este desvío de los fenómenos naturales, como han supuesto algunos críticos, puesto que en el templo de Delfos se cantaban himnos á la primavera, y Hesiodo, en sus *Obras y Dias*, presenta las estaciones en cuadro tan fiel como lleno de viveza.

El mismo Hesiodo da buena muestra de su amor á los misterios de la naturaleza, cuando encubre bajo el velo del antropomorfismo las miserias de la humanidad, en el bello mito alegórico de Epimeteo y de Pandora, asunto magistralmente desenvuelto por Esquilo y manantial fecundo de inspiración, en donde bebió también el grande hombre objeto primordial de este trabajo, para una de sus principales obras (1).

Es cierto que ménos inclinados á la naturaleza, que á la vida activa y al trabajo mental, conservaron la epopeya y la oda como las formas más elevadas del nimen poético, y que tenían tal tendencia á vestir de forma humana los fenómenos naturales que en sus teogonías personifica Hesiodo las más veces los fenómenos del mar bajo nombres característicos. Pero no es ménos verdad que posteriormente la filosofía positiva invadió todo el campo de la poesía didáctica (que fué la del libro de Empedocles sobre la naturaleza), y que aun cuando las escenas del globo parecen meros accidentes en los poemas de Homero, cautivan, sin embargo, las magníficas descripciones que en la *Iliada* y en la *Odisea* se encuentran, ya de la callada noche, ya de los solitarios bosques del Parnaso, ora para cantar el hermoso país de los ciclopes, ora para dibujar la isla de los feacios.

Pero descuella, sin duda, sobre todos los poetas del país heleno, la gran figura del inspirado Píndaro, que con elevado concepto de la naturaleza, canta á la primavera en famosísimo himno, sin que deje de ser poeta naturalista, aun cuando aparte sus ojos de la naturaleza inanimada y de sus sombríos aspectos para celebrar á Hieron de Siracusa y las victorias de los griegos sobre los persas.

En Eurípides y en los poetas posteriores, cuyos nombres y escritos no nos permite consignar aquí la brevedad propia de esta introducción, hay tendencia marcadísima á consagrarse la poesía didáctica descriptiva á la trasmisión de las ciencias, muy especialmente de la astronomía y la geografía, encontrándose también pintadas en sonoras rimas las formas y costumbres de los animales, con tanta gracia y tal exactitud, que el naturalista moderno puede encontrar allí sus clasificaciones en géneros y hasta en especies.

Ni dejan de encontrarse entre los poetas del Lácio modelos perfectísimos de esta clase de poesía, pues si heredaron de los griegos el cultivo de las letras, muy pronto rompieron las ligaduras que á sus predecesores les unían, alcanzando vida propia, y por cierto de vigorosa complexion y encantadora lozanía. Ejemplo notorio de este aserto es el poema de Lucrecio, en que resalta el contraste entre la aridez del sistema atomístico con sus descarnadas teorías acerca de la formación de nuestro planeta, y la animada descripción que hace de la raza humana, saliendo del fondo de los bosques para domeñar las fuerzas naturales y fundar la vida civil.

Por fortuna se halla tan generalizado entre las personas cultas el conocimiento de los clásicos latinos, que no es necesario hacer recuento de los pasajes en que describieron cómo en su mente se retrataba el universo; pero no es posible que dejen de estamparse aquí los nombres de Horacio y de Virgilio. En uno y otro la naturaleza conmueve dulce y delicadamente los senos de donde brota su poesía; pero corresponde sin duda el primer puesto al inmortal autor de las *Geórgicas* y de la *Enéida*. ¿En que idioma se cantarán con frases más bellas y sencillas, de mayor majestad y hermosura, las convulsiones de la tierra ó el sublime reposo de un cielo sereno, las grandes tempestades de los mares ó el tranquilo sosiego de valle solitario? En todos los poetas del áureo siglo de Augusto se señala la huella que en su brillante imaginación imprime el espectáculo del mundo exterior; pero ménos inspirados y más sujetos al culto de las fuerzas materiales del universo, su musa decayó visiblemente hasta llegar al impudente naturalismo del desterrado al Ponto.

La aparición del cristianismo lleva al concepto

(1) *La vida es sueño*, Jornada II, Escena XIX.

(2) *La estatua de Prometeo*, Jornada II, Escena VI.

(1) *La estatua de Prometeo*.

de la naturaleza la idea de un Dios único creador y ordenador supremo; noción heredada del pueblo hebreo, pero á la cual da mayor expansión y energía. Lo mismo los padres de la Iglesia griega que los de la latina, fijaban su atención en las grandes maravillas del universo para levantar su espíritu á la contemplación de la causa suprema de todas ellas; bastando citar como ejemplo á San Basilio y San Gregorio Nacianceno. En su afán de unificar los fenómenos físicos, establece el primero relaciones entre unos y otros para llegar en sus homilias sobre el Hexameron á llamar á los astros flores imperecederas del firmamento; frase semejante, si no idéntica, á la que usa Calderón cuando dice:

Que fué del cielo flor, del campo estrella. (1)

la cual en formas variadísimas y con diversas aplicaciones se encuentra repetida multitud de veces en sus dramas.

Pero el mayor conocimiento de las ciencias se encuentra en San Isidoro, quien recojiendo todo lo escrito hasta su época con esquisito cuidado, y observando no poco, formó su célebre obra de las *Etimologías*, gran enciclopedia cristiana del siglo VII; base de los estudios de la iglesia gótica española, pacientemente trabajada con germánica constancia á la orilla del Betis, allí donde muchas veces vinieron las musas á coronar las sienas de tantos poetas que entonaron canciones al compás sonoro de sus ondas.

Mas no se crea que sólo donde el cielo y la tierra parecen sonreír, ha podido atraer las miradas del artista, el suelo que le sustenta ó la bóveda que le cobija; que allá en las regiones del Norte, hubieran buscado tales elementos de inspiración con la vehemencia que se desea el bien no disfrutado, cuando no fueran bastantes á conmover el ánimo las manifestaciones naturales, propias de aquellas tierras. Si sobre ellas no derrama el astro del día tan pródigamente sus esplendores, y si no tienen perfumadas brisas, ni flexibles palmeras, ni frondosos jardines, divisan al resplandor rojizo de las auroras boreales reflejadas en las inmensas moles del hielo, las rugientes olas que se deshacen contra las costas enriscadas; ó ven las llamas del Hecla, que arroja sus lavas encendidas sobre la espesa capa de nieves perpétuas.

Y aún cuando su primera poesía, parece tan oscura como las nieblas del país, más tarde se anima y toma nueva forma y brillante colorido en las narraciones de Hartmann, y si no se encuentran descripciones de la naturaleza ni en los *Nibelungen*, ni en el poema de Gudrum, sucede lo contrario con la poesía cabaleresca de los *Minnesinger*. (2)

Representa, sin duda, esta poesía el lado de una curva cuya rama opuesta corresponde á los árabes, que recogieron las notas más armoniosas de los cantos hebreos, y que revelan á cada paso rasgos valiosos de imaginaciones nutridas por la sangre de una raza siempre poética, aún cuando tomaron las formas de la poesía persa, que es poco importante desde nuestro actual punto de vista.

En Europa, muerta con el imperio romano la antigua poesía clásica, no renace el arte hasta que organizado el sistema feudal aparece el errante cantor de *gesta*, que con su laud al hombre vaga de uno a otro castillo, para embelesar los rudos caballeros y las ociosas damas con los poemas heroicos á su manera, donde el sentimiento de la naturaleza no tenía anchura bastante para dilatar sus galas. Pero, no obstante su aparente rusticidad, el pobre juglar poseía

el lirio azul, incógnito y silvestre
que nace y muere en el peñon campestre;

y embalsamada por su perfume, debía alimentarse aquella galana y dulcísima poesía provenzal con las escenas de caza y la descripción de los campos, bosques y jardines primaverales, donde lucían su hermosura y donaire las señoras del pensamiento de los trovadores, que habían de excitarles á nuevo estudio de las grandezas del Universo.

Pero más que el arte de hacer trovas se desenvolvían en aquella edad de general renovación el estudio de la filosofía, dirigido desde la más sutil dialéctica á la sólida doctrina levantada por San Bernardo y consolidada definitivamente en la forma escolástica por el Doctor Angélico. Como la división del trabajo en la sociedad, igualmente que la división de funciones en la naturaleza, producto del progreso, no es de extrañar que arte, ciencia y filosofía anduvieran confundidos con sobrada frecuencia, fusión personificada en la novelesca figura de Abelardo. Sus rebuscadas sutilezas y extraviadas conclusiones cedieron el paso á la fuerza más y más preponderante de las doctrinas ortodoxas; y de este modo, Italia, que más tarde que otras naciones neo-latinas bebió en el raudal de las trovas provenzales, como tenía más cerca la otra fuente reguladora de las creencias, pudo hacer surgir de su seno la gran epopeya católica base y punto de partida de la literatura moderna.

Dante Alighieri se levanta en la historia como la figura de un hombre grande, creador de nuevos mundos en la esfera de la literatura, que dió forma, carácter y vida á una época entera, pues brilla sobre todo poeta de la Edad Media. Si parece que su espíritu rodeado de nubes y de rayos aban-

dona la tierra para penetrar insondables misterios, no deja de fijar su mirada en el planeta, cuando el sol oculta sus luces llenando de sombras el bosque, ó cuando aparecen los vapores matinales,

Ya arrollando la niebla matutina
iba el alba ante sí; con que lejano
vi tremular su rayo en la marina. (1)

Y de tal suerte canta á la naturaleza, dando mayor dulzura con los versos á la vida del campo, que la incansable abeja al jugo de las flores, siendo el origen de aquella poesía que trajeron á nuestra patria Boscan y Garcilaso, con quienes todavía puede disfrutarse de fresca sombra á la orilla del Tajo, ó sorprender á las aves en sus querellas amorosas, ó presenciar la retirada de mansos corderos

cuando la sombra el mundo va cubriendo,
ó la luz se avecina.

Si este escrito tuviera solamente carácter literario, con gusto examinaríamos las obras de los poetas españoles que precedieron á D. Pedro Calderón de la Barca, ya retratasen la vida tranquila del campo en nuestro propio suelo, como el mellifluido fray Luis de León; ya la vegetación exuberante de los vírgenes bosques de América, como el cantor inimitable de la *Araucana*, ó citando otros ejemplos de la poesía bucólica, de tanta valía como las anacreónticas de Villegas, ó los poemas de Balbuena; pero tan sólo nos hemos propuesto indicar rápidamente y dejar demostrado que todos los grandes poetas han fijado la atención en la naturaleza, para probar después que en este camino se colocó á gran altura el autor de *El mágico prodigioso*, no contentándose con la mera inspección de los fenómenos, sino tratando de profundizarlos por propio deleite y por instruir á los que acudían á celebrar sus producciones. Ocasión habrá de citar multitud de casos, en que se ve claramente en el autor el propósito decidido de notificar al público un nuevo adelantamiento en las ciencias, ó de explicar un fenómeno misterioso hasta entonces, ó de arrancarle absurdas opiniones ó errores groseros, para apartarle con el sabroso incentivo de sus poesías del sendero de la ignorancia, teniendo por lema:

que á quien le daña el saber
homicida es de sí mismo. (2)

II

LA CIENCIA EN EL SIGLO DE CALDERÓN.

Hemos de estudiar al insigne vate, por quien España y el mundo todo se engalana, nacido en aquellas generaciones, respirando la atmósfera de su tiempo, y hemos de ver cómo se reflejan en sus obras (sin duda de más inmediata utilidad para el filósofo y el literato, que para el cultivador de las ciencias positivas), los bellos resplandores de la ciencia de la naturaleza; y es indispensable recordar, si quiera sea en informe boceto, aquel momento histórico, en el desarrollo de los ramos del conocimiento que se relacionan con el tema propuesto.

En el recuento de los siglos en que la ciencia ha ensanchado sus horizontes, merece puesto distinguido aquel en que brillaron ingenios tan levantados como Keplero y Newton, Galileo y Leibnitz. Derrumbábase al impulso vigoroso de nuevas teorías el vetusto edificio en que se alojaban confundidos, el codicioso alquimista, el vano astrólogo y el artero nigromante, con el observador sincero de los fenómenos físicos y de los objetos naturales. Rotos en mil pedazos los hornos donde la credulidad esperaba que naciese metal finísimo, toma la química rumbo seguro al fundar Stahl el sistema del flogisto, base de una teoría general de los fenómenos químicos, por más que careciere de exactitud el principio de donde arrancaba.

En aquellos días tuvieron principio las sociedades sabias, siendo la primera la Academia del Cimento en Florencia, fundada en 1651, siguiéndole la Sociedad real de Londres en 1660 y la Academia de París en 1666; que fueron como la cuna de la química y de la física experimentales, cuyos progresos no cesaron un punto.

La invención del cálculo infinitesimal y su aplicación á las investigaciones de los conocimientos físicos, abrieron nuevo y anchuroso campo al progreso de la ciencia, y los medios de observación, perfeccionando los sentidos, hicieron caminar la ciencia en aquella centuria con paso no visto ni soñado en las anteriores.

Proclamándose las leyes que presiden á la caída de los cuerpos y al movimiento magestuoso de los astros, apreciado el peso de la atmósfera con el barómetro, observadas con nuevo ahínco la propagación, reflexión y refracción de la luz; reciben nueva faz la física y la astronomía.

Tales acontecimientos eran consecuencia lógica y natural del impulso realizado en el siglo anterior, pues ya Paracelso inició el movimiento que arroja más tarde á la alquimia del campo del verdadero estudio; y Copérnico había señalado el sendero que á la verdad conducía, colocando al sol en un trono régio en medio del templo de la naturaleza.

za; que todo progreso tiene antes de realizarse precursores, como en el mismo siglo XVII lo fué Hooke de la teoría de la gravitación universal desarrollada por Newton.

Siguiendo el rumbo marcado por el ilustre hijo de Polonia, avanzan con paso más firme Keplero y Galileo, ayudados por el telescopio á la sazón inventado, formulando y propagando las leyes de la armonía del mundo. Al mismo tiempo que la química progresaba, aunque lentamente, se apreciaban los efectos del calor y del aire, no dejando tampoco de fijarse la especulación en los fenómenos del magnetismo y de la electricidad, que Guillermo Gilbert consideraba idénticos, mirando á la tierra como inmenso iman. Estudios de otro orden llamaron la atención hacia los gases, desde que Van-Helmont pronunció por vez primera esta palabra, dando principio la química pneumática aun antes de los trabajos de Juan Rey y Libadio.

Iniciadas en 1517 las cuestiones geognósticas por Fracastor á la vista de las figuras de gran número de peces estampados en las rocas descubiertas cerca de Verona, tomaron mayor empuje cuando Bernardo Palissy halló los vestigios de un mundo oceánico.

El cambio ocurrido hacia sentir su influencia en todos los ramos del saber, marcándose claramente en las doctrinas de los médicos y naturalistas, cuyos estudios, aun en aquellos tiempos, estaban confundidos. Ya no se limitaban á comentar las obras de Hipócrates y de Galeno como hicieron Leonico, Linacre, el alemán Foesio y el español Vallés, sino que siguiendo las dos distintas vías que trazaron el espíritu investigador de Bacon y Descartes, volvieron su mirada á la naturaleza, abandonando el constante exámen de las antiguas obras; y si Van-Helmont cree en un *arqueo*, puro fantasma de su imaginación, afirma en cambio la existencia de los fermentos; y si hay aun algunos que no quieren pasar del período llamado *erudito*, otros con mayor amor á la experimentación, vienen á fundar los sistemas aiatroquímico y iatrofísico que preparan los días de Bellini y Bernoulli infatigables propagadores de la nueva doctrina, y que dando grande importancia á las funciones de los tejidos derrumban por su base el *humorismo*.

Lumbreras como Boerhaave, Hoffmann y Stahl armonizaron en aquel siglo el mecanicismo de unos con el dinamismo de otros, levantando en alguna parte el velo que cubría el modo de funcionar de nuestros órganos, cuyo conocimiento progresaba rápidamente desde que era permitido penetrar en el cadáver con el escalpelo, y se ilustró luego que nuestro célebre compatriota Servet hubo seguido á la sangre en su curso desde el corazón á los pulmones, dando base á Harvey para que más tarde la sintiera correr por todas sus venas.

Aun cuando hasta Buffon y Linneo no se asentaba en base segura la zoología, pues no alcanzó á señalársela la intuición con que Leonardo de Vinci encontraba defectuosos los sistemas hasta entonces seguidos, es indudable que en la época que venimos tratando se dió uno de los pasos más decisivos en el conocimiento científico y racional del reino animado. Redi, al demostrar que los insectos que en los cadáveres pululan y provocan á tan tristes pensamientos sobre lo deleznable de nuestro material organismo, no nacen de un modo espontáneo al descomponerse las fibras y humores de lo que fué cuerpo vivo, sino que se reproducen por leyes idénticas á las que gobiernan la propagación de seres superiores; y al desbaratar un sistema ó vulgar opinión arraigado desde tiempos antiquísimos y sostenido con la autoridad de filósofos como Aristóteles, se puede decir que comunicó á la ciencia zoológica un sello de unidad y grandeza que difícilmente habrá sido superado por los portentosos descubrimientos de los siglos posteriores.

Pusiéronse entonces también los fundamentos de la botánica moderna, con el gran trabajo de descripción y clasificación con que los Bauhins abrieron camino á Tournefort y Linneo, y al paso que Grew y Malpighi dieron nacimiento á la anatomía vegetal con el manejo acertado del microscopio, contribuyendo no poco á tan valioso impulso el descubrimiento de los sexos y funciones genéticas de las flores. Parecían entonces renacer todas las ciencias al benéfico influjo de las nuevas ideas.

Pero al lado del árbol frondoso que produce sazonado fruto, crece la punzante zizania, y al pié de los rosales que emanan delicados perfumes se estiende la amarilla y descarnada corteza del desecado líquen. No de otra suerte se concibe que al mismo compás de la ciencia camine por sendero diverso la ignorancia que recogiendo un océano inagotable de errores quiere hacer pasar por piedra preciosa á concreción de inmundo lodo, y por rayo de luz brillante la oscuridad más densa.

Mientras en el orbe civilizado realizaban los útiles adelantos que hemos apuntado ligeramente, hombres de acrisolado valer, otros, desdichados echando á rodar su imaginación en busca de sutilezas artificiosas encontraban explicación á todo fenómeno, inventando multitud de hechos jamás vistos, y dando torcidas interpretaciones á todo lo que realmente observaban con sus escasas luces. Es seguro que parecería destinado este escrito á apurar la paciencia de quien lo leyere, si nos detuviéramos á citar cómo se defendían en todos los países de Europa las más estravagantes opiniones, no ya entre el vulgo y en boca de viejas parteras ó

(1) *La puente de Mantible*, Jornada I, Escena XIX.

(2) Los cantos de Osian han ofrecido tal duda sobre su legitimidad, que no se pueden tener en cuenta.

(1) Purgatorio, canto 1.º V. 115. (Traducción del Conde de Cheste.)

(2) *La vida es sueño*, jornada primera, escena VI.

COSTUMBRES LIMEÑAS.

LA TAPADA.

I

Para comprender los hábitos y las originalidades de las costumbres de Lima, es necesario estudiar detenidamente el carácter de la limeña, porque la mujer personifica la sociedad entera.

En el Perú parece que domina el elemento femenino. Esta es una de las tantas rarezas de este pueblo.

El hombre, permanentemente fascinado por los irresistibles encantos de la belleza, parece que consagra su vida á la adoración de la mujer.

Puede ser que en la fuente de la voluptuosidad y del amor, encuentre este pueblo la regeneración de su entusiasmo, de su vigor y de su fé. En la Europa se vió este fenómeno en la Edad Media, y quizá en el Perú se encuentra en estos felices tiempos.

Pero puede suceder que, concentrando la mujer en sí todas las fuerzas morales, ejerza una influencia excesiva y peligrosa. Entónces el Perú correría el peligro de ser sometido á una dictadura femenina, cosa no del todo inverosímil, porque en su historia ya se ha visto á una mujer dragoneando de amazona, armada como un San Guillermo, encabezando conspiraciones y deponiendo vice-presidentes.

Bajo el cielo de Lima, el hombre se debilita y languidece. Al respirar su atmósfera tibia y adormecedora, parece que los vapores del céfiro ofuscáran el cerebro. Se siente una pereza embriagadora, una invencible necesidad de calma y de reposo. Se sueña con placeres tranquilos, con imágenes voluptuosas, con nubes de perfume, con el desmayo del deleite, con huríes encantadoras. En Lima se comprende mejor que en ninguna parte toda la belleza del Paraíso prometido por Mahoma.

Esta influencia del clima podría servir para explicar la mansedumbre de este pueblo. El hombre es suave, dulce, humilde é indolente hasta la apatía; pero la mujer presenta un contraste sorprendente.

En medio de una naturaleza árida, estéril y desapacible, la mujer crece encantadora como la flor de las riberas del Rimac.

En su frente se dibuja la supremacía de su alma sobre todos los séres que le rodean.

Sus negros, rasgados y luminosos ojos, brillan con un fuego que revela la impetuosidad de su espíritu altivo.

Las líneas regulares del óvalo de su cara tienen toda la perfección del tipo griego.

Su nariz está modelada con una finura y delicadeza artísticas.

Su boca, adornada con la maliciosa pureza de una coquetería adorable.

Su cabellera es una cascada de ébano, y forma una armonía completa con sus bien delineadas cejas y sus largas pestañas.

Su talle tiene toda la soltura, gracia y flexibilidad de una refinada elegancia.

Su pié es tan pequeñuelo, y lindo y arqueado, que apenas imprime una ligera huella sobre el polvo.

Y todo esto se halla realizado por la gracia de los modales y la compostura de los movimientos; porque ella posee el secreto de las actitudes románticas, de las sonrisas dulces, de las miradas ardientes, y sobre todo comprende el arte maravilloso de los atractivos del misterio. Por eso su tipo original y perfecto es la tapada.

Bajo este disfraz es como la limeña despliega todo su poder y revela su carácter. Es así como aparece espiritual, burlona, alegre, altiva, impresionable, ardiente é irresistible mente tentadora.

Su traje primitivo era la saya y el manto. Consistía en una saya negra, plegada con elegancia á la cintura, y lo suficiente alta para dejar lucir el pié. Un manto vaporoso sujeto al talle y elevándolo por la espalda hasta cubrir la cabeza y el rostro. Por debajo cubría los hombros un rico chal, cuyas dos extremidades flotaban airoosamente por delante. Este vestido ha caído en desuso.

Hoy oculta su blanca frente y su leve cintura bajo los pliegues de un pañolón, y prendida de veinticinco alfileres se presenta en todas las funciones.

Vedla en la calle, en las iglesias, en las procesiones, confundiendo entre los grupos de hombres, soportando impávida el fuego graneado de mil galanterías, sorprendiendo á uno con el nombre de su querida, atormentando á otro con un chiste epigramático, ridiculizando á éste con una palabra, burlándose de aquél con una voz fingida, y encantándolo á todos con el brillo del ojo que descubre, y con la morbidez y belleza del brazo que ostenta.

Seguidla á la Alameda y la vereis con aires de romanticismo, buscando alguna aventura novelesca. Ya es aguardando una cita para preparar una intriga; ya observando los pasos de un amante de cuya fidelidad duda; acá tendiendo redes para sorprender á un cándido; ora persiguiendo algún capricho de su ardiente imaginación; y á todas horas soñando en amores que llenen su corazón sediento de impresiones.

Buscadla en el teatro y la encontrareis en los asientos de la platea representando un papel de misteriosa con una habilidad encantadora.

Si es la tapada del medio mundo puede conocerse por la atmósfera de perfumes que la rodea, por el lujo de su pañolón y de su traje, por algún brillante que luce sobre los dedos de mármol de su pequeña mano, y por la eu iosidad con que dirige su binóculo á la primera galería observando los adornos de las señoras del gran mundo para ponerse al día siguiente á la altura de la aristocracia.

Mas si veis una tapada casi perdida entre la oscuridad de los asientos ocultos, cubiertos con un blanco pañuelo de Olan y un delicado pañolón negro, podeis contar de seguro que es una gran señora. Es verdad que, en ocasiones, para alejar hasta la sospecha de su rango, se viste con trajes y pañolones extravagantes; pero entonces la vende el aire de nobleza de sus movimientos y la misma tenacidad con que oculta cualquiera de los encantos que pudiera servir de dato para revelar el misterio.

La tapada encierra toda la historia de la vida íntima de Lima, con sus placeres y sus amores, sus debilidades y sus crímenes, sus miserias y sus lágrimas, sus aventuras y sus chascos, su disipación y sus desengaños.

Bajo este disfraz, más de una cincuentona ha andado en picos pardos con un mozuolo boquirubio, que ha estrenado sus primeros requiebros amorosos con una momia antediluviana, creyéndola una divinidad.

La tapada es en Lima una entidad de poderosísimo influjo. Parece que bajo este traje hubiera una sociedad femenina que extendiese su vigilancia y su acción á todas las clases. Su ojo lo ve todo; su oído escucha todos los secretos; su sombra se encuentra en todas partes.

En los salones de gobierno hay siempre alguna tapada que aguarda en un gabinete privado, que habla á solas con los ministros y sorprende los secretos de Estado.

En los tribunales intriga, y consigue con frecuencia inclinar la balanza de la justicia.

En los Congresos forma una barra temible que se rie de todos los oradores.

Y en todas partes vigila, observa, acecha, enamora, rie y se burla de todo. Ella es el ángel de los misterios de Lima, la desesperación de los curiosos, el escollo de los incautos, la policía secreta de los conspiradores, el brazo de las venganzas, el agente de la ambición, la voz de los amores, el adorno de todas las fiestas y la tentación de todos los corazones.

¿Quién que haya estado en Lima no ha sentido su influjo?

Ved aquí una página de esa historia infinita de aventuras.

II

En días pasados acompañábamos hasta el Callao á un amigo nuestro, proscrito chileno, que se ausentaba de Lima. Su preocupación en los momentos de marcha era tan profunda, que nos excitó sobremedera la curiosidad, y después de repetidas instancias para que nos descubriera la causa de su meditación, nos refirió lo siguiente:

«Anoche,—nos dijo,—se puso en el teatro en escena la *Traviata*, y yo que soy un frenético *dilettante*, tomé desde temprano mi asiento en la platea.

Llegó á uno de los palcos de la primera galería una picante morena de mirada revolucionaria y sonrisa irresistible que me conmovió notablemente.

Me puse de pié para contemplarla á mi sabor, y para ver si destacando mi figura entre el grupo de los espectadores, podía merecer una de sus miradas.

Ella recorría todas las galerías con su anteojo; pero no se dignaba mirar á la platea.

Yo fijé en ella repetidas veces mis gemelos; pero mis fuegos no fueron contestados. En el teatro, la aristocracia de Lima jamás se democratiza mirando á la platea. Eso es de mal tono.

Me resigné con mi suerte y volví á tomar mi asiento. Yo no soy muy exigente en amores, y por otra parte, en Lima no se puede serlo.

Vino á consolarme de mis burladas esperanzas una tapada que ocupó el asiento inmediato al en que yo me hallaba. Me lanzó una mirada á quema-ropa y temblé. En el solo ojo que descubría había tanta luz, que me sentí ofuscado.

Soy de una naturaleza tan ardiente que el más ligero incidente puede incendiarme. Hay mujeres que con solo una mirada pueden turbar para siempre mi existencia.

A medida que sentía el roce del traje de mi misteriosa vecina, las palpitaciones de mi corazón se aceleraban.

Ella me miraba de vez en cuando y yo comprendí que podía aventurar una palabra.

—Señorita, le dije con acento de cortesía, el sólo ojo que usted deja ver basta para enloquecer á un hombre.

—De manera que usted puede ser para mí un peligroso vecino, porque corre riesgo de perder el juicio esta noche, me contestó con una voz encantadora.

—Pero puedo ser un loco inofensivo y totalmente sumiso á la voluntad de Vd.

—¿Tan pronto hace Vd. una promesa de humildad?

—El corazón no necesita de mucho tiempo para conmoverse, y las promesas cuanto más instantáneas son más sinceras.

—Veremos si la impresión dura, añadió ella. Y yo creí escuchar el leve ruido de una sonrisa. Me imaginé que su risa sería la de un ángel.

No pude en aquel momento continuar la conversación, porque el telón fué levantado y la función dió principio.

Las melancólicas y dulcísimas notas de la música y del canto, vinieron á completar la obra de excitación y de vértigo comenzada por mi vecina, y á pocos momentos entré en una perfecta y verdadera alucinación amorosa.

Desde ese momento la tapada fué para mí una heroína de romance y el ideal de mis fantásticos sueños de amor. Nuestra historia, que comenzaba bajo tan felices auspicios líricos, me imaginaba que sería un romance sentimental.

En la escena en que Violeta se pregunta con afán si lo que acaba de sentir será el principio de un serio amor, la tapada me miró con intención.

Interpretando yo su mirada, le dije con emoción:

—Lo que yo siento es indudablemente una pasión loca, desenfrenada, terrible y necesito una esperanza siquiera; ¿puedo tenerla?

—¿Qué tierno es el tema de esta ópera!—fué su contestación, eludiendo mi pregunta.

No me atreví á insistir en mi súplica, y fijándome en el proscenio, permanecí silencioso. Cuando el telón cayó, reanudé la conversación, diciéndole con entusiasmo:

—Suplico á usted que crea en la fascinación que ha ejercido en mí su mirada.

—Pero esa fascinación puede desaparecer con la rapidez con que se ha formado.

—Si fuera tan feliz que usted me aceptara una promesa de fidelidad, yo me comprometería á probar á usted mi constancia.

—Y si la realidad no correspondiese á sus ilusiones, ¿no sufriría usted un desengaño cruel?

de charlatanes aventureros, sino en libros impresos por autores que llenaban la primera página de títulos y honores á la que seguían censuras con privilegio y aprobaciones encomiásticas que ocultaban detrás innumerables despropósitos.

No es necesario, por desgracia, atravesar las fronteras de nuestra patria para encontrar prueba sobrada de cuanto llevo dicho: pues en el año de 1677, dió á luz el Rmo. P. Fray Antonio de Fuentelapeña, un curioso discurso con el título de *El ente dilucidado*, que con estar impreso en cuarto, á dos columnas, con letra pequeña y contener 438 páginas, parece imposible cómo encierra tanta falsedad, tanta absurda teoría y tanta fantástica quimera; de tal suerte, que fueron almacenadas allí todas las que hasta aquella época habían sostenido los ignorantes, realizadas con argumentos enrevesados y sutiles, y aumentadas con no pocas del poco atinado autor.

Retrántase en él con tal fidelidad el espíritu y las doctrinas equivocadas que aún sostenían en el siglo XVII los que no querían observar y experimentar en la naturaleza para conocerla, que sin detenerse á citar otros ejemplos, basta remitir al lector al dicho documento, para que conozca los errores fundamentales y los absurdos métodos que aún seguían algunos que se hacían pasar por cultivadores de las ciencias.

Sin parar mientes en todo lo que escribe acerca de los duendes, (objeto declarado de la obra), entra en consideraciones sobre todos los fenómenos naturales. En cuanto cruza por su imaginación una idea por disparatada que parezca, la persigue, y deslizándose por una serie de figuraciones que califica de silogismos, y buscando apoyo en autoridades, que, si no inventadas, tienen algunos siglos de fecha, dá como indudable lo que la misma razón rechaza.

No se satisface con reducirlo todo á caprichosas combinaciones de números, teniendo por favoritos el 4, porque cuatro son las edades del hombre, que corresponden á las cuatro estaciones, aunque poco después sea el 7, que corresponden á los siete planetas, ó el 3, porque son también tres las edades compuestas de tres septenarios, sino que trata de dar uniformidad á toda la naturaleza; no por adivinar el principio de unidad que modernamente se descubre, sino por someterlo todo y como encajarlo en su corto criterio.

Se echa á discurrir, por ejemplo, acerca de si los brutos tienen juicio, y aún cuando parezca que va á negarlo, bien pronto se vé que concede discurso á los animales, como los monos y los caballos, y más adelante lo concede para las plantas como el bejuco, y no satisfecho continúa, y llega á reconocer, que ciertas fuentes dan muestra de algún juicio, porque se encrespan y alborotan cuando alguien se acerca.

Las singulares analogías que en su hueco magín discurre entre todos los séres naturales, le conducen á un transformismo de tan colosales dimensiones, que, sin hallar diferencia entre piedra y madera, y asegurando que de las hojas de los árboles pueden nacer aves de gran tamaño, y que los animales sembrados producen plantas, establece después tan donosa y estúpida embriogenea que halla posible, y lo prueba con ejemplos sacados de graves autores, que del seno de una mujer pueda surgir por simple debilitación ó especial alteración orgánica del varón, no sólo un monstruo humano, sino un elefante, un león, un caballo, una planta, una piedra ó una impalpable burbuja gaseosa.

Aunque es difícil encontrar más acabado modelo de descarrío científico y de ausencia de sana lógica que el libro citado; abundaban, sin embargo, los de su género en menos pretenciosa estera, y entre todos constituían el baluarte donde se escudaban los tenaces defensores de la magia, de la alquimia y de todo linaje de ciencias ocultas, grato siempre al vulgo, apegado á ridículas vejezas propagadas en son de respetable ancianidad. Defendíanse con tales armas desesperadamente contra los hombres de sólido saber que, atentos siempre á traer á casa lo que veían de nuevo, grande y provechoso á la parte de afuera producían en España un movimiento científico digno de ser mejor conocido, sin caer en la ridícula manía de abultarlo exageradamente, y del cual es elocuente muestra el hecho de haberse ordenado en 1594 que se leyera á Nicolás Copérnico en aula especial de la insigne Universidad de Salamanca.

Era, pues, época de lucha, en la que vivió Calderón, pues no se transforman los sistemas de las sociedades con reposo, porque los viejos ideales no mueren como nube ligera en benéfico rocío, sino como condensación brusca de tempestades que se deshacen en rayos y granizos antes de dejar que brille el sol en toda su pureza.

Nos apartaríamos demasiado de nuestro objeto, si quisiéramos fijar el verdadero papel que nuestra patria tomaba en tales movimientos, lo cual sería bastante difícil; y los rasgos trazados bastan para que podamos ver de qué lado recogió Calderón los materiales para formar concepto de la naturaleza.

JOSÉ GRINDA.

—Eso es imposible. El ojo y el brazo que usted descubre, no pueden engañar. El sol se adivina por el reflejo de la aurora.

—Gracias Usted galantea de una manera poética; pero como las mujeres somos un poco incrédulas, yo quisiera saber primero qué clase de tipo de belleza le gusta más á usted.

—Pero... esa es una exigencia peligrosa para mí.

—En ella no hay peligro alguno. Yo deseo saber cuál es el gusto de Vd., para calcular si puedo personificar sus ilusiones. A Vd. pueden agradales las rubias y yo puedo ser morena. Además, no creo difícil el que Vd. manifieste qué clase de belleza le impresiona más.

La situación era tirante.

Si yo entraba en una descripción del tipo de mis ilusiones, era indudable que hacia un retrato contrario á la belleza de mi tapada. El hombre yerra siempre que necesita adivinar. Ella comprendió mi vacilación, y con acento de ironía me dijo:

—El sol se adivina por los reflejos de la aurora. Haga usted mi retrato, y sale así del apuro.

Todo el éxito de mi aventura dependía de este momento. Formé instantáneamente una resolución, y le dije con acento de seguridad:

—Para mí no es difícil describir á Vd. Mi corazón la ha adivinado antes de verla, porque en este momento tiene la doble vista que inspira un magnetismo amoroso. Pero antes necesito de Vd. una promesa. Para saber si el retrato que haga es perfecto ó no, Vd. me ofrece descubrirse.

—Imposible.—contestó con una rapidez que revelaba una resolución decidida.

—Pero mi propuesta es más difícil de cumplir que la suya. Yo no exijo que se descubra usted aquí. Usted lo hará á la salida del teatro.

—De ninguna manera. Lo más que puedo ofrecerle á usted es que, si el retrato es exacto, lo aceptaré como una prueba inequívoca de su estado de lucidez amorosa.

—Es que, en premio de mi acierto y de mi amor, yo exigiré que usted me dejara gozar de una de sus sonrisas.

—No puedo prometerle esa recompensa.

—Pero al menos condescenderá en darme la dirección de su morada para tener más tarde el placer de presentar á usted mis atenciones.

—Siento muchísimo no poder dar á usted gusto en esto. —Entonces usted tiene resolución de que yo ignore siempre con quién hablo.

—Indudablemente.

—¿Es decir que no sabré jamás quién es usted?

—Jamás,— me contestó con una firmeza de voz que me desconcertó.

Quise instarla, pero ella con un ligero ademán me lo impidió. En ese momento comenzaba el segundo acto de la ópera y era indispensable no llamar la atención de los que estaban á nuestro alrededor con una conversación que, por mi parte, tomaba á cada instante más calor.

Me ocurrió entonces un plan, en mi concepto feliz.

Habia visto en uno de los palcos á un amigo que tenía una inconcebible perspicacia para conocer tapadas. Una larga práctica lo había hecho maestro en este difícil arte, y tenía instinto incomparable para distinguir las bellas al través del tapajo... de los pañolones y de las mantos.

Al concluirse el acto abandoné precipitadamente mi asiento y fui á él. Al llegar le dije:

—Necesito urgentemente de tí.

—Estoy á tus órdenes, me contestó.

—Vé á la platea, ocupa mi asiento que es el número 383, y observa quién es la tapada que está al lado. Pero pon en actividad toda tu ciencia de adivinación, y llama á tu memoria los recuerdos de todas las mujeres que has visto en Lima, porque es absolutamente necesario que yo sepa el nombre de esa tapada.

—Lo sabrás al instante,— me dijo con una plena confianza, y partió en el acto.

Yo ocupé en el palco el puesto de él, y me puse á observar con inmensa ansiedad el resultado de mi plan.

Vi que pocos momentos después de haber llegado mi enviado al lado de la tapada, entraron en conversación.

A cada instante aguardaba que mi amigo me hiciera alguna señal que me indicara que había cumplido su misión, pero inútilmente. El hablaba con animación y no miraba á ninguna parte.

Por unos instantes temí que, al entrar bajo la influencia de la mirada magnética de aquella mujer, él hubiera caído en la misma alucinación amorosa en que yo me hallaba. Pero él no era tan impresionable como yo.

En este momento noté que la morena de quien no había podido obtener una mirada al principio de la función, fijaba en mí sus gemelos. Este honor lo debía al puesto en que me encontraba. Para todo en la vida se necesita estar en las primeras galerías de este teatro que se llama el mundo. ¡Ay de los que están en la platea!

Pero la morena no pudo distraerme de la impresión que había recibido. No podía pensar en otra cosa que en la tapada.

Aguardé impaciente el resultado de mi plan, pero en vano. El telón cayó en el último acto de la función y mi enviado no regresó. Era el cuervo de Noé enviado después del diluvio.

Bajé con rapidez á la puerta del teatro, resuelto á seguir á aquella mujer que tanto me había interesado; pero la fatalidad frustró mis cálculos: todas las tapadas eran tan semejantes que yo no pude distinguir la que buscaba.

Seguí á varias; pero tuve que abandonarlas, porque observé que cada una de ellas encontraba compañero en su camino. Al fin me encontré solo en la calle. Mi última esperanza estaba en mi amigo. El debía saber el nombre de aquella mujer. Corrí á buscarlo y lo encontré en su casa.

Al verme me dijo sonriéndose:

—Mi experiencia y mi penetración han sido inútiles. No he podido conocerla.

—¡Ah! exclamé con un acento de mal reprimida amargura; todo está perdido!

—Menos la esperanza, interrumpió él. Debes saber para consolarte que ella me ha preguntado por tu nombre y por tu dirección.

—¿Y eso qué puede significar?

—Eso significa que la historia continuará.

—Es imposible. Parto en el vapor que sigue mañana para el Norte.

—No importa; en las horas que faltan aún hay lugar para una despedida.

La tapada sabía infaliblemente mi partida, porque en Lima las mujeres lo averiguan y lo saben todo.

—Eso es una quimera.

—Pero en Lima esas quimeras se realizan á cada instante. Si permanecieras aquí, verías la verdad de mis palabras. En esta sociedad, alimentada con la disipación, se sueña á todas horas en aventuras y en amores misteriosos. Aquí el amor no nace del corazón sino de la imaginación. Se ama con poco sentimiento; pero se le da á los caprichos todas las formas de una trama novelesca. No debes perder la esperanza. Tu heroína de esta noche te dirá adiós, porque una despedida con lágrimas es demasiado romántica para que ella no la aproveche.

—Ojalá se cumpla tu pronóstico, le contesté, y como era un poco tarde me despedí de él y me retiré á casa tranquilamente.

Ahora en el momento de llegar á la estación del ferrocarril, he recibido esta esquela:

«Su compañera de la ópera le pide un recuerdo, y le envía un tristísimo adiós.

Usted vió la aurora, pero no ha querido aguardarse á la salida del sol. Adiós!»

El billete me ha impresionado, y este es el motivo de mi meditación. Siento que mi viaje me obligue á dejar esta aventura en el prólogo. Sin embargo, creo que sabes lo bastante por si tú quieres continuarla. Te doy amplios poderes para ello, y ya te he revelado la consigna.»

Nosotros aceptamos la propuesta, y prometimos avisar á nuestro amigo los resultados. Puede ser que alcancemos á ver el sol que no vió nuestro amigo.

ARCESIO ESCOBAR.

Lima. (Perú.)

UN RECUERDO DE LA MALIBRAN.

I

Niño era yo aún cuando en 1825 llegó á Nueva-York la célebre compañía lírica de García, cuya hija, la *Signorina Marietta* ó sea la señorita Mariquita, hizo después tanto ruido en el mundo artístico bajo el nombre de *Madama Malibrán*. Era joven y buena moza; pero ni su juventud ni su belleza le habrían dado la celebridad que nunca han alcanzado después la Catalini, ni la Pasta, la Grissi ni la Sontag.

Encerrado entre las altas paredes del colegio en que fui educado, cuyo edificio de mármol blanco estaba entonces cercado de campos incultos y hoy forma el centro de la parte más animada y aristocrática del Londres de América, tuve la fortuna de ir á oír muchas veces á la gran *prima donna*, y, á pesar de mis cortos años, no olvidó la impresión que me hizo.

II

Habia en Nueva-York entonces un rico y surtido almacén perteneciente á un negociante de Amsterdam, que llamaremos Mynheer Van Holland, servido por un íntegro y anciano dependiente. En aquellos días acababa de recibir éste un valioso cargamento, en su mayoría compuesto de lino, y no bien se habían anunciado en venta cuando se presentó á comprarlos un comerciante francés llamado Malibrán. Vistas las muestras quedó ajustado el contrato por 50.000 pesos al contado, ordenando el comprador que le fuesen llevados los linos al día siguiente á su escritorio, situado en la calle de la Perla. Así se verificó; pero el que condujo los efectos no encontró en su almacén al señor Malibrán y los dejó á sus dependientes, volviéndose sin el dinero.

Pasaron dos días más y aún corrió la semana entera sin aparecer el dinero en el mostrador de Van Holland, y el anciano comenzó á entrar en cuidado. Con este motivo dirigióse á la calle de la Perla, y subiendo las escaleras del número 118, preguntó por el señor Malibrán.

—No está,—contestó un cajero,—ni estará visible hoy en todo el día para negocios.

—Pues á mí me urge verle,—replicó el extranjero.—Hace una semana que ha debido pagarme 50.000 pesos, valor de unos linos que tiene recibidos: aún no le he visto la cara al dinero y no estoy dispuesto á aguardarme más tiempo.

—A la verdad, caballero,—dijo entonces el cajero sonriéndose,—cuando Vd. sepa lo que tiene entre manos el señor Malibrán, supongo que no insistirá en interrumpirlo el día de hoy.

—¿Y qué tiene para su patron de Vd. el día de hoy,—repuso el inquieto holandés,—que no puede recibir en él á sus acreedores ni pagar sus deudas?

—La verdad es,—dijo entonces el cajero con aire de importancia, después de un momento de silencio,—que el señor Malibrán se ha casado hoy. Sí, señor: se ha casado hoy con la Signorina García, y juzgo que Vd. esperará á otro día para hablarle de su asunto.

—Pero, ¿y mis 50.000 pesos?

—¡Oh! no tenga Vd. cuidado por eso,—contestó echando la cabeza atrás con afectada dignidad el cajero.—El señor Malibrán se ocupará de eso sin demora. Supongo que las circunstancias que lo han rodeado en estos días le han hecho olvidar de este empeño; pero en cuanto vuelva al escritorio, se lo recordará y quedará Vd. satisfecho.

Tranquilizado con estas consoladoras promesas se volvió á su casa el de los linos. Había dado aviso á su principal á Amsterdam de la negociación, y dejó correr el tiempo en la seguridad del pago; pero pasaban los días sin que el comprador se diese por entendido, y á riesgo de interrumpir los placeres de la luna de miel, se decidió por fin á hacer un nuevo viaje á la calle de la Perla. Introducido á la presencia del Sr. Malibrán, comenzó por darle la enhorabuena á causa de su reciente enlace, y luego añadió que iba con el objeto de concluir la cuenta que tenían pendiente.

—Tiene Vd. razón,—le dijo Malibrán,—pero me es imposible complacer á Vd.

—¡Imposible!—exclamó el acreedor.—¿qué quiere Vd. decir? ¿Pretende Vd. que no está en el deber de pagarme al contado?

—De ninguna manera,—respondió el otro,—digo á usted que tiene razón; pero si no tengo el dinero, ¿cómo puedo pagárselo á Vd. al contado?

—¿Que no tiene Vd. el dinero, dice Vd.?

—Pues qué,—replicó el deudor,—¿ignora Vd. que me ha presentado en quiebra?

—No lo sabía,—dijo un tanto sorprendido el holandés,—y lo siento por Vd. y más aún por su señora; pero,—añadió después de una pausa,—no hay nada perdido. Devuélvame Vd. los linos y cancelaremos la cuenta.

—Ese es otro imposible, señor mío,—repuso el deudor sin alzar los ojos;—los he vendido ya.

—¡Vendido ya! ¿á quién?

—A mi suegro;—contestó Malibrán,—hace ocho días que los recibí.

Púsose en pié el viejo á estas palabras, y tomando el sombrero y los guantes:

—Voy corriendo,—dijo,—á tratar de recoger mis mercaderías antes de que pasen á otras manos.

—Dispense Vd.,—dijo interrumpiéndole el deudor,—pero ya es tarde. El Sr. García se embarcó ayer para Veracruz y las mercaderías van navegando á la hora esta.

Imagínese el lector la sorpresa y la cólera del chasqueado acreedor. Bajó corriendo la escalera y no paró hasta poner preso al que así se había burlado de él; pues en aquella época había todavía prisión por deudas en los Estados Unidos. Dejémoslo en la cárcel, de donde salió para acompañar á Europa á su joven y prendada esposa, á cuya costa vivió después espléndidamente, haciéndola cantar en las principales córtes, hasta que, cansada de la suerte que la había acarreado tan infeliz enlace, se separó de él.

III

Desembarcó García en Veracruz con un surtido cargamento de cantantes, músicos y tercios de lino. Halló en el mercado buena demanda, y después de vender con fabulosa ganancia las mercaderías de Holanda, emprendió el viaje á la capital con las que traía desde Italia. Su marcha fué una continuada y lucrativa ovación, y más afortunado que Hernán Cortés y que el mismo Scot, obtuvo triunfos y arrancó ricos despojos en cada ciudad y aún en cada pueblo de la carrera.

Llegado á Méjico, hizo oír por primera vez las obras maestras de los grandes compositores músicos. Los artistas que le acompañaban no carecían de mérito, y la ciudad de los Motezumas nunca había oído cosa que se le pareciese. Así es que García recibió pesos y aplausos, y no faltaron noches en que en las tablas del teatro cayesen sendos ramos de flores adornados de joyas de gran precio.

Repleto con los resultados que había tenido, si es que la barriga de un músico puede quedar repleta alguna vez, trató García de volverse á Europa, donde se proponía retirarse á algún encantado Eden campestre, á disfrutar el resto de sus días del precio de los pulmones de sus artistas y de los linos del pobre Van Holland. Pero el hombre pone y Dios dispone. Acababa de bajar la cordillera y entraba á la montuosa región en que está situada Jalapa, cuando la comitiva entera se vió cercada por un numeroso pelotón de bandidos, que con el esmeril ó la pistola en la mano, obligaron á los arrieros á descargar el equipaje.

El atónito García, aunque nacido en España y criado en Italia, nunca había visto más bandidos que los del teatro; pero estos que ahora se le aparecían no se contentaban, como aquellos, con la ficción, sino que representaban su papel real y positivamente. Así es que no hubo en que escoger. Los viajeros llevaban escolta; pero no solo era inferior en número á los salteadores, sino que estaba de acuerdo con estos, según después se sospechó. No hubo, pues, remedio y los talegos de pesos fuertes y de onzas de oro y las cajitas de alhajas, arrojadas desde los palcos de la aristocrática mejicana á los piés de los cantantes de la ópera, todo desapareció en un santiamén.

Terminada la operación, sentáronse sobre los rotos baules los desvergonzados bandidos, y á mocion de uno de ellos, tuvieron la rara ocurrencia de obligar á sus víctimas á cantarles algunas canciones. Aunque aterrado García y fuera de sí la mayor parte de sus compañeros, fuerza fué complacer aquella solicitud que se insinuaba tan expresivamente como la del que le pidió en el camino real una limosna á Gil Blas apuntándole con la escopeta. Comenzaba á caer la tarde, y á la luz de ramas de pino se improvisó una escena lírica digna del pincel de Salvador Rosa.

Así que la audiencia se cansó un tanto del canto de los asaltados y trémulos viajeros, montaron los ladrones en sus caballos y desaparecieron en lo más intrincado del bosque, dejando á García y los suyos buscar el camino de Veracruz con bolsillos tan vacíos como llenos corazones. En el puerto dieron dos ó tres conciertos, y con ellos lograron hacerse de algunos recursos con que embarcarse para Europa, á donde se largaron, maldiciendo del Nuevo Mundo y sobre todo, de los bandidos mejicanos.

IV

El pobre Van Holland jamás se reconcilió con el chasco. No era gran pérdida para él la cantidad de 50.000 pesos, era inmensamente rico; pero el verlos desaparecer entre una partida de bandidos mejicanos, después de comprar para un francés una cantatriz de la ópera, era bastante para electrizar aun el frío temperamento de un holandés. En cuanto á los ladrones, no sabré afirmar que fuesen nunca ahorcados, y en cuanto á la desgraciada Mariquita García, no puede menos de sorprender que la gloria que adquirió en las tablas hubiese quedado enlazada con el nombre que le legó su infeliz matrimonio en Nueva-York. Murió á los veintiocho años de edad; y cuantos la conocieron y la oyeron exclamaron: ¿cuánto no hubieran hecho en ella diez años más de vida!

IGNACIO GOMEZ.

LA AMISTAD.—TRENODIA.

(En el album de la señora Sara Pesado de Landa.)

I

SIMPATÍA UNIVERSAL.

Es centro de existencias sin medida
toda existencia al parecer aislada;
basta á encender los mundos su mirada
y á renovar la creacion destruida.

En la profunda inmensidad la vida
de la vida responde á la llamada
en ¡ay! de amor, antifona sagrada,
ó beso fiel, repercusion cumplida.

¿Qué es la sonrisa del infante en sueño?
El alma de otro sér que ha muerto y sube
por sus labios á limbo más risueño.

¿Qué impulsa al astro á centellear sin nube?
Hoy... el suspiro que en ahogar me empeño,
si ayer fué acaso el que exhaló un querube.

II

LA AMISTAD.

Bendita sea la amistad, bendita;
de la esperanza activa jardinera,
por quien el hombre hasta en el hombre espera,
y un corazon en otro resucita.

Aun la misma humildad la necesita.
«¿Cómo, si soy el único, pudiera
ser con verdad el último en mi esfera?...»
Dice al novicio el viejo cenobita...

Único afecto en que Platon se inflama,
luz que mendiga ceciente Homero,
rosa que Cristo á Barsimon reclama,

(Y sólo espinas le devuelve el fiero!)
ven, célica amistad, mi fe te llama,
que el mismo amor te diviniza... PERO...

III

PRIMERA FALTA.

Este cartel, jurando afecto inmovible,
aun niño, sin tener de aquello idea,
copió, y mi pan sirviéndome de oblea,
puse al emblema de constancia, un roble:

«Seré tu Cástor para hacerte doble,
y para hacerte fiel seré tu Eneas;
quiero además que Pylades me creas
y amante Jonatás y Pythias noble.»

Por esto fuí ludibrio de la gente;
rey de amor me llamaron todo un día
con befas y saludo irreverente.

Y bajo la escolar férula impía
pedí el perdon como Jesús paciente:
«Por que ignoraba, padre, lo que hacia!»

IV

Y amigos tuve como antorchas cuenta
la noche; nadie me llamó enemigo,
ni el que llorando me negó un abrigo,
ni el que risueño mi dolor lamenta.

Póllux se dice quien al mal me tienta,
Acate es contra mí faláz testigo,
las furias de mi Orestes son conmigo,
David me pone en cruz, Damon en venta.

¡Ay!... os perdono el fratricida engaño,
si una verdad me declarais sinceros:
¿existe el tipo de nobleza extraño

De quien robasteis semejanza y fueros?...
Amigos mentirosos en mi daño,
¿hay en el mundo amigos verdaderos?

V

CONVICCION.

Del hombre el odio, en desconfiar persisto
de la amistad, que es odio simulado:
á una amenaza esfuerzo mi cuidado,
á una promesa en dudas me constricto.

Aterra ver el deshonor de Cristo;—
no el que le dió su pueblo enagenado,
mas el vil á que fuera condenado
si con amor Salem le hubiera visto.

¿Y en nuestra edad?... Si por ignoto arcano
la misma perfeccion reinar se viera
en un dosel de Europa soberano,

Juro que todavía osado fuera
el purulento enjambre cortesano
á tributarle adulacion rastrera.

VI

PRECEPTOS.

«Algo tiene, que á colas nos recrea,
de un amigo el dolor.»—Dice un sicario...
«Hay quien juzga al amigo innecesario
y en su lugar un cómplice desea...»

«Con el amigo vive en esta idea,
que puede ser mañana tu adversario;
y al enemigo haz bien por el contrario,
que mañana tal vez tu amigo sea...»

«¿Quieres modelo de amistad sagrado?
Bossuet con su cofrade de Cambray...»
Para el placer venal y el gratis dado

Hay amigos sin fin, ángeles hay,
más para ser el eco dilatado
de nuestra pena y consolarnos... ay!

VII

SANTAS INCONSECUENCIAS.

Si fué de Cristo el ideal sublime
la creacion de la familia humana,
llamando al alma con amor *mi hermana!*
Mi padre! á Dios cuando muriendo gime;

¿Cómo llamar amigo al que me oprime,
ni hermano, si de Cristo sombra vana,
me anuncia eterno mal para mañana
y del menor de hoy no me redime?

Sé que el imán cien hojas aceradas
atrae, virtud comunicando á todas
para entre sí buscarse enamoradas.

Y á mí Jesús, ó mundo, imán apodas?
¡Si entre cien almas de su amor tocadas
jamás se ven tan atractivas bodas!

VIII

DEFENSA

¡Pobre amistad!... Mi alma se resiste
el fallo á confirmar de mi experiencia
que te reduce á error de la inocencia,
capricho del feliz, sueño del triste.

Para los sábios tu virtud no existe,
y es un mezquino cálculo tu ciencia,
necesidad de hipócrita apariencia
que al egoismo interesado asiste.

No, que más alto origen te asegura,
ó calumniado y noble sentimiento,
el mismo error aquel de un alma pura;

Que al escogerse un íntimo entre ciento,
acierta á amar á quien su mal procura
y llama amigo á su mayor tormento.

IX

MI BELLO IDEAL

En lo oscuro de un bosque suavemente
por el invierno un manantial suspira
con tan humana voz, que miedo inspira
á los que huyen de una voz doliente.

Pero en las siestas del verano ardiente
á alguno atrae con modular de lira,
que vá sediento, bebe y se retira
sin dar ni nombre á la fugaz corriente...

Dejo al magno sus pompas, su desvelo
rico de luz al sábio más profundo,
llorar y orar como el arroyo anhelo;

Del llanto hacer cancion que al sitibundo
atraiga, y de mi amiga en triste duelo
templar la sed sin que lo sepa el mundo.

TRISTAN MEDINA.

Madrid, Mayo de 1881.

A CALDERON

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.

Quando por el sol herida,
rasgando denso capuz,
la razon se hacia luz
en la noche de mi vida;

en ese instante fecundo
en que todo á mí llegaba
y todo á la vez me hablaba
de las glorias de este mundo;

en que las flores amantes
de las artes y la ciencia
me envolvian de su esencia
en las olas palpitantes;

llenando el vasto horizonte,
brillando cual la mañana
en nubes de ópalo y grana
sobre la cumbre del monte,

te ví, Calderon, surgir,
y yo no puedo expresar
lo que me hiciste pensar,
lo que me hiciste sentir.

Fué ese amor que en culto raya,
ese encanto que enagena...
¿Qué siente el grano de arena
á los piés del Himalaya?

Del astro que se encendía
á las luces caprichosas
ví los séres y las cosas
que soñó tu fantasía.

El honor, sin leve tul
que lo empañase inseguro,
en un espacio más puro,
bajo un cielo más azul.

La fé vertiendo divina
rayos de oro sobre el mundo,
vasto páramo infecundo
si su luz no le ilumina.

El hombre errante y sin tino,
alma extraviada y perdida,
del desierto de la vida
solitario peregrino;

Que envuelto en vago arrebol
y con envidioso anhelo
sigue á las aves su vuelo
porque suben hácia el soll..

Y luego, todos los séres
á que diste forma y nombres;
diosas, ninfas, musas, hombres,
diablos, ángel es, mujeres,
á modular empezaron
misteriosa melodía,
llena de estraña armonía
con que á tí te saludaron.

Eco blando y dolorido,
débil queja, vago arrullo,
ora voz, ora murmullo,
ó lamento, ó alarido.

Ya era la brisa ligera
oreando un mar sereno,
ya sonaba como el trueno
retorciéndose en la esfera;

Ya daba sueños de calma
al espíritu agitado,
y ya heria despiadado,
las fibras todas del alma.

Y un canto, del otro en pós,
tenia tanta grandeza,
que era la naturaleza
entonando un himno á Dios!...

¿Qué sentí yo? ¿Qué soné?
¿Qué ignorada sensacion
agitó mi corazon
conmovido?... No lo sé.

Caí postrado de hinojos
á tus piés humildemente,
llena de sueños la mente
y de lágrimas los ojos.

Y asombrado al escuchar
el concierto portentoso,
yo tambien sentí imperioso
el deseo de cantar.

Y uní mi débil acento
á la mágica armonía,
y fué aquel el primer día
en que dí mi canto al viento.

Desde entonces, ecos suaves
mi cansada lira brota
y enlaza su débil nota
al concierto de las aves;

de los vientos gemidores,
á los ayes diferentes;
al susurro de las fuentes,
y á la queja de las flores.

Y te sigo, haciendo alarde
del amor que en mí destella,
como sigue al sol la estrella
precuradora de la tarde.

Tú eres la luz que me guía
á otro cielo, á otras auroras;
tú diste alas voladoras
á mi ardiente fantasía.

Sólo por tu inspiracion
exhala mi lira sonos
que acompañan las canciones
que brotan del corazon.

Hoy que el pueblo se convoca
y en rendirte se recrea
un tributo en cada idea
y un elogio en cada boca;

pues que ya mi planta inquieta
á llegar á tí se atreve,
¿qué te ha de dar quien te debe
su inspiracion de poeta?

Pobres ramilletes son
en que pongo cuanto valgo;
si mis versos valen algo,
ahí los tienes, Calderon!

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

LA REDENCION

ESTROFAS

Es eterno el dolor; su garra aguda
implacable y sañuda,
nuestro apenado corazon oprime.
Domina altivo la agitada tierra,
y en perdurable guerra

el hombre lucha y desfallece y gime.

En largas horas de mortal quebranto,
vuelve, deshecho en llanto,
la vista al cielo, y su congoja estalla.
Mas, ¿quién responde á su afanardoliente?...
El cielo indiferente,

sordo á sus quejas, enmudece y calla.

¡No hay salvacion! Aunque su frente humilla
y de su fé sencilla

la ayuda anhela y el auxilio invoca,
en vano clama con amargo acento:

su indócil pensamiento
á rebelion abierta le provoca.

Vacila, y de la duda en que se agita
en su interior le grita

la poderosa voz que así le llama...

Sucumbe al fin, y entonces atrevido,
da el pasado al olvido,
y en arrebató amenazante exclama:

«¡Basta ya! Por la bóveda serena,
de luz radiante llena,
que al mundo cubre con cerúleo velo,
mi espíritu vagó solo y sin guía,
buscando en su agonía
lenitivo al dolor y al mal consuelo.

Yo ví, riñendo desigual combate,
que al alma triste abate,
triumfante el vicio y la virtud vencida;
apuré del pesar hasta las heces,
y al cielo alcé mis preces
para calmar las penas de mi vida.

¡Inútil todo!... Torpe simonía
y corrupcion impía
profanaban las místicas mansiones;
y la ambicion, la culpa y el pecado,
entre el altar sagrado
desataban sus miserables pasiones...

Giré entonces mis ojos, y do quiera
encontré por la esfera
de la llaga social el cáncer hondo;
la envidia, la ignorancia y los rencores,
bajo capa de flores
sus batallas libraban en el fondo.

Al lado del amor y la hidalguía,
la negra hipocresía;
junto al candor, la tentacion ardiente;
y en lucha el bien con la discordia fiera,
que por la tierra entera
alzaba audaz su victoriosa frente...

¡Sobre el caos, sin luz de la conciencia,
como ángel de inocencia
cernía la Moral sus alas puras!
¡Pero el mundo, sacrilego y culpable,
con lodo miserable
salpicaba sus blancas vestiduras!

En este universal relajamiento,
con aterrado acento
—¡Señor, grité, la humanidad perece!
¡Conforta nuestro espíritu abatido,
y el orbe envilecido
su salvadora redencion empiece!

¡Engañosa ilusion! Silencio mudo
á mi clamor agudo
respondió por do quier; de mi esperanza
rápida se extinguió la llama pura,
y soledad oscura
vislumbé consternado en lontananza...

Mas ¡ah! si el eco del lamento mio
perdióse en el vacío,
si huérfano me hallé de dioses lares,
¡no importa! ¡mis esfuerzos gigantescos
serán de mis deseos
los verdaderos génius tutelares!»

Dije, y alzando mis nervudos brazos,
rodaron en pedazos
los ídolos soberbios de mi culto:
¡césen—pensé—mis oblaciones vanas!
¡De dichas soberanas
el germen llevo en mi conciencia oculto!

De entonces, fija mi fecunda mente
en la pródiga fuente
del trabajo tenaz y fervoroso,
hallé veneros de riqueza ignota,
de cuyos senos brota
de la ventura el manantial copioso.

A la luz bienhechora de la ciencia,
de la humana existencia
investigué los móviles secretos,
y adiviné del arte en la pureza
raudales de belleza
á mi incansable inspiracion sujetos...

¡Y he vencido! Las fuerzas destructoras,
de la creacion señoras,
no resisten el rayo de mi enojo;
y el supremo vigor de mis inventos
domó los elementos,
que cedieron sumisos á mi antojo.

Yo maravillas descubrí pasmosas,
yo en empresas briosas
á los hados vencí con mi pujanza;
fueron mis leyes del incúo freno,
y ya, de gozo lleno,
por la senda del bien el mundo avanza...

¡Oh, gloria á mi razon! ¡Loor divino
al triunfo peregrino
de mi poder que la creacion trasforma!...
¡Y si aún la adversidad victimas siega,
ni valor no doblega,
que ha de implantar la universal reforma.

En luchas incansantes empeñado,
de mi espíritu osado,
yo seguiré los vuelos prepotentes;
y á impulsos de mis vivas ansiedades,
en futuras edades
realizaré mis sueños esplendentes.

Entonces lograré, libre de encono,
la vida que ambiciono,
con mis propios esfuerzos vencedores;
de la victoria ostentaré la palma,
y alcanzará mi alma
la eterna redencion de sus dolores!»

PLÁCIDO LANGLE.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont regues a Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et a Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie esclusiva des dites annonces.

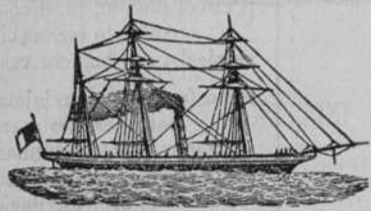
GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos via de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,** con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, ademäs de las que ocupen.
Mäs informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vias respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vértigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vias urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantia en cada frasco la Marca de Fábrica (deposiada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gluten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hienorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos génito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (deposiada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demäs Ferruginosos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Exenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPANA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantia la Marca de Fábrica (deposiada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE
sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.
Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los Intestinos (Vomitos, Diarrea).
Exijase la firma
Farm.ª 22, calle de la Bruyère,
PARIS

TRADICIONES DE TOLEDO

POR
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.
Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.
Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengán acompañados de su importe.

BANCO DE CASTILLA.

Con presencia de la realizacion de bonos del Tesoro y de pagarés de compradores de bienes nacionales, que forman la doble garantia de los billetes hipotecarios emitidos por este Banco, la Administracion del mismo ha acordado celebrar el décimocuarto sorteo de amortizacion de dichos billetes.
Este sorteo será de 13 decenas por cada millar para los billetes señalados con la letra A de la série inglesa, y de 13 unidades por cada centena de los marcados con las letras B y C, de la misma série.
El sorteo tendrá lugar en las oficinas de este Banco el Lunes 27 del corriente á las once de la mañana, en acto público y ante notario, y se realizará poniendo 26 bolas en un globo con los números 1 al 100, ménos las 74 extraidas en los sorteos ya celebrados, cuyos números representan las 26 decenas no amortizadas de cada millar para los billetes de la letra A de la série inglesa, y las 26 unidades no amortizadas en las 10 decenas de todos los millares para los billetes letras B y C de la citada série.
Extraidas del globo 13 bolas, sus números fijarán los de las 13 decenas de todos los millares de la letra A de la série inglesa que han de ser amortizadas, y los 13 billetes que en todas las centenas de los señalados con las letras B y C han de serlo asimismo.
El Banco publicará los números de las bolas sorteadas, y pagará desde 1.º de Julio próximo los billetes que resulten amortizados, á la vez que el interés de uno y medio por 100 correspondiente al trimestre que vencerá en fin de este mes, á cuyo efecto todos los billetes deberán ser presentados con el coupon núm. 21, vencido en 1.º de Octubre próximo.
Madrid 14 de Junio de 1881.—Por acuerdo de la Administracion, el Secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.
Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.
Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde el 1.º de Febrero próximo pasado. El Banco comprará las cédulas.
Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.
Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.
Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.
La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.
Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

PRÉSTAMOS Á CORTO PLAZO SOBRE FINCAS URBANAS EN MADRID.

Además de sus acostumbradas operaciones, el Banco Hipotecario hace préstamos en metálico á corto plazo desde uno á cuatro años, sobre casas en esta Corte, bajo condiciones especiales y ventajosas que estarán de manifiesto en dicho Establecimiento.

BANCO DE ESPAÑA.

Los intereses correspondientes al trimestre vencido en 1.º de Julio próximo de los valores especiales del Tesoro depositados en este establecimiento se pagarán por la Caja del mismo en la forma siguiente:
Dia 1.º de Julio.—Obligaciones del Banco y Tesoro, série interior.
Dia 2 de id.—Idem del id. id., idem exterior y de Aduanas.
Dias 4, 5 y 6 de id.—Bonos del Tesoro.
Desde el dia 7 en adelante se pagarán los intereses de todas las expresadas clases de valores indistintamente.
Madrid 24 de Junio de 1881.—El Vice-secretario, Juan de Morales y Serrano.

OBRAS NUEVAS.

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del emi-

nente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.
Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de Paris y sus cercanías, por L. Taboada.

Si Paris no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de Paris y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de Paris y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real órden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª
Caños, 1.